

MINISTERIO DE CULTURA

REVISTA CONTEMPORÁNEA



MADRID, 1882

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo



REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO VIII. — TOMO XL

JULIO — AGOSTO 1882



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.²

VENEZUELA
E. Fombona

BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

BUENOS AIRES
Manuel Reñe.

HABANA
Alejandro Chao

DERECHOS RESERVADOS

REVISTA

CONTEMPORANEA

TOMO XLIX

MINISTERIO DE CULTURA



DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE NARANJO, 1111, TERRENO 1000

BOGOTA



UN GRAN CANTOR

DE LA NATURALEZA.

NOTAS BIOGRÁFICAS Y LITERARIAS

DEDICADAS Á MI RESPETABLE AMIGO EL SABIO AMERICANISTA
DON JUSTO ZARAGOZA.



L telescopio de Ross ha conquistado el espacio; el péndulo de Galileo ha medido el camino trazado en su marcha por el planeta; las grandes síntesis de Newton han demostrado la gravitación universal; Dante y Petrarca, Rafael y Miguel Ángel vivieron para conciliar el cristianismo con la tradición pagana; Goya ha abierto las puertas de marfil del arte novísimo, y con sus aguas fuertes, sus *caprichos* y sus cuadros de la vida real, al disolverse la nacionalidad española ha creado el Quijote de la pintura; pues con ellos arrojó sobre una sociedad sin belleza moral, lasciva, hipócrita, ignorante, presa del vicio, del ocio y de la codicia, una gran losa tan bien tallada como la que arrojase el inmortal Cervantes sobre desvaríos de una edad ya muerta. ¡Qué cosa es el genio! ¡Y qué bien lo ha retratado Víctor Hugo! Ni Apelles á Alejandro. Él es uno y vario á la vez... plácida aurora y deslumbrante sol, creador

y creación, satélite de la mente divina, esfera infinita cuyo centro está en las profundidades del pensamiento, y cuya circunferencia pasa por el centro del globo y por la estrella más alta del empyreo; himno de perfumes y notas, é himno de matices; un abismo y un cielo.

Plácida aurora, deslumbrante sol, cielo y abismo fué un personaje que, á semejanza de estrella incendiada, cruzó los horizontes del tiempo, dejando á su paso un reguero de luz: José María Heredia, cuya vida, según mostrará este fugacísimo bosquejo, hállase estrechamente ligada á la historia y literatura del Nuevo Continente.

Santiago de Cuba tiene la dicha de contar entre sus hijos predilectos al preclaro vate de allende el Océano. Al borde de la hermosa bahía de la costa meridional de la isla de Cuba, vino al mundo Heredia, el día 31 de diciembre de 1803, hijo primogénito de un virtuoso y sabio magistrado. El terrible sol de su patria, como él mismo ha escrito, derramó lumbre abrasadora en su alma inquieta, y la espléndida naturaleza tropical colocó en su fantasía el iris de la poética inspiración.

Es indudable que el mundo, que nos da escenario en los albores de la vida, influye en el modo de ser del individuo; influye la sombra de los palacios y de los hermosos edificios de las grandes poblaciones, é influye el techo de paja de la cabaña y la vista de ese libro sublime de la creación que tiene dos solas páginas, la una verde, la campiña, y sus letras son flores, la otra azul, el firmamento, y sus caracteres son estrellas. Virgilio nos ofrece esas pinturas, en las que al parecer circula el aire, y florece el rosal, y brota la verbena, y juguetea la luz, y esparce el tomillo su suave perfume, porque nació y vivió años muy bellos la sencilla é inocente vida campestre; afectada es la naturaleza en las páginas de los poetas cortesanos franceses, porque limitáronse á contemplar los jardines de Le Nôtre. Por esas armónicas relaciones que existen eternamente entre el mundo interior y el mundo exterior, allí donde el sol es una apagada amatista elévanse á las alturas las torres de la Abadía de Westminster, allí donde es inmensa perla alumbra los dorados cimborios de Moscou, y allí donde es una ascua de oro gigantesca arranca su techo

al Patio de los Leones, inspira á la guzla del trovador árabe, que no sonaría entre la niebla ó la nieve, que presenci6 los sueños de Walter Scott ó de Pouckine. El 6sculo amoroso que nos imprime al nacer la naturaleza, jam6s se borra en el alma.

El paisaje de Am6rica encant6 la imaginaci6n de Heredia en sus infantiles años; y como en el paisaje de Am6rica, Dios y la naturaleza son las dos augustas ideas que se levantan, lo mismo en las soledades imponent6simas del Amazonas que en la blanca cumbre del Chimborazo, en las pampas del Sud y en esos sitios de delicias que recorre el Mississipi, que Pl6cido ha cantado, y que para ser reproducidos en el lienzo, preciso fuera un paisista como Poussin, que manejase el color como Bartolom6: Dios y la naturaleza fueron las fuentes de inspiraci6n de aquel hombre, que recogió en sus versos el ruido de los torrentes, la m6sica de las cataratas, el perfume de los bosques del Nuevo Mundo. Escasas son las noticias que se tienen de la edad m6s temprana de Heredia. S6bese que hasta los trece años acompaó á su padre en los viajes que 6ste hizo á la Florida, Santo Domingo y Valencia de Venezuela, donde era magistrado, y que, dotado de precoz entendimiento, á los siete años empez6 á pulsar la lira, y á traducir al vate sublime á quien los pintores y escultores cl6sicos han representado anciano, apagados los ojos 6 iluminada la frente por el genio. As6 nos dice D. Francisco Muñoz del Monte, poeta americano, á quien inspir6 la muerte de su condiscípulo Heredia una sentida, inspirada y bella poes6a.

El genio destellaba en Heredia ya en sus infantiles años, anunciando que 6ste hab6a de ser una augusta personificaci6n en la moderna etapa de las letras en Am6rica, en la que el vate cumple un fin distinto, por completo, del que en la historia realizaran los de otras 6pocas; pues en ella la poes6a ha perdido su car6cter religioso y la forma singular6sima que revistiese en aquellas horas del pasado en que reinaban los Emperadores de M6jico, y los Incas peruanos bautizaban con el nombre de *Haravicus* (1) á los poetas, y les encomendaban

(1) Inventor.

los oficios de más transcendencia, y les dotaban de tan notable influjo que, según Garcilaso, su voz era escuchada en los triunfos y en las grandes solemnidades del Imperio, sirviendo así sus estrofas para perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales. En aquella época fundió el genio de la poesía en metáforas é imágenes pintorescas el entusiasmo individual, y las líneas, esmaltes y colores de la naturaleza, cantada en algunas regiones por los *Jempin*, palabra que significa *dueños del decir*, y que, según observa Molina, cronista ilustre, conviene perfectamente á los poetas de Arauco, de las tribus indómitas que inspiraron á Ercilla sus octavas inmortales. Hoy la poesía no recuerda los días felices en que los gérmenes de las letras americanas, rota ya la película, habiendo brotado sobre la superficie, florecían junto al árbol frondoso de la literatura española; los días felices en que al adoptar los hijos del mundo descubierto por Colón la lengua de Cervantes, aumentaron el joyero de las letras hispanas y el raudal de la inspiración poética; los días felices en que, según ha escrito muy bien D. Eugenio de Ochoa, rendían á la antigua Iberia, no menos tesoros que la tierra de allende los mares, los talentos enardecidos por un sol de fuego y desarrollados por una naturaleza grandiosa y magnífica—cuyos talentos ensalzó el inmortal Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*;—los días felices, en fin, en que á Juan Ruiz de Alarcón y á la Virgen mejicana que ha tenido por heraldos á Feijóo y á Gállego, sucedieron el malogrado Olavide, insigne traductor de los *Salmos* al idioma de Castilla; Fr. Manuel Martínez de Navarrete, afortunado imitador del agustino de Belmonte, tan dulce y elevado como él, y Gorostiza, que ciñe corona de tan primoroso tejido como Leandro Fernández de Moratín, Martínez de la Rosa y Bretón de los Herreros. Y es que en los primeros años del siglo cambiaron de rumbo las letras americanas, por un motivo íntimamente ligado con la vida de Heredia, que indicaremos más adelante...

Alumno de filosofía nuestro poeta en 1816, en la ciudad de Caracas, empezó al año siguiente el estudio del derecho en la de la Habana, y allí permaneció hasta fines de 1820, que

marchó con su padre á Méjico, donde se cerraron á la luz los ojos del sér que le diera la vida... ¡Desgracia horrible que lloró el hijo con acerbos lágrimas, y el poeta en melancólicos versos!

Ponía tristeza en el corazón, llanto en los ojos del huérfano, el martirizador recuerdo de pasadas venturas, y acompañado de sus enlutados pensamientos y de su cariñosa familia, trasladóse á Matanzas, patria de Plácido, ese Chenier de América, que tan á maravilla ha descrito el pintoresco valle del Yumurí; y de Milanés, el autor de la canción *La fuga de la tórtola* y el drama *El Conde Alarcos*, y cuyas poesías son tan populares como su memoria en todo el territorio de la más hermosa de las Antillas.

En junio de 1823 terminó Heredia su carrera de derecho en Puerto Príncipe. Contaba entonces veinte años, y ya había escrito innumerables poesías. De esa época son: *La partida*, *Á mi padre*, *La prenda de fidelidad*, *La desconfianza*, *Meditación en el Teocali de Cholula*, *El consuelo*, *Á Elpino*, *La cifra*, *El desamor*, *La inconstancia*, á D. Domingo del Monte; *Á la hermosura*, *Ausencia y recuerdos*, *Misantrópia*, *En una tempestad*, *Á mi padre encanecido por la fuerza de los años*, *La estación de los nortes*, y otras que anunciaron, no ya una rosada aurora, sino una mañana de luz clara, purísima y vivificante en el cielo azul de la poesía de América.

Coincidió la fecha en que la virilidad del hijo predilecto de la hermosa luz de los trópicos, del gran vate que no cede en inspiración, como cantor de la naturaleza, ni á Virgilio, ni á Garcilaso, ni á Camoens, coincidió, repito, esta fecha con el movimiento general de emancipación que aun se oye en la historia mirando hacia las americanas playas y atento el oído al pasado. Cuba ni permaneció muda ni quieta en medio de aquella agitación y de aquel clamoreo, y prestó sombras á varias conspiraciones, en su seno tramadas, para derrocar el Gobierno de la Península. Personaje de una de ellas fué José María Heredia, y habiendo sido descubierta, tuvo que huir á los Estados Unidos. La Audiencia de Santiago condenóle en rebeldía á extrañamiento perpetuo.

Digno de ser apuntado es (y aun sería más digno de dete-

nido estudio) el carácter de la virgen poesía y de la inspiración de fuego de América en aquella época. Es su carácter heroico, marcial, guerrero. No entra en mi propósito discutir sobre el fenómeno, mas sí el mostrarlo. Y en efecto, el argentino Varela canta á Alvear y á Brown, vencedores en Ituzaingo, y á la vez traduce á Homero y al cisne Mantuano; Olmedo, con una vehemencia digna de Bertrand de Boru, inmortaliza el día 7 de Junín, en que

Venció Bolívar, el Perú fué libre,
Y en triunfal pompa libertad sagrada
En el templo del *Sol* fué colocada;

Fernández Madrid, después de sentir las amarguras consiguientes á la presidencia de un Estado en momentos críticos, escribe entusiastas canciones *Á los libertadores de Venezuela en 1812* y á la oscura muerte de Itúrbide, hija de un insaciable despotismo. Esteban Luca, cuyo triste fin recuérdame el de Percy Bisthe Shelley, entona himnos á la jornada de Chacabuco y á la libertad de Lima; López y Planes, Presidente de la Confederación del Río de la Plata en junio del 27, da á la estampa su oda *Á la Patria en la victoria de Maypó*, y Andrés Bello, el modesto rector de la Universidad chilena, el genio más parecido de América á Jovellanos y Martínez de la Rosa, pues fué poeta insigne, clásico escritor, de reflexivo talento, de incomparable laboriosidad, gramático ilustre, hombre de derecho y administración, traductor de Víctor Hugo, tan afortunado como lo fuese Gallego de Manzoni, pues el autor de *La prière pour tous* pudiera decirle, como Lamartine á cierto inglés que había vertido una Contemplación suya á la lengua de Milton, «me admiro en tus versos...» Andrés Bello, repito, escribe su notabilísima *Alocución á la Poesía*, y en la última tarde de su vida la oda *El diez y ocho de septiembre*; sin duda porque no quiere morir sin dejar á su patria un suspiro de admiración y de cariño, y sin probar que en las playas donde se rompen las olas del grande Océano, pueden nacer lo mismo que en las costas griegas y que en la feraz Extremadura Tirteos y Quintanas.

Carácter bien diverso de éste tiene en posterior época y

en nuestros días la musa americana; pues busca inspiración en los espectáculos de la naturaleza y en los afectos tiernos y delicados. Los poetas que marcan las eras de transición siempre ponen en sus versos los acentos de amargura ó de feliz victoria de sus respectivos pueblos... Esto observaréis en muchas composiciones de Heredia, en cuyas estrofas se manifiestan los anhelos políticos del gran poeta y gimen los ayes arrancados á su pecho por el destierro que le persiguió con la misma tenacidad que las Eumenides á Orestes, y le hizo beber amarguras sólo comparables á las de Ovidio, Garcilaso, Teodoro Köerner, Kleist, Byron y Shelly. En efecto; el cisne de Santiago tuvo que dar un adiós tristísimo á la espléndida vegetación de su patria, á su cielo de zafir, bajo el cual cantanavecillas de encendido plumaje y vuelan pinmaltadas mariposas, que parecen *flores con alas que esmaltan ó bordan el aire, como si fuese el manto nupcial de la primavera*, y marchó de la isla al mar, del mar á las llanuras de Méjico, á sus volcanes, al pico de Orizaba, á la pirámide religiosa de Cholula, que Humbol había visitado en abril de 1803, y que inspiró á Heredia una de sus más bellísimas composiciones á esa hora del crepúsculo vespertino en que hunde el sol su disco de oro tras la nívea cima del Iztaczihual y la solitaria estrella de Venus aparece en la bóveda celeste, é ilumina el *teocalli*, anunciando la luz blanquecina de la luna; ese astro eterno de los poetas, que, según Echeagaray, más que un astro es la escultura, la imitación en basalto, el busto en piedra de un mundo, como si un Fidias colosal que encontró en el espacio algún enorme trozo de globo roto, hubiese esbozado en él los primeros lineamientos de un planeta.

Ávido de descubrir la cabeza en todos los sitios singulares donde van como en peregrinación los que sienten y piensan en América, tras los viajes referidos, con el religioso respeto que Alejandro visitase el sepulcro de Aquiles, visitó Heredia la tumba de Wáshington, la tumba de ese hombre que diseñó el croquis de un gran puebló, que tiene por código el código de la libertad y del derecho; aquella tumba que brilla más que el sol, siquier en ella *ni luce el mármol ni centellea el oro*.

Y visitó también las cataratas del Niágara. Allí, en presencia de tan grandioso espectáculo, siente arder su inspiración, temple la lira que había cortado de los agrestes pinos que rodean aquellas soledades, y agitados todos sus miembros por esos movimientos nerviosos que produce lo sublime, entona el más grandioso de sus cantos, y repite en él, como diría Chateaubriand, la música pavorosa de los torrentes que se empujan y chocan á la entreabierta boca de un abismo, y el temblor de la isla que parece suspendida con todos sus árboles sobre el caos de las hondas, entre los dos brazos en que se divide el río que al despeñarse forma una herradura inmensa; el ruido de las aguas al arrollarse al Mediodía en un gigantesco cilindro para desplegarse luego en una cortina de perlas que resplandece al sol con todos sus matices, y el mugir de las que caen al Oriente en medio de iracunda sombra; la dulce melodía de arcos iris que se encorvan y cruzan sobre el antro, los mil torbellinos de espuma que se levantan sobre los bosques sirviéndoles de decoración pinos, nogales y cortadas rocas, y la tranquilidad con que el río vuelve á encerrarse en su cauce, sereno, majestuoso, puro, retratando los azules cielos como si durmiese sosegado, después de colossal batalla, en su lecho de flores.

El vuelo sublime que en las composiciones de Heredia arrebató, no hay duda lo adquirió su numen á presencia de tales espectáculos. La emigración, que había acibarado su vida, engrandeció su musa.

Y es que, por una de esas leyes que no podemos comprender, pero que nos muestra la observación, en la Edad Moderna, el torbellino de los hechos arroja á los círculos todos del globo á los poetas, con el destino de convertir la poesía individual en poesía humana. La vieja Europa nos muestra en este siglo XIX buenos ejemplos de ello. Hugo Fóscolo corre desde las rientes campiñas de Italia que besa el Adriático á las nieblas del Norte; Lamartine, en el cenit de su hermosa juventud, reza en la catedral de Milán y en Santa Cruz de Florencia, medita en el Coliseo, se entristece en el cementerio de Pisa, sueña en la cumbre del Aventino, en el golfo de Nápoles y en el Lido, detiéndose un instante en la Santa Sofía

de Constantino, y vaga luego por el Oriente con el corazón lleno de júbilo y la imaginación inundada de poesía; Quinet pasa muy bellos días de su existencia en los pintorescos pueblecillos del lago Lemán, al pie de los Alpes, en las cercanías del cantón de Vaud, á la vista de la cadena de montañas del Jura... y allí medita sobre el *Apocalipsis de la Revolución*; Enrique Heine arranca á las vibrantes cuerdas de su lira desconocidas armonías, ora en las riberas del Rhin, pobladas ya de antiguo de baladas por el laúd germánico, ora en las riberas del Sena, cuyo murmullo silencioso, al deslizarse por las seculares bases de la Conserjería, parece que recuerda los nombres de las víctimas de la triste tragedia revolucionaria; Goëthe se lanza desde la catedral de Colonia al San Pedro de Roma; Víctor Hugo ve la primera luz en los valles de Provenza, respira sus suavísimas auras, pasa su más bella juventud en la noble tierra de la serenata y del romance, escucha en su vejez el mugiente sonido de las olas del Océano al chocar en los peñascos de Jersey, y escribe sus obras más grandiosas bajo la bandera de la libertad inglesa; Casimiro Delavigne sueña en Paris y en el Paussilipo; Espronceda canta en su Patria y en la desembocadura del Tajo, y en la del Támesis, y en la vecina Francia, y acaricia la idea de pelear como buen soldado, encendiendo á la vez el ánimo de los buenos en pro de la Briseida del Norte, de la infeliz víctima de un chacal coronado, el Emperador de Rusia; el Duque de Rivas invoca su musa al pie del faro de Malta y bajo *el arcángel dorado que corona de Córdoba la torre*; F. Gauthier recorre desde Nuestra Señora de París á la isla de los Faisanes, del acueducto de Segovia á la adelfa del Generalife, de la casa mortuoria del Petrarca hasta las románticas lagunas que retratan en su cristalina superficie las cúpulas de San Marcos; Zorrilla va desde el jardín de Lindaraja al suelo donde brotaron los robustos laureles de Otumba, y Lord Byron, ese poeta tan profundamente individualista, despréndese de las orillas de la Gran Bretaña para pasear su hastío á la sombra de la Giralda, por las riberas del Tíber, por la Acrópolis de Atenas, en las góndolas de Venecia y en el golfo de Nápoles... Fecundas, fecundísimas estas pe-

regrinaciones para la humanidad y para los genios que las hacen. Que son fecundas para los genios que las hacen, lo dice la crítica de las afilegranadas creaciones de esos inmortales poetas: que son fecundas para la humanidad, lo dicen las obras escritas sobre el bordón del peregrino, por los que han atravesado el Océano por visitar los perfumados bosques de la virgen América, ansiosos de traducir en realidad el sueño de oro del arte en los tiempos modernos, cual es la fusión del espíritu ideal del Viejo Mundo en el espíritu real del Nuevo Continente.

Pues si, como dice un insigne maestro, el arte no sería sin el espíritu, pero tampoco se revelaría, viviría sin la naturaleza... la unión de ambos términos, perseguida por todos los grandes genios de la historia desde los días homéricos á Goëthe, ha de realizarla América, inagotable fuente de vida para las artes. No es ocasión de probar la tesis, mas sí de indicar que la prueba sería fácil, pues bastaría para ello mostrar las maravillas que obran en las imaginaciones de Europa, una noche serena en los Andes, los pacíficos cuadros que reciben del Mississipi sus celestes reflejos, la paz y dulzura que se disfruta en los bienhadados campos donde crecen el cocotero y la palmera. Bastaría leer *Atala* para convencerse de que la imaginación de Chateaubriand adquirió en el Canadá y en las márgenes del San Lorenzo una riqueza y espontaneidad más exuberante y prodigiosa que cuando escuchaba el estruendo de la cascada de Tívoli, ó las tristes elegías de las golondrinas en el alminar de la mezquita del Cairo ó el lloroso arrullo de la paloma en el torrente Cedrón. Bastaría para convencerse de que el bosque, el lago, la floresta del Nuevo Mundo son las cajas de colores más ricas que pueden ofrecerse á la poesía; leer aquellas páginas en que Bernardino de Saint-Pierre, disolviendo en su paleta los matices del paisaje de América, escribe el idilio inmortal *Pablo y Virginia*; copa de bálsamo de una imaginación atormentada, como lo son las *Eglogas* de Garcilaso, la cándida *Galatea* de Cervantes, las acerbas *Sátiras* de Quevedo, los *Caprichos* de Goya y los donaires del Arcipreste de Hita, que exhalaron los primeros vagidos de la razón libre en

el sombrío siglo XIV. Bastaría, para demostrar que América representa una gran idea literaria, observar que son las ideas el alma de la poesía europea, y que la poesía europea, para revelarse y vivir, necesita el espíritu real que aletea en los espléndidos horizontes dibujados por el reino de Colón. Bastaría, por último, para convencer al más incrédulo de cómo aquel esplendoroso mundo es fuente poética de misteriosa vida, hacerle observar que Humboldt, al otro lado del Océano, sobre la silla del Avila, en una hora de éxtasis truécase en filósofo de la poesía y en poeta de la filosofía. Quizás por las transfiguraciones de este hombre extraordinario en aquellas cumbres, que son el más rico museo de botánica del orbe y un continuado Thabor para su genio, el genio alemán tiene su apoteosis en América, en la estatua en bronce que se eleva en el parque central de New-York, donde también se hallan las de Walter Scott y Shakespeare. ¡Hecho singular que contrasta con lo desconocidos que son en España casi todos los vates americanos! (1) Coged y hojead cualquier libro de miscelánea de poetas ingleses, que

(1) Muy digno de ser recordado es el acuerdo que en 24 de noviembre de 1870 tomó la respetable y sabia Academia Española, en cuya virtud constituyéronse en América las Academias Colombiana, Ecuatoriana, Salvadoreña y Mejicana, y en las que desde tan próxima fecha ha habido y hay literatos tan eminentes como D. José María Roa Bárcena, D. Alejandro Arango, D. Miguel Antonio Caro, D. Sebastián Lerdo de Tejada y otros, que en unión con los individuos correspondientes allí nombrados por nuestra primera corporación literaria, entre los que recuerdo nombres tan respetables como los del Obispo de Tamaulipas D. Ignacio Montes de Oca, D. José Antonio Calcaño, D. Miguel Luis Amunátegui, D. José María Rojas y D. Antonio Guzmán Blanco, han contribuido y dirigen sus esfuerzos á que la sonora lengua de Castilla resuene con majestad y armonía, con propiedad y fijeza, lo mismo en las heladas cimas de los Andes, que en las feraces campiñas del Ecuador. Dignos de ser recordados son también los trabajos críticos sobre vates americanos de los Sres. Cánovas del Castillo, Cañete y Catalina, á quien, juntamente con el presidente de la Academia Colombiana, se deberá en breve muy selecta edición de las poesías del inmortal venezolano Andrés Bello. Mas, á pesar de tan nobilísimos anhelos, bien puede asegurarse que desconocidos son en España, y escasamente populares, por tanto, casi todos los poetas del mundo de Colón.

un editor de Londres ó norteamericano dé á la estampa, y allí veréis confundidos sin preferencias los nombres de Chaucer, Hood, Wordsworth, Rogers, Campbell, Moore, Dryden y Akenside con los de Longfelon, Emerson, Poe, Lowell, Whittier y Holmes. En cambio el nombre de Heredia apenas si se oye en labios españoles, y es una estrella de primera magnitud en el divino cielo del arte, un soldado nobilísimo de las letras, que vivió sin ser abandonado ni un momento por la fama, sin que cesase ni una hora la lluvia de rosas que empezara á caer sobre su cabeza ya en los escaños de las aulas.

Emigrado á Méjico en agosto de 1825, aceptando invitación que le hiciese el presidente Victoria, fué nombrado oficial de una de las secretarías de Estado, y en ese mismo año dió á la estampa en New York la primera edición de sus poesías, que contiene filigranas tan delicadísimas como *Placeres de la melancolía* (fragmentos de un poema), *La noche*, *El mérito de las mujeres*, *Al Niágara*, *Himno al Sol en el Océano*, *Al cometa de 1825*, *Á Wáshington* y *Á Napoleón*, traducida de Casimiro Delavigne, y de no menor mérito, como tal, que la original y que las de Manzoni y Arolas.

Á causa de la amistad que le profesaba D. Lorenzo Zavala, obtuvo el nombramiento de juez de primera instancia en 1827, en cuyo año contrajo matrimonio; en noviembre del siguiente pasó á la fiscalía de la Audiencia, y de la fiscalía de la Audiencia al sillón de magistrado en enero de 1831, probando en el desempeño de ambos cargos, cual otro Meléndez Valdés, que se puede vestir la toga de los sacerdotes de la justicia y la graciosa túnica de los sacerdotes de Apolo. Electo diputado dos años más tarde, Heredia renunció su elevada investidura á los cinco meses, y volvió á ejercer el augusto ministerio de aplicar las leyes, hasta que en Méjico se declaró incapacitado para el ejercicio de todo cargo á los que no hubiesen nacido en el País. Ansioso de abrazar á su madre, pudo lograr un permiso de las autoridades españolas para permanecer algunos días en la isla de Cuba. ¡Cuán felices debieron ser para el hijo aquellas horas! ¡Ah! Si en el mundo hay algún sér que pueda fecundar la aridez de la vida,

destruir sus tristes asperezas y hacer más navegable este agitadísimo piélago, ése es la madre. Dios nos la dió para endulzar la amarga copa de la existencia con la miel de su purísimo cariño. Ella, con la música de su canto, apaga la voz de las malas pasiones, sirenas del mar del espíritu; ella embalsama el alma con los celestes perfumes vertidos por su mirar amorosísimo; ella, con la melancolía de su tierna elocuencia, hace que amanezcan en nosotros las ideas Dios, inmortalidad, cielo, esperanza; ella es el ángel custodio que nos inspira constantemente la noción del bien; ella es la escultora de nuestra alma, en cuya tarea santísima le sirven de cinceles sus lágrimas, sus enternecidas plegarias, sus besos, su sonrisa, su palabra dulcísima; ella es... ¡Oh! Es imposible retratarla; lo que es, se siente, no es fácil decirlo. Por esto el numen de Heredia no vació en la turquesa del verso, sin duda, la felicidad que embriagase su alma los días que vivió abrazado á su madre. Aquellos días fueron para él más felices que los que vió transcurrir de 1829 á 1832. Acabo de citar el ciclo más glorioso de la existencia de Heredia. En él publicó *La miscelánea*, sus *Lecciones de Historia*; vió su nombre adquirir envidiable fama, y mereció los aplausos de Andrés Bello en el *Repertorio americano*, y que Lista, en una carta dirigida á D. Domingo del Monte, lo apellidase *gran poeta*, cuyo epíteto confirmó la colección de poesías que en 1833 editase Heredia en Toluca, y que dedicó á su esposa. Heredia vertió algunas poesías de Lamartine, de Millevoeye, de Legouvé, el Sila de Jony, el Abufar de Ducis, dejando inéditos el *Fanatismo*, de Voltaire; el *Cayo Graco*, de Chénier, y el *Saul*, de Alfieri. En los periódicos literarios de Méjico de aquella fecha publicó, con deleite del buen gusto y con aplauso del buen juicio, algunos artículos críticos suyos sobre las Memorias militares del general Miller, sobre Casti, sobre la tragedia de Lanuza y sobre algún otro asunto. ¡Lástima grande que alguien no se cure de reunir en un tomo tan peregrinos trabajos, con lo que podrían enriquecerse las bibliotecas con tesoros no menos estimables que los aportados por la edición hecha en Barcelona en 1840!

José María Heredia vivió treinta y seis años únicamente.

Su muerte acaeció á fines de 1839, según una nota biográfica que tengo á la vista.

En tan breve período de vida, la laboriosidad y el trabajo jamás le abandonaron. «El torbellino revolucionario, como ha dicho él mismo en sus últimos días, me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta.» Con gran fortuna, pudo haber exclamado, y así lo dicen las aclamaciones de la historia y las lágrimas que América llora aún por el vate sublime, que tiene su sepulcro más digno en estos versos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la poetisa lírica sólo comparable á Safo, Corina y á la espiritual Marquesa de Pescara:

.....

Astro eclipsado en su primer mañana,
 Sepúltañe las sombras de la muerte,
 Y en luto Cuba su placer convierte.
 ¡Patria, numen feliz, nombre divino!
 ¡Ídolo puro de las nobles almas!
 ¡Objeto dulce de tu eterno anhelo!
 Ya enmudeció tu cisne peregrino...
 ¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
 Tu sol de fuego, tu brillante cielo?
 Ostenta, sí, tu duelo,
 Que en tí rodó su venturosa cuna,
 Por tí clamaba en el destierro impío
 Y hoy condena la pérfida fortuna
 Á suelo extraño su cadáver frío,
 Do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
 No darán á tu sueño blando arrullo.

.....

De verte ufano en el umbral del mundo
 El ángel de la hermosa poesía
 Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
 Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo
 Que tu sublime espíritu oprimía
 Y en alas vuelas de tu genio ardiente.

No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.
¡Murió! Á la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba:
Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso.

CIPRIANO MUÑOZ Y MANZANO.

5 de marzo de 1882.





LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 ⁽¹⁾

XVII.

SÓLO dos dias permanecí en el cuartel general de Velletri despues de los lamentables sucesos de Zagarolo. El 3 de Setiembre, con el general Zavala, el brigadier marqués de Casasola, el conde de Cumbres Altas y mis ayudantes, salí de aquella ciudad en dirección de Gaeta corriendo la posta, y al siguiente dia, emprendian el mismo camino, para hacer tambien el viaje á Nápoles, el Sr. Gutierrez de la Vega y un pintor español de reconocido mérito, cuyo nombre escapa á la fidelidad de mi memoria. Encontré empavesada aquella ciudad, y disponiéndose sus habitantes á despedir al santo huésped, que durante muchos meses habia encontrado en ella seguro refugio y las más señaladas muestras de respetuosa adhesión. Pio IX, molestado por los fuertes calores que todavía reinaban en aquel punto de la costa, aceptaba la generosa hospitalidad que Fernando de Sicilia le ofrecia

(1) Véase la pág. 329 del tomo XXXIX. La falta de espacio nos impide insertar hoy la terminacion del presente capítulo, que es tambien la terminacion de la obra de nuestro ilustre colaborador el Excmo. señor marqués de Mendigorria.—(N. de la R.)

en su magnífico palacio de Pórtici, á corta distancia de la capital y sobre la orilla del incomparable golfo de Nápoles. Desde por la mañana del 4, una compacta multitud principió á dirigirse hácia el puerto, en cuyas aguas balanceábanse, adornados con gallardetes y banderas pontificales, los buques napolitanos *Tancredo*, *Delfino* y *Guiscardo*, los españoles *Colon*, *Castilla*, *Cortés* y *Marigalante*, y el francés *Vauban*. En el primero de los napolitanos debia embarcarse Su Santidad y su corte, advirtiéndose como curiosa circunstancia la de ser aquélla la vez primera que un Papa emprendia una travesía á bordo de un buque de vapor. Acompañábanle S. M. el Rey de Nápoles, S. A. el Conde de Trápani y algunos Cardenales, entre los que recuerdo á Antonelli, Sforza, Asquini, Piccolomini y Moñs. Garibaldi, Nuncio apostólico en las Dos Sicilias. Á bordo del *Guiscardo* iban la Reina de Nápoles y muchas elegantes damas de su séquito, que, por acompañar al Pontífice, habian llegado á Gaeta dias antes, y en los demás buques, repartiéronse los muchos personajes, generales, ministros y embajadores que formaban parte de la expedicion. Los españoles con el embajador de Austria, señor conde de Esterhazy, subimos á bordo del *Colon*, que llevaba la insignia del contraalmirante D. José de Bustillos. Las repetidas salvas de los fuertes, el cañoneo de los buques y las aclamaciones de una población ébria de entusiasmo, despidieron al Pontífice, emprendiendo muy luego la escuadra su corta navegacion, bajo un cielo que tambien parecia vestir sus mejores galas para festejar al jefe de la Iglesia, y sobre una mar tranquila, cuyas olas azules iban á morir pausadamente sobre aquellas dichosas costas italianas. Á poco empezamos á divisar el famoso rio Garigliano, cuyas arenas fueron en otro tiempo heroicamente holladas por los soldados españoles al mando de Gonzalo de Córdoba. Sus mansas aguas corren á confundirse con las del Mediterráneo, entre frondosas arboledas y pintorescas rocas, formando en su desembocadura una brillante línea de blanquísimas espumas. Agrupados sobre la cubierta del *Colon* y fija la mirada en el río, el sentimiento de aquellas glorias pasadas hirió nuestros corazones españoles con una intensidad desconocida, agol-

pándose los recuerdos y reproduciéndonos la imagen de aquel soldado insigne, el primero que en los tiempos modernos estableció las bases del arte de la guerra, y las de aquella incomparable infantería que hasta Rocroy no fué vencida en ocasión alguna. Exaltadas nuestras imaginaciones, creímos ver en la faja de espumas que marca la desembocadura del Garegliano, permanente corona que atestiguará eternamente nuestra fama!...

Y no se encontrará quizás en el antiguo reino de Nápoles un solo palmo de tierra que no despierte recuerdos españoles. Perdido de vista el Garegliano, y á media distancia entre Gaeta y Nápoles, encuéntrase el rio Volturno, cuyas riberas fueron tambien teatro de reñidas batallas y de triunfos para nuestras armas memorables. Más allá, sobre la costa, se divisa la *linterna* ó *foce di Patria* donde está la tumba de Scipion el africano, y sobre la derecha descúbrese pronto hácia el mar la gigantesca roca que forma la isla de Ischia, donde por tantos siglos ondearon el estandarte aragonés y la bandera de Castilla, cubierta entonces como ahora de laureles, de árboles frutales y de flores. El *Tancredo* tuvo que detenerse entre la poética Prócida y la punta Sur del Cabo Miseno, para que el Papa, que permaneció todo el dia sobre cubierta y cuyas blancas vestiduras divisábanse desde lejos, pudiese bendecir á la muchedumbre que desde la costa y las islas salia en multitud de barcas al encuentro de los vapores. Al penetrar el *Tancredo* en el golfo de Nápoles dirigió su rumbo por todo lo largo de la costa, pasando á muy corta distancia de la capital, recibiendo los saludos de sus baterías y castillos, y los de la poblacion en masa agolpada en los muelles. Un navío inglés anclado en el puerto, hizo tambien los honores á Su Santidad con 21 cañonazos, y mientras tanto, la escuadrilla toda se dirigia á fondear en las aguas de Pórtici, donde esperaban á Su Santidad, á más de un inmenso gentío, SS. AA. RR. el conde de Aquila, el príncipe de Salerno, el infante D. Sebastian, los embajadores españoles duque de Rivas y Martinez de la Rosa, todos los coches de la corte rodeados de numerosos destacamentos de la guardia real á caballo y á pié, y los granaderos formados

desde el lugar designado para el desembarque hasta el palacio, en orden de parada. Su Santidad aquella tarde admitió á su mesa al Rey y á su familia, mientras que el cardenal Antonelli invitaba á la suya á todos los cardenales y á muchas otras personas, entre las cuales tuve la honra de contarme.

Al siguiente dia de nuestra llegada dignóse el Papa recibirme en particular audiencia, aprovechando yo aquella ocasion para presentarle á los oficiales generales que me acompañaban, y que por haber llegado con la segunda division de España, no habian podido todavía ofrecerle sus respetos. Como siempre, nos acogió Su Santidad con la mayor benevolencia, no saliendo de sus labios sino frases de ponderacion y elogio para nuestras tropas, y repitiéndonos el vivo deseo en que estaba de que siguiéramos los españoles ocupando la Umbría y la provincia de Rieti.

Ya he dicho que el dia 8 de Setiembre de cada año celebrábase en Nápoles una solemnidad instituida por Cárlos III en recordacion de aquella victoria conseguida en Velietri contra los austriacos, que afianzó la seguridad é independencia del reino; hacíase con tal motivo una especie de romería al santuario de la Vírgen de Piedigrotta y reconcentrábase en la capital el mayor número de regimientos posible, pasando todos los Monarcas en aquel dia una gran revista con la mayor ostentacion y aparato. Llegado que fué, á los pocos de nuestra permanencia, un inmenso gentío, desde muy temprano, comenzó á bullir por las calles de la ciudad, dirigiéndose unos al santuario de la Vírgen, otros al palacio de Pórtici para tener ocasion de ver al Papa, circulando todos, y dando á Nápoles ese aspecto y fisonomía particular, que hacen de aquella capital una de las más alegres de Europa. Desde las diez de la mañana, 36 batallones, los más lucidos del ejército napolitano, se extendian en columna en todo lo largo de la calle de Toledo, desde la embocadura de la de Nardones; la caballería, compuesta de 30 escuadrones, por pelotones en masa, ocupaba San Cárlos, largo del Castello y Piliero, y la artillería, que constaba de cinco baterías, colocóse en el espacio que hay desde Castel

Nuovo hasta el Molo: el total de las fuerzas alcanzaba á 25.000 hombres de todas armas, los cuales estaban al mando del teniente general Massimo Selvaggi. A las doce y media presentábase en mi habitacion el coronel de Estado Mayor duque de Mignano, quien en nombre de S. M., y en carretela descubierta, nos condujo á Zavala, Casasola y á mí al real palacio, y en otros coches á la oficialidad española que me acompañaba, penetrando con ellos en el alcázar hasta el mismo sitio reservado á los príncipes. Consigno este detalle para dar una idea de las singulares distinciones y honores de que nos hizo objeto el Rey de Nápoles, advertidos y muy comentados por su corte y por el cuerpo diplomático extranjero. Con objeto de dar tiempo á que comenzara el desfile, me enseñaron los ayudantes de S. M., por orden suya, las principales habitaciones del palacio, haciéndonos admirar las riquísimas colecciones de cuadros y de otros objetos de arte que encerraba, y las dos serian de la tarde, cuando SS. MM. y AA. se presentaron en la cámara, desde cuyo momento fuí objeto de los honores más señalados; dirigióme la palabra S. M. antes que á nadie, y me colocó á su derecha en el balcon, circunstancia que produjo general sorpresa, pues nunca habia ocupado personaje alguno la derecha del Rey en los balcones de su palacio, donde, segun la etiqueta, sólo podian situarse individuos de su familia ó príncipes de casas reinantes.

Inmediatamente comenzó el desfile; presentóse primero la brigada de Húsares de la guardia, compuesta de dos regimientos de á cinco escuadrones. La disciplina y brillantez de aquellos cuerpos, en los que entonces servian gran número de jóvenes de las principales familias del reino, eran dignas, en verdad, de todo elogio, no siéndolo menos la buena calidad de sus caballos, ligeros y bien cuidados aunque pequeños, como tambien el precioso uniforme de los oficiales y soldados y la gallardía y aire marcial de los más veteranos. Seguia despues un lucido regimiento de Lanceros, de la misma fuerza y digno de mencionarse por lo singular y precioso de su vestuario y el personal de que se componia. Una batería ligera venia detrás de estos tres cuerpos, y nos lla-

mó muy principalmente la atención el perfecto y excelente material que arrastraban sus ligeros y vigorosos caballos. Continuaba inmediatamente una brigada de caballería de línea, compuesta del magnífico regimiento de Carabineros y dos de Dragones, que también nos gustaron por la talla y hermosura de sus hombres, sus caballos, de más superior alzada, y el aire del soldado, tan marcial como serio y grave, cual cumple á una institución que en la organización de los ejércitos le está reservado el papel de decidir por su poderoso esfuerzo del resultado de las batallas. Seguían á los 28 escuadrones, que desfilaron al paso en perfecto orden, los tres regimientos de Granaderos de la guardia, compuestos de tres batallones cada uno, el de Carabineros, dos regimientos de Artillería é Ingenieros, dos batallones de Cazadores y los regimientos de Infantería de línea núms. 3 y 11, cerrando la columna seis batallones suizos, divididos en tres regimientos, formando un total de 28 batallones, detras de los cuales marchaba, cerrando el todo, el segundo escuadron de Cazadores, cuyo primero nos era á los españoles tan ventajosamente conocido y tan justamente apreciado por la disciplina y brillante estado en que lo tenía su jefe el digno mayor príncipe de Colonna.

No cesó el Rey mientras duró el desfile de dirigirme la palabra, enterándome menudamente de cuantas circunstancias le parecían dignas de llamar la atención de un militar extranjero. Después de pasar por el frente del palacio, fueron las tropas extendiéndose por la bajada del Gigante, Santa Lucía, Chiatamone, Vitoria, Chiaja y Margellina, hasta la iglesia de Piedigrotta, retirándose por la tarde á sus cuarteles y dejándonos una aventajadísima idea del estado en que entonces se encontraba aquel ejército, desconocido en realidad para el mundo militar europeo, y cuyos adelantos y excelente estado debíanse exclusivamente al solícito afán de un Monarca entendido, que de no haber muerto, seguramente hubiera sido otra la suerte de su reino y dinastía. Con objeto de dar, en aquella ocasión, á los españoles una prueba más del alto aprecio en que nos tenía, dispuso S. M. que á la escuadrilla española, que á propósito había fondeado en la en-

senada de Chiaja, fuese á reunirse la napolitana, poniéndose á las órdenes de Bustillos, para que juntas hicieran al ejército los honores de ordenanza. Tambien me honró S. M. invitándome á que formara parte de su comitiva, cuando por la tarde se trasladó á orar á Piedigrotta con toda su corte y Estado Mayor.

En los dias que siguieron á la revista visité, acompañado del duque de Mignano, todos los establecimientos militares de la capital, entre los cuales llamaron poderosamente mi atencion, á más de la limpieza y buenas condiciones de los cuarteles de artillería, de marina, escuela de pilotos y colegio de guardias, el arsenal y fábrica de fundición, situado en Castel Nuovo, y la Maestranza, en cuya sala de armas habia un repuesto de 80.000 fusiles. Recorrí tambien las fortificaciones y el recinto exterior de la ciudad, acerca de cuyas particularidades escribia al Gobierno de Madrid en comunicacion oficial lo siguiente:

«Á lo largo de la ribera, y como guarneciendo el palacio
 »real por uno y otro lado, se encuentran los dos castillos el
 »Nuovo y el del Uovo, que tantos recuerdos tienen en la his-
 »toria, teatros de las hazañas de españoles y de los inventos
 »militares de Pedro Navarro. Entre estos dos castillejos se
 »encuentra la dársena, lugar tambien fuerte y murado. Así
 »el castillo Nuovo como el del Uovo, que están aislados
 »entrándose en ellos por puentes levadizos, se ven guar-
 »necidos por numerosa artillería y custodiados por sufi-
 »ciente número de soldados, que hacen el servicio con la
 »mayor exactitud y vigilancia. En ninguno de estos puntos
 »puede entrarse sin una comunicacion expresa del ministro
 »de la Guerra. El Castel dell' Uovo comunicase con el con-
 »tinente por el sitio en que se estrecha más el mar con el
 »alto monte donde en parte tiene su asiento Nápoles. La
 »estrechura es tal, que apenas puede pasar un coche, y se
 »cree fué separado el Uovo de la tierra antiguamente por
 »algún sacudimiento de la naturaleza; despues, subiéndose
 »por unas empinadas ramblas hácia el monte, se encuentran,
 »primero las casernas de Pizzo Falcone, y luego en la cú-
 »spide el castillo formidable de San Elmo. Con tan buenos

» fuertes y tan ventajosamente combinados que forman una
» cadena de alcázares, al parecer aislados, concurriendo en
» verdad á un gran permanente de defensa y conservacion,
» puede considerar V. E. que la tranquilidad de Nápoles se
» halla asegurada, siendo fácil de comprimir todo motin ó
» movimiento revolucionario. El castillo de San Elmo, que es
» la llave de toda lo posicion, tiene una situacion admirable,
» y sus obras, desde su fundacion en tiempo de Cárlos V,
» fueron sucesivamente mejorando por los trabajos de los vi-
» reyes españoles, y hoy puede considerarse como casi inex-
» pugnable. Aquí fuí recibido por el Gobernador y la guarni-
» cion con todos los honores militares, y visitando las fortifi-
» caciones, las encontre en muy buen estado y coronadas de
» razonable número de piezas de cañon. El espectáculo que
» ofrece Nápoles, visto desde las torres de este castillo, no
» puede encarecerse cumplidamente.»

Muy largos de enumerar serian los festejos, obsequios y atenciones de que, por otra parte, fuí objeto durante mi permanencia en Nápoles. Un dia dispuso el Rey que las tropas que habian tomado parte en la revista hicieran en honor mio un simulacro de guerra, demostrando en él sus buenas condiciones de movilidad (muy inferior, sin embargo, á las de los cuerpos españoles) y la excelente instruccion que poseian, adiestradas con arreglo á la táctica prusiana, que ya entonces comenzaba á prevalecer en Europa. El duque de Rivas, representante de la Reina en aquella corte, ofrecióme en el palacio que habitaba un gran banquete seguido de un baile al que concurrió toda la nobleza napolitana. Nada más bello que el lugar que ocupaba nuestra cancillería en la risueña ribera del Chiaja, sirviéndole de antemuro las Villas Reales, sobre las que venian á estrellarse las olas del golfo. Aquella noche pude conocer las damas más aristocráticas y hermosas de la corte napolitana, entre las que figuraban nuestras compatriotas la duquesa de Vivona y la condesa de Scláfani. La colonia española dióme otras comidas y muy concurridos saraos, brillando por su magnificencia la casa de los duques de Vivona, en la que figuraba ya un niño de fisonomía inteligente, conocido despues por su aguda ora-

toria en nuestros Parlamentos con el título de conde de Xiquena. La acogida que me hicieron en Nápoles, tanto las personas reales, como todas las clases de la sociedad y el ejército, demostró á todos, y especialmente á nuestro Gobierno, por los continuos despachos de nuestros embajadores, el alto concepto en que se tenia el cuerpo expedicionario español, en cuyo nombre sólo recibí yo tan señaladas muestras de simpatía. Antes de abandonar aquella capital fuí agraciado por S. M. con la gran cruz de San Genaro, regalándome las insignias de esta orden que habia usado el Rey su padre. Otra gran cruz recibió el general Zavala, la de Francisco I Lersundi, la de Constantino el marqués de Casasola, y otras de menor categoría para muchos jefes de la expedición. El Papa á su vez me condecoró, de su propia mano, con la gran cruz en brillantes de Pio IX, siendo de advertir la circunstancia de que esta orden sólo pueden usarla con piedras preciosas aquellos que reciben personalmente esta gracia y este regalo de Su Santidad. Manifestóme el Pontífice, al despedirme, que habia dado orden de acuñar una medalla de bronce igual para todas las clases militares, con la que pensaba perpetuar el recuerdo de la intervencion en sus Estados de los ejércitos mediadores, y poco tiempo despues fueron repartidas á todos los individuos que componian los cuerpos austriaco, francés, napolitano y español.

El 20 de Setiembre abandoné por fin aquella córte, con objeto de reunirme á mi cuartel general de Velletri, donde comenzaba á ser necesaria mi presencia, para disponer algunos movimientos que reconcentraran las tropas sobre la costa é hicieran más fácil el embarque, caso de que el Gobierno de Madrid, que estaba ya impaciente por el regreso de la expedición, me comunicara las órdenes al efecto. Ordené, pues, que vinieran sobre Velletri el batallon del Rey y los de cazadores de Ciudad-Rodrigo y Baza; dispuse que el de Granaderos ocupara á Sezze, destacando una compañía en Piperno; en Palestrina quedó el batallon de las Navas con una batería rodada, y en Valmontone se acantonó la caballería. El regimiento de San Marcial, el batallon de Chiclana y la batería de montaña recibieron orden de permanecer en la

Umbría y la Sabina, guarneciendo á Rieti, Spoleto, Terni y Narni. Con objeto de que las tropas no perdieran sus hábitos de marcha, y tambien con el de mantener el buen espíritu en los pueblos, dispuse que algunas pequeñas columnas recorrieran constantemente el país, las cuales eran por todas partes recibidas con la mayor cordialidad, y pudieron en dos ocasiones emplearse en perseguir y disolver algunas partidas que, bajo pretextos políticos, robaron y saquearon localidades indefensas. Tambien envié una guarnicion á Porto D'Anzo, á fin de asegurar más rápidas comunicaciones con nuestros buques, y proteger el embarque de los enfermos ménos graves, operacion que desde entonces comencé á apresurar, para no quedar en Italia con el gran embarazo que éstos, como los heridos, ocasionan siempre en los ejércitos.

Desde que el general Rostolan tomó el mando del cuerpo francés, hiciéronse muy cordiales las relaciones que se entablaron entre los franceses y nosotros. Habia enviado aquel general en varias ocasiones oficiales de su Estado Mayor á los cantones españoles, y especialmente á Velletri, con recados atentos y demostraciones expresivas. Por esta razon, y con motivo de haberle yo enviado á mi vez algunos desertores de su ejército, detenidos en los pueblos que ocupábamos, cruzáronse entre nosotros varias cartas, en una de las cuales invitábame Rostolan á pasar á Roma, por si gustaba conocer las tropas de su mando. Con este objeto, y con el principal de ofrecer personalmente mis respetos á los cardenales que asumian el poder en representacion del Pontífice, pasé á Roma en los primeros dias de Octubre. Desde el momento en que al general en jefe le fué conocida mi llegada, envióme al general Fauban, gobernador militar de la plaza, con objeto de cumplimentarme, á la vez que una guardia de honor, que rehusé de la manera más atenta y con las palabras de agradecimiento que merecia la delicada atencion de S. E. No tardé por mi parte en ir á visitarle, demostrándome durante nuestra larga entrevista las simpatías que le inspiraba nuestro ejército, cuyo valor y cualidades militares habia podido apreciar tomando personalmente parte en nuestra guerra de la Independencia, bajo las órdenes del mariscal Suchez; no

terminó aquella entrevista sin que el general me anunciara un gran banquete con el que pensaba obsequiar á los generales españoles dos dias despues, cuando juntos hubiéramos recorrido las fortificaciones de la plaza, explicando él, sobre el terreno, las recientes operaciones del sitio.

Al siguiente dia despues de recibir al general Rostolan, que vino á pagarme la visita, fuí presentado en audiencia oficial á los tres cardenales que componian la comision gubernativa de Estado, siendo introducido en sus habitaciones del Quirinal por el ministro del Interior, monseñor Pabelly. Recibiéronme Sus Eminencias con las mayores demostraciones de afecto, que aumentaron gradualmente á medida que les hice presente la completa tranquilidad en que se encontraba el país ocupado por las armas españolas; púseles de manifiesto el estado de la opinion pública en favor del Santo Padre y el respeto con que en los pueblos consideraban á las autoridades de Su Santidad. Les aseguré que, segun las instrucciones repetidas que recibia de mi Gobierno, las tropas de mi mando recibirian y cumplirian sus órdenes é indicaciones, considerándose muy felices al contribuir con todos sus esfuerzos á la consolidacion del poder temporal y espiritual del Jefe de la Iglesia. Repitiéronme los cardenales con palabras halagüeñas el grande aprecio que de nosotros hacian y la gratitud profunda que debia la Iglesia á la España y su Gobierno, el primero en ofrecerse á Su Santidad en amargos dias, dando así fiel ejemplo á las demás naciones católicas. Sus Eminencias, al despedirme, se dignaron acompañarme hasta la última antecámara. Dos dias despues tuve el alto honor de que vinieran en corporacion á mi casa, anunciados que fueron por el secretario encargado de nuestra embajada en Roma. Recibílos al pie de la escalera, con las mayores demostraciones de respeto, no siendo en aquella ocasion menos pródigos en tributar á España y á su política palabras lisonjeras. Al retirarse manifestáronme reservadamente que las diferencias que existian entre el Gobierno pontificio y el general en jefe del ejército francés les obligaban á ser cautos, privándoles del gusto que hubieran tenido en ofrecerme una comida, demostrando así, de un modo más ostensible, la consideracion

que les inspiraba mi persona y mi conducta para con el Gobierno pontificio.

En cuanto al general Rostolan, á media tarde del dia fijado presentóse en mi casa en coche, conduciéndome despues con su jefe de Estado Mayor fuera del recinto murado de la ciudad, donde tuvo ocasion de explicar detalladamente todas las operaciones del sitio, á la vista de los trabajos de aporche realizados por el ejército y de las brechas todavía abiertas en la muralla. Como ya he apuntado en otro capítulo de este libro, cupo á Rostolan no escasa parte de gloria en aquellas jornadas, y no volvimos á Roma sin que yo se lo recordara varias veces. La tarde terminó con el anunciado banquete, al que asistieron todos los generales franceses con mando en Italia y algunos españoles que me acompañaban, excepcion hecha de Zavala, que sufrió en aquellos dias una ligera indisposicion. Menudearon al final los brindis de aquéllos en honor de nuestro ejército, y los nuestros por la prosperidad y gloria del francés. Á estas atenciones, que se completaron con varias serenatas y un gran simulacro ejecutado fuera del Puente Molle y presenciado por gran parte de la poblacion romana, muy aficionada á estos espectáculos, correspondimos nosotros, algunos dias despues, en Velletri, con otro gran banquete y otro simulacro, en el que nuestros soldados no quedaron seguramente rebajados, ante toda la plana mayor del ejército francés, llegada de Roma con objeto de presenciar aquellas fiestas militares. No fué, pues, menos lisonjera la acogida que merecimos los españoles en Roma, que la de que fuimos objeto en la corte de las Dos Sicilias. Á más de las particularidades que dejo consignadas, recibí agasajos, invitaciones y visitas de toda la nobleza romana y del alto clero. Los príncipes de Altieri, Borguesi, Massimo, Doria, Aldombrandini, Torlonia, Pamfili y otros grandes señores, se presentaron en mi casa, alternando con los cardenales, obispos, generales de las órdenes monásticas y demás personajes de viso y nombradía de Roma y de la corte pontificia. Con muchos contraje duraderas relaciones de amistad, y muy especialmente con el príncipe de Torlonia, que á mi vuelta á Velletri me acompañó desde Roma, dán-

dome un gran almuerzo en su *villa* de Castell-Gandolfo, al que asistió mi Estado Mayor, también invitado. En aquella residencia, verdaderamente régia, que, situada á diez kilómetros de Roma da vista á la gran ciudad, tuve la honra de ser presentado por Torlonia á la princesa, dama la más hermosa y elegante de Italia, cuyos atractivos realzaban su afabilidad, sus virtudes y su distincion suprema (1).

Los pocos días que permanecí en Roma, y las conferencias que tuve con los cardenales ministros, así como con el mismo general francés, bastaron para que pudiera formar un concepto exacto del estado en que se encontraban los asuntos políticos, á la verdad más embrollados cada día por las contradictorias exigencias del gabinete de París, en desacuerdo siempre con las miras de la Santa Sede, y con la actitud desembarazada y franca en que las demás naciones interventoras habíanse desde el primer momento colocado. Bien lo comprendía Mr. Corcelles, cuyos trabajos se encaminaban siempre á calmar las desazones de la corte de Gaeta, mientras que al propio tiempo solicitaba medidas y concesiones que, sin aparecer supuestas por la violencia, satisficieran en parte las reclamaciones de su Gobierno. Los esfuerzos de aquel distinguidísimo diplomático y sus intenciones conciliadoras fracasaron, no obstante, cuando á mediados del mes de Setiembre recibió órdenes terminantes para que se plantearan sin mayor dilacion las bases indicadas por Luis Napoleon Bonaparte en la carta de que ya tienen conocimiento mis lectores, dirigida al coronel Niel. Exigíase, además, la insercion de aquel documento en el *Diario Oficial* de Roma, creando así un verdadero *casus belli*, si tales disposiciones no se cumplieran con precision y sin tardanza. Semejante política destruía todo lo que hasta entonces se habia conseguido de la Sante Sede en cuanto á reformas liberales; porque ¿po-

(1) Muchas fueron las atenciones que debí al ilustre matrimonio durante los últimos tiempos de mi permanencia en Italia, y me complazco en recordar los sentimientos de gratitud que me inspiraron, y que el tiempo no ha desvanecido.

dria suscribir el Papa á tales exigencias? ¿permitirían los cardenales que componían la comisión de Estado, la publicación oficial de un documento en que se les trataba con inusitada dureza? (1) ¿aceptarían Austria, Nápoles y España sin protestas tales imposiciones?

Desde luego, obtuvo Francia como primeros y contradictorios resultados, el que la Santa Sede suspendiera la publicación de un *motu proprio* pontificio, programa de su política futura y el decreto de amnistía próxima á decretarse; que Mr. Corcelles, de acuerdo con Mr. de Rayneval, escribieran al Gabinete de París aconsejándole que renunciara á proseguir por aquel camino, en cuyo territorio sólo encontraría nuevas complicaciones y quizá un conflicto europeo; que los tres cardenales declarasen que abandonarían á Roma tan pronto como se decidiera la inserción de la famosa carta, y por último, que tanto de Corcelles como el general Rostolan anunciaran sus dimisiones, si el Gobierno persistía en su poco meditado empeño. Escribió entonces Odilon Barrot, á la sazón presidente del Consejo de ministros del Gabinete francés, al general, negándose á aceptar su renuncia, pero invitándole á que cumpliera las disposiciones dictadas, á lo que hubo de replicar Rostolan que jamás asociaría su nombre á un acto que era no sólo injusto, sino que traía la contingencia de encender una guerra en Europa, lanzando á su país por una vía sembrada de dificultades y peligros.

«El general en jefe tenía razón, dice un historiador francés. Desde que el programa del presidente de la república francesa perdía su carácter privado é intentaba dominar la cuestión romana, una guerra general hacía inevitable; y sin duda, la salida de Roma de la comisión gubernamental hubiera sido su inmediata consecuencia; así que, la tenaz resistencia de nuestros diplomáticos, unida á la del general Rostolan, dando en París lugar á mejores reflexiones, libró á la Francia de que se produjeran en Europa acontecimientos cuyo alcance y consecuencias difíciles son de pre-

(1) Véase la carta á que me refiero, Cap. XII, pags. 308 y 309.

»ver.» Al cabo, pudo resolverse el conflicto, obteniendo monsieur de Corcelles, apoyado en la opinión de Martínez de la Rosa, que el Papa ordenara definitivamente á los cardenales la publicación de su *motu proprio* y del decreto de amnistía, con lo cual debería, por el pronto, contentarse la Francia en materia de concesiones. El 18 de Setiembre vieron, en efecto, la luz pública aquellos documentos: por el primero se instituía en los Estados Pontificios un Consejo de Estado, que debía examinar todas las cuestiones que se relacionaban con la administración pública y una consulta para la Hacienda. Confirmábanse los Consejos provinciales, y se concedían algunas franquicias municipales para la administración interior de los pueblos. En cuanto á la amnistía, excluía de sus beneficios á los que fueron miembros del gobierno provisional, á los que tomaron parte en las deliberaciones de la Asamblea constituyente, á los individuos del Triunvirato y del gobierno de la república, á los que fueron jefes de los cuerpos militares, á todos aquellos que habían gozado del beneficio de la anterior amnistía concedida por Su Santidad, tomando parte en los desórdenes posteriores, y en fin, á todos los que además de los delitos políticos se hubieran hecho responsables de los comprendidos en el Código penal. En realidad, pues, la Santa Sede limitábase en cuanto á concesiones á instituir dos ó tres altos cuerpos de nombramiento soberano, y á otorgar algunas libertades administrativas locales, y respecto de la amnistía, eran tales sus excepciones, que los beneficios alcanzaban á limitadísimo número de individuos. Ni la Francia podía obtener menos en contestación á sus demandas, ni la Santa Sede, bajo el peso de aquellas intimidaciones, podía dignamente conceder más (1).

(1) Hé aquí, íntegro, el texto de aquel famoso *motu proprio*:

«PÍO PAPA IX Á SUS AMADÍSIMOS SÚBDITOS.

»Apenas las valerosas armas de las potencias católicas que con verdadera devoción filial concurren al restablecimiento de nuestra plena libertad é independencia en el Gobierno de los dominios temporales de la Santa Sede

Estas noticias produjeron vivísima impresion en Francia y exacerbaron á los partidos liberales, que creyeron ver en aquella política de la Santa Sede un acto de menosprecio é ingratitud hácia los que habian contribuido á restaurarla dominando en Roma la revolucion. Precisamente necesitó en aquellos dias el Gobierno pedir á la Asamblea legislativa que autorizara un crédito de 1 200.000 francos para atender á los gastos del ejército expedicionario y con este motivo promoviéronse en el seno de la Cámara acaloradísi-

nos libertaron de la tiranía que de mil maneras nos oprimía, no sólo elevamos himnos de gracias al Señor, sino que cuidamos también de establecer en Roma una comisión gubernativa, compuesta de tres respetables Cardenales, á fin de que en nuestro nombre volviese á tomar las riendas del Gobierno civil, y con el auxilio de un Ministerio se dedicasen, en cuanto las circunstancias lo permitiesen, á tomar aquellas providencias que reclamaba en el momento la necesidad del orden, de la seguridad y de la tranquilidad pública. Y con igual solicitud nos ocupamos en establecer las bases de aquellas instituciones que, al paso que os asegurasen á vosotros, amadísimos súbditos, las libertades convenientes, asegurasen también nuestra independencia, que tenemos obligacion de conservar intacta á la faz del universo.

»Por tanto, para consuelo de los buenos que tanto han merecido nuestra especial benevolencia y consideracion, para desengaño de los malos y de los ilusos, que se prevalieron de nuestras concesiones á fin de trastornar el orden social, para que sirva á todos de testimonio de que nada deseamos más que vuestra verdadera y sólida prosperidad, de nuestro *motu proprio*, á ciencia cierta y con la plenitud de nuestra autoridad, hemos resuelto disponer lo siguiente:

»Artículo 1.º Se establece en Roma un Consejo de Estado. Éste dará su parecer sobre los proyectos de ley antes de que sean sometidos á la sancion soberana; examinará todas las cuestiones más graves de todos los ramos de la administracion pública, sobre las que sea consultado por Nos y por nuestros Ministros.

»Una ley adecuada establecerá las cualidades y el número de los consejeros, sus obligaciones, prerogativas, las reglas de las discusiones y todo lo demás que concierna al recto procedimiento de tan distinguido cuerpo.

»Art. 2.º Se establece una consulta de Estado para la Hacienda. Ésta entenderá en el presupuesto del Estado y examinará las cuentas, dando los correspondientes finiquitos; dará su parecer sobre la imposicion de nuevas contribuciones ó disminucion de las existentes, sobre el modo mejor de hacer su reparticion, sobre los medios más eficaces para que florezca el comercio, y en general sobre todo lo que hace relacion á los intereses del Tesoro público.

»Los consultores serán elegidos por Nos con vista de las notas que nos

mos debates. Mr. de Tocqueville, que habia sustituido en el ministerio de Negocios extranjeros á Drouin de Lhuys, creyó poder resolver todas las dificultades aceptando el espíritu de la carta de Bonaparte á Ney, al mismo tiempo que el *motu proprio* pontificio. Thiers, Cavaignac y otros ilustres oradores intervinieron en la discusion, pero de demostrar la imposibilidad en que se estaba de aceptar y confundir en una misma aspiracion y espíritu aquellos dos documentos, encargóse Víctor Hugo, pronunciando un discurso violentí-

presentarán los Consejos provinciales. Su número se fijará en proporcion á las provincias del Estado. Este número podrá aumentarse con una adición determinada de sujetos que nos reservamos nombrar.

»Una ley adecuada determinará la forma de las propuestas de los consultores, sus calidades, las reglas para el despacho de los negocios y todo aquello que pueda contribuir eficaz y prontamente á la organizacion de este importantísimo ramo de la administracion pública.

»Art. 3.º Se confirma la institucion de los Consejos provinciales. Los consejeros serán elegidos por Nos sobre las listas de los que propongan los Consejos comunales.

»Éstos tratarán los intereses locales de la provincia, los gastos que han de hacerse á cargo de ella y con su concurso; los presupuestos de gastos é ingresos de la administracion interior, la cual será ejercida por una comisión administrativa elegida por cada uno de los Consejos provinciales bajo su responsabilidad.

»Serán elegidos algunos miembros del Consejo provincial para formar parte del Consejo del Jefe de la provincia, á fin de auxiliarle en el ejercicio de la vigilancia que le incumbe sobre los municipios.

»Una ley adecuada determinará la forma de las propuestas, la calidad y el número de los consejeros para todas las provincias; y prescritas las relaciones que deben conservarse entre las administraciones provinciales y los grandes intereses del Estado, establecerá estas relaciones, é indicará cómo y hasta dónde se extiende sobre ellas la superior tutela.

»Art. 4.º Las representaciones y las administraciones municipales serán reguladas por las franquicias más latas que sean compatibles con los intereses locales de los pueblos.

»La eleccion de los consejeros tendrá por base un extenso número de electores, habida principalmente consideracion á la propiedad.

»Los elegibles, además de las cualidades intrínsecamente necesarias, deberán tener una renta que se determinará por la ley.

»Los Jefes de la magistratura serán elegidos por Nos y los ancianos de las capitales de las provincias á propuesta en terna de los Consejos comunales.

simo, que causó honda sensación en toda Europa. Decía el gran poeta en la sesión del 15 de Octubre: «El acto de la cancillería romana abraza dos aspectos, dos lados: el lado político, que regula las cuestiones de libertad, y lo que podríamos llamar el lado caritativo, el lado cristiano, que regula la cuestión de clemencia. En cuanto á libertad política, la Santa Sede no concede nada: en cuanto á clemencia, concede mucho menos; otorga una proscripción en masa; pero tiene la bondad de dar á esta proscrip-

»Una ley adecuada determinará las cualidades y el número de los consejeros comunales; la forma de la elección; el número de los que hayan de componer las magistraturas, y regulará el procedimiento de la administración, coordinándola con los intereses de las provincias.

»Art. 5.º Las reformas y las mejoras se extenderán también al orden judicial y á la legislación civil, criminal y administrativa. Una comisión que se ha de nombrar se ocupará de los trabajos necesarios.

»Art. 6.º Finalmente, propenso siempre por inclinación de nuestro corazón paternal á la indulgencia y al perdón, queremos que aun esta vez se verifique un acto de clemencia hácia aquellos extraviados que fueron arrastrados á la felonía y á la rebelión por la seducción, las dudas y acaso también la inercia de otros. Por tanto, teniendo presente lo que reclaman la justicia, fundamento de los reinos, los derechos de otros comprometidos ó perjudicados, la obligación que nos incumbe de preservaros de la renovación de los males que habeis sufrido y el deber de sustraeros de la perniciosa influencia de los corruptores de toda moral y enemigos de la religión católica, la cual, fuente perenne de todo bien y prosperidad social, formando vuestra gloria, os distinguía como la familia elegida favorecida por Dios con sus particulares dones, hemos mandado que se publique á nuestro nombre una amnistía de la pena en que han incurrido todos aquellos que por las limitaciones que se expresarán no queden excluidos de este beneficio.

»Estas son las disposiciones que para vuestro bienestar hemos creído ante Dios que debíamos publicar, y las cuales, al paso que son compatibles con nuestra representación, estamos completamente convencidos de que fielmente ejecutadas pueden producir el buen resultado que desean de buena fé los prudentes. El buen sentido de cada uno de vosotros, que anhela más el bien á proporción de los afanes sufridos, nos da de ello amplia garantía. Pero principalmente colocamos toda nuestra confianza en Dios, el cual, aun en medio de su justa cólera, no olvida su misericordia.

»Dado en Nápoles en el arrabal de Pórtici á 12 de Setiembre de 1849, año cuarto de nuestro pontificado.

»PIÓ PAPA IX.»

»cion el nombre de amnistía. Así ha respondido el Gobierno
 »clerical á la carta del presidente de la República. Recuerdo
 »que un gran obispo dijo en un libro famoso, que el Papa tie-
 »ne las manos siempre abiertas, y que de la una se derrama
 »incesantemente la libertad sobre el mundo, y de la otra la
 »misericordia. Ya lo veis; en esta ocasion, el Papa las ha cer-
 »rado las dos. Tal es, señores, la situacion; hállase encerrada
 »en estos dos hechos: la carta del presidente y el *motu pro-*
 »*prio*, es decir, la peticion de la Francia y la contestacion de
 »la Santa Sede. Sobre ellos teneis que decidir. Por más que
 »se haga, por más que se diga para atenuar la carta del pre-
 »sidente y para ampliar el *motu proprio*, sepárales un inter-
 »valo inmenso. Lo uno dice que sí; lo otro dice que no; no
 »es posible salir de este dilema, impuesto por la fuerza de
 »las circunstancias; es absolutamente necesario declararse
 »por uno ó por otro. Si sancionais la carta, reprobais el *motu*
 »*proprio*; si aceptais el *motu proprio*, desaprobais la carta. Te-
 »neis de un lado al presidente de la república reclamando la
 »libertad del pueblo romano en nombre de la gran nacion
 »que desde hace tres siglos esparce á oleadas la luz y el pen-
 »samiento sobre el mundo civilizado; del otro, al cardenal
 »Antonelli, rechazando todo esto en nombre del Gobierno
 »clerical. Debeis escoger.»

Y al terminar, exclamaba con aquellos arranques de lirismo exagerado que fueron siempre la inclinacion y corte característico de su gran talento: «Sobre la palabra libertad
 »no pueden admitirse equívocos. Debemos dejar en Roma,
 »al retirarnos, no esta ó la otra cantidad de franquicias mu-
 »nicipales, es decir, aquello que ya tenian casi todas las ciu-
 »dades de Italia en la Edad Media, sino la libertad verdade-
 »ra, la libertad seria, la libertad que reclama el siglo XIX,
 »la única que pueden garantizar dignamente los que se lla-
 »man el pueblo francés á los que se llaman el pueblo roma-
 »no; esa libertad que agiganta á los pueblos que marchan y
 »que levanta á los pueblos caidos, es decir, la libertad polí-
 »tica. Y que no se nos diga, con simples afirmaciones, pero
 »sin pruebas, que estas transacciones liberales, que este sis-
 »tema de concesiones prudentes, que esta libertad funcionan-

»do á presencia del pontificado, soberano en el órden espiri-
 »tual, y limitado en el órden temporal, son imposibles. Por-
 »que entonces responderíamos: Lo que no es posible es que
 »de una expedicion comenzada, segun nos dijeron, con un
 »objeto exclusivo de humanidad y libertad, resulte el resta-
 »blecimiento del Santo Oficio; que no hayamos podido sacu-
 »dir sobre Roma esas ideas generosas y liberales que la Fran-
 »cia lleva siempre consigo en los pliegues de su bandera; que
 »de nuestra sangre vertida no resulte ni un derecho ni un
 »perdón; que la Francia haya ido á Roma, y que, salvo los
 »patíbulos, haya sido igual que si el Austria hubiera pasado
 »por la capital del orbe cristiano. Lo que no es posible es
 »aceptar el *motu proprio*, ni la amnistía del triunvirato de los
 »cardenales, ni soportar esa injuria, ni permitir que abofetee
 »á la Francia la misma mano que debería bendecirla! Lo
 »que no es posible es que la Francia haya empeñado una de
 »las cosas más grandes y más sagradas, su bandera; que
 »haya empeñado lo que no es menos grande ni menos sa-
 »grado, su responsabilidad moral ante las naciones; que haya
 »prodigado su dinero, el dinero del pueblo que sufre; que
 »haya hecho verter la gloriosa sangre de sus soldados, que
 »haya, en fin, hecho todo esto, para nada... Es decir, me
 »equivoco, que haya hecho todo esto para recoger sólo ver-
 »güenza!... ¡Eso es lo que no es posible!» (1) Pero la réplica
 debía ser digna de la impugnacion.

«La historia dirá, exclamaba Montalembert, que mil años
 »despues de Carlo Magno y cincuenta despues de Napoleon,
 »mil años despues de que Carlo Magno consiguiera una
 »gloria inmortal restableciendo el poder pontificio, y cin-
 »cuenta desde que Napoleón, en el apogeo de su poder y
 »de su prestigio, fracasara procurando deshacer la obra de su
 »antecesor, la historia dirá que la Francia ha permanecido
 »fiel á sus tradiciones y sorda ante provocaciones odiosas.
 »Dirá que treinta mil franceses, mandados por el digno hijo
 »de uno de los gigantes de nuestras grandes glorias imperia-
 »les, abandonaron las playas de la patria para restablecer en

(1) *Victor Hugo. Actes et paroles arant l'exil.* Michél Levy: París, 1875.

» Roma, en la persona del Papa, el derecho, la equidad y los
» intereses europeos y franceses. Repetirá lo que el mismo
» Pio IX ha dicho en su carta al general Oudinot: *El triunfo*
» *de las armas francesas se ha conseguido tambien sobre los enemi-*
» *gos de la sociedad humana.* Ese ha de ser el fallo de la histo-
» ria, y esa será una de las mejores glorias francesas en este
» siglo. Esa gloria no debeis querer atenuarla, empañarla,
» eclipsarla, precipitándonos en un tejido de complicaciones,
» de contradicciones y de inconsecuencia. ¿Sabeis lo que man-
» charia para siempre la gloria de la bandera francesa? Pues
» seria oponerla á la cruz, á la tiara, que acabamos de libertar,
» seria transformar los soldados franceses de protectores del
» Papa en opresores, seria cambiar la mision y la gloria de
» Carlo Magno por una triste falsificacion de Garibaldi...» La
Cámara aprobó con una votacion numerosa la conducta del
Gobierno, dejando las cosas en realidad como estaban; es de-
cir, aceptando Francia tácitamente la política romana; y no
insistiendo ni en la publicacion de la carta del príncipe presi-
dente, ni en el planteamiento inmediato de nuevas reformas.

Tranquilizáronse con esto las cortes Pontificia, de Nápo-
les, de Madrid y Viena, y entabláronse en seguida sordos y
secretos trabajos diplomáticos, encaminados á que terminara
cuanto antes la ocupacion francesa de Roma, pues aquel
ejército comenzaba á ser ya un huésped hartó incómodo, y
los beneficiados, y protegidos, deseaban poner un térmi-
no honroso, pero inmediato, á los beneficios que otorgaban
los protectores. Cada dia se hacian más tirantes y desabri-
das las relaciones entre las autoridades civiles pontificias y
las militares francesas, entablándose con este motivo diarias
reclamaciones y disgustos, algunos de los cuales hubo de di-
rimir personalmente Su Santidad, interponiendo el influjo de
sus palabras y mandatos.

Narvaez, por su parte, preocupábase tambien de la suerte
del pontificado, y demostraba en todas ocasiones el disgusto
con que veia la conducta política de los franceses, siendo sus
tendencias constantes y su deseo, que aquéllos salieran pronto
de Roma, y dejaran expedito el campo de la política y de las
armas á la voluntad del Pontífice y á la accion de las poten-

cias más identificadas con los intereses católicos. «Si tiene V. »ocasion de dar á Su Santidad un consejo de mi parte, me »escribia en carta particular de fecha 24 de Setiembre, dígame »que creo perjudicialísimo el estado de indecision en que se »encuentra su Gobierno: que seria muy conveniente que »tomase un partido pronto, que haga las concesiones que »crea compatibles con sus miras futuras, y que basten para »que los franceses den por terminada su intervencion y se »retiren sus tropas de los Estados pontificios, y entonces Su »Santidad, en libertad de obrar por sí y no teniendo con el »Gobierno de Francia ninguna clase de compromisos, podrá »ir poco á poco, insensiblemente, cercenando las concesio- »nes que haya hecho y poniendo su administracion como le »pareciese más conforme á la Iglesia y á la consolidacion »de su autoridad. Este camino es el más prudente y el más »corto.» No será fácil hallar en toda la correspondencia de Narvaez un pasaje que pinte más al desnudo su temperamento político. Entendia aquel eminente hombre de Estado, de tan singulares y contradictorias condiciones, que era posible emplear para la resolucion de los árdulos problemas europeos los procedimientos que en determinadas épocas han planteado en España los gobiernos, aplicándolos á nuestra política interior. Por lo demás, estaba muy lejos de ser fácil que los franceses dieran por terminada su intervencion en Roma, intervencion que en realidad fué uno de los ejes sobre que giró toda la política del segundo imperio napoleónico, y era locura suponer que á cambio de algunas franquicias concedidas por el Papa á los pueblos de sus Estados, renunciaria Bonaparte á su ingerencia en los asuntos italianos, habiendo conseguido á costa de no escasos sacrificios y no pequeñas abdicaciones que sus tropas se establecieran sólidamente en la primera capital de la península. Ocasión tuve, en efecto, de hablar entonces y despues con Su Santidad de aquellos graves asuntos, mas, fiel á mis propósitos y á las órdenes oficiales del Gobierno, nada me permití aconsejarle referente á su política y conducta futuras.

Los trabajos, para acelerar la retirada de los franceses continuaban por lo tanto en las cancillerías sin obtener

resultado alguno. El conde de Esterhazy, en representación de la de Viena, llegó á indicar que el Austria opinaba que las tropas españolas deberian quedar guarneciendo á Roma, y el Gobierno pontificio inclinábase resueltamente hácia esta solución (1). Las opiniones y deseos personales de Su Santidad eran tambien conocidos de nuestro Gobierno y de los de Nápoles y Austria. Publicado el *motu proprio* y aceptado por todas las potencias, incluso por la Francia, deberia completarse la obra de reconstitucion declarando solemnemente la neutralidad absoluta de los Estados Pontificios en un Congreso europeo, al que deberian ser convocadas, además de las naciones que intervinieron en la conferencia de Gaeta, Rusia é Inglaterra. De este modo pondriase el afianzamiento del poder temporal de la Santa Sede y la inviolabilidad de su territorio, bajo la garantía y salvaguardia de Europa, quedando para la guarnicion de Roma un contingente de tropas españolas, como pertenecientes á una potencia completamente neutral en los asuntos italianos y desligada en la península de intereses propios. «Su Santidad tuvo ayer la bondad de manifestarme, decia Martinez de la Rosa á Pidal en su despacho de 6 de Octubre, que *tendrá la mayor pesadumbre el dia que se retiren las tropas españolas, pues son en las que tiene puesta su mayor confianza*» (2).

Pero tantos y tan bien planteados proyectos fracasaron pronto por la natural insistencia del Gabinete de París en la resolución de mantener sus tropas en Italia y por la repentina premura con que el de Madrid resolvió retirar las suyas, contradiciendo así, sin causas que lo determinaran ni razones que inmediatamente lo exigieran, la política que desde el principio de la cuestion romana habia seguido. En oficio de 11 de Setiembre se advirtió ya al embajador en Roma que el Gobierno habia acordado el regreso de las tropas expedicionarias, fundándose en razones económicas y en los apuros de nuestro erario, y apoyado en semejantes razones,

(1) Despachos oficiales de Martinez de la Rosa al Ministro de Estado de fechas 17 y 27 de Octubre.—*Archivo de la Secretaría de Estado.*

(2) *Archivo de la Secretaría de Estado.*

me anunció particularmente aquella resolución el ministro de la Guerra, por los mismos días. Dirigió con este motivo Martínez de la Rosa una nota confidencial al cardenal prosecretario de Estado, á cuyo documento hubo de contestar éste, manifestando el profundo disgusto que al Gobierno pontificio causaba aquella inesperada resolución, y que no tendría desde luego inconveniente en entablar negociaciones con Madrid para cargar sobre el erario pontificio los gastos que las tropas españolas ocasionaran. Hé aquí el texto íntegro del importantísimo despacho con que nuestro Gobierno contestó á esta proposición de la Santa Sede:

«Primera secretaría del despacho de Estado.—El ministro de Estado al embajador de S. M. cerca de Su Santidad.—Madrid 3 de Noviembre de 1849.—Excmo. Sr.: He recibido el despacho de V. E., fecha 22 del pasado mes de Octubre, en que me da cuenta de haber puesto en conocimiento de Su Santidad y del cardenal prosecretario de Estado la resolución del Gobierno de S. M., contenida en el despacho de 11 de Setiembre, relativa á la vuelta de las tropas españolas que se hallan en los Estados Pontificios; como también la nota que ha dirigido á V. E. el cardenal Antonelli, y en la que suponiendo que el justo deseo de reducir los gastos públicos es el principal, si no el único motivo que ha movido al Gobierno de S. M. á tomar aquella resolución, propone entrar en un arreglo que haga desaparecer aquella dificultad, cargando el Gobierno pontificio con los gastos que ocasionen las tropas españolas que hayan de continuar en aquellos Estados. Y habiéndolo elevado todo al conocimiento de la Reina, S. M., después de haber oído detenidamente el parecer de su Consejo de ministros, y de acuerdo con su dictámen, se ha servido ordenar se dé á V. E. la siguiente contestación:—El Gobierno de S. M. no ha podido menos de aprobar los términos dignos y decorosos que V. E. ha empleado en la nota dirigida al cardenal Antonelli, y aprueba igualmente que V. E. haya presentado de una manera general y absoluta la determinación de S. M., á fin de que el Gobierno quedase de esta manera más libre y desembarazado para obrar del modo que estimase más oportuno: partiendo la iniciativa de

cualquiera propuesta del Gobierno de Su Santidad.—Esta circunstancia facilita hoy el cumplimiento de los deseos é intenciones del Gobierno, que por razones que expondré brevemente á V. E., no podria en la actualidad acceder á la permanencia de sus fuerzas en Italia, aunque la propuesta del cardenal Antonelli fuese de naturaleza tal que allanase todas las dificultades económicas que pudiera haber en este asunto.—No es, efectivamente, la necesidad de reducir su presupuesto de Guerra la única ni aun la principal de las razones que tuvo el Gobierno presentes al tomar aquella resolucion, aunque convengo en que ha sido y es una de las principales. Hay, además de las económicas, razones políticas muy fuertes que aconsejan aquella medida, y que se refieren al estado interior del país y á su mejor y más completa organizacion. Hay el grande y general deseo, que se deja sentir cada vez con más fuerza y eficacia, de que la España se encierre en la política de neutralidad y de no intervencion en los negocios de otros pueblos, que nos aconseja nuestra posicion geográfica y nuestros bien entendidos intereses; política de que sólo pudo haber nos separado el grande y vivo interés que la España ha tomado y sigue siempre tomando por la causa de Su Santidad.—Agrégase á estas razones generales la necesidad que tiene hoy el Gobierno de llevar su accion y sus fuerzas á sus posesiones en América y Asia, y hasta en las mismas costas de Africa.—Y no debo ocultar á V. E. que la fuerza y eficacia de estos motivos ha crecido en una proporcion extremada á consecuencia de los últimos sucesos y cambios ministeriales por razones que no se ocultarán á la penetracion de V. E.; la opinion además se ha hecho respecto de este particular más exigente, y seria hoy más difícil resistirla sin exponerse á graves complicaciones.—Todas estas razones que indico sumariamente á V. E., y las demás que le he hecho presente en otras ocasiones, han movido al Gobierno de S. M., despues de una grave y detenida meditacion, á resolver la retirada de sus tropas, no siéndole posible, por lo mismo, entrar en los arreglos que sólo allanarian los inconvenientes económicos, dejando en pie los de distinta especie que más arriba he indicado.—Por otra parte, el gasto total de la ex-

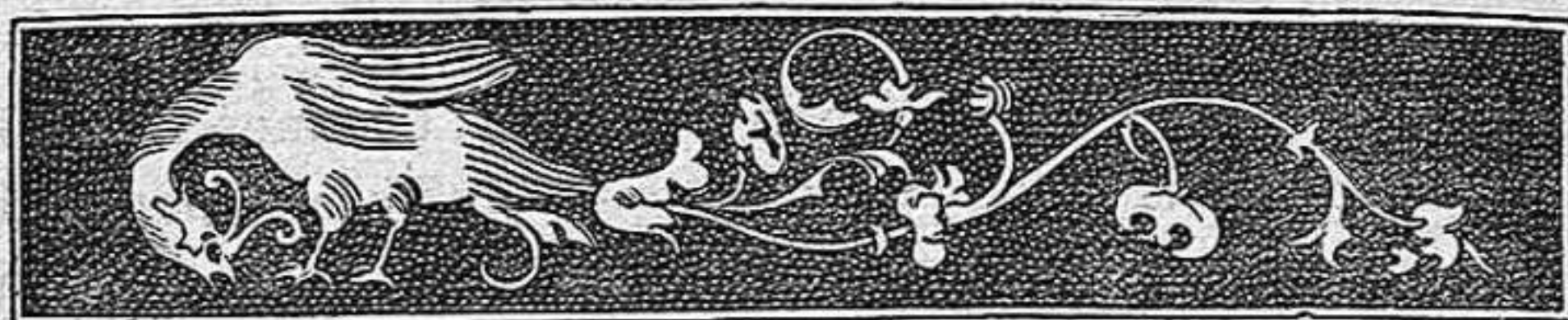
pedicion y de las fuerzas marítimas que tenemos en Italia le reputo demasiado grande para que el Tesoro pontificio pueda en sus apuros actuales sobrecargarse con él, máxime cuando al cabo de algunos meses, y á pesar de los sacrificios que hubiese hecho, se hallaría poco más ó menos con las mismas dificultades con que se encuentra en la actualidad.—Con todo, para conciliar en lo posible todos los extremos, y para obviar en parte á los inconvenientes que V. E. expone se podrian seguir de la retirada repentina de nuestras tropas, el Gobierno de S. M. ha resuelto que la division expedicionaria permanezca en los Estados Pontificios hasta fines del año corriente, debiendo comenzar el embarque en el mes de Diciembre. De este modo podrán hallarse nuestros soldados en España á principios del año próximo, y no se perturbarán los planes que el Gobierno ha presentado á las Córtes con el presupuesto de dicho año, y que todos estriban en la reduccion y nueva organizacion del ejército.—El Gobierno, además, ofrece favorecer por los medios que estén á su alcance la idea, ya anunciada varias veces, de que oficiales y soldados españoles vayan voluntariamente á contribuir á la pronta formacion y organizacion del ejército pontificio.—Juzgo, por lo demás, excusado recomendar á V. E. que, al poner esta resolucion en conocimiento del Santo Padre, le haga presente que con esta medida que el Gobierno de S. M. se ve imperiosamente forzado á adoptar, en nada se altera el interés de la España por Su Santidad, ni se disminuyen las benévolas disposiciones que siempre le han animado de defender sus intereses y los de la Iglesia católica, á cuyo frente tan dignamente se halla.—Dios, etc.—(Firmado.)—*Pedro José Pidal.*»

No me corresponde, en este momento, comentar algunas de las afirmaciones contenidas en el anterior despacho, y que desde luego acusan un cambio repentino en las miras y conducta del Gabinete Narvaez. Pronto veremos las causas que lo determinaron.

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA.

(Marqués de Mendigorria.)

(*Se concluirá.*)



ESTUDIOS ECONÓMICOS ⁽¹⁾

VIII.

CLASIFICACIÓN DE LA ECONOMÍA.



A ciencia es una y consiste, como hemos dicho, en el conjunto sistemático de los conocimientos humanos.

Pero como sería imposible, dada la limitación de nuestra inteligencia, conocer á la vez todas las cosas cognoscibles, se empieza por distinguir en este conjunto varias partes, las cuales, á pesar de sus caracteres comunes, que constituyen la unidad científica, presentan diferencias bastante marcadas para concebirlas separadamente y hacer de ellas otras tantas ciencias particulares. Después se reúnen por el pensamiento las partes que tienen entre sí más afinidad y se hace de ellas otros tantos grupos ó clases. Esto es lo que se llama dividir y clasificar las ciencias.

Ahora bien; la ciencia se divide de dos modos, por el origen y por el objeto de nuestros conocimientos (2).

(1) Véase la página 318 del tomo XXXIV.

(2) Los lógicos admiten una tercera división, fundada en la calidad del conocimiento mismo, distinguiendo un conocimiento de lo que hay de total, inmutable ó esencial, y otro de lo que hay de individual y determinado en el

Vamos á exponerlos brevemente.

I. Dos son las fuerzas ó los orígenes de conocimientos: la razón pura y la observación ó la experiencia. Así, pues, tenemos:

1.º Conocimientos *supra-sensibles* ó *racionales*, que se adquieren independientemente de los sentidos y que comprenden las ideas generales de lo bueno, lo justo, lo bello, lo infinito, lo absoluto, lo uno, lo necesario, las cuales no pueden ser figuradas ó representadas con su carácter de universalidad, ni en la fantasía ni en los órganos corporales, sino que nacen en la razón misma.

2.º Conocimientos *sensibles* ó *experimentales*, que se adquieren por los sentidos, es decir, por la observación ó la experiencia, y que comprenden todo lo que es finito, individual y determinado en sus relaciones, como los hechos, los fenómenos, los accidentes que se realizan en el tiempo y en la vida, ya sean interiores ó exteriores á nuestro organismo.

3.º Conocimientos *armónicos* ó *aplicados*, en que se combinan los dos conocimientos anteriores y se armonizan lo eterno con lo temporal, lo racional con lo sensible.

Hay, pues, bajo este aspecto, tres clases de ciencias particulares:

1.º Ciencia de los conocimientos supra-sensibles ó racionales, que se llaman ideas *à priori*, principios absolutos ó necesarios, axiomas ó verdades evidentes *por se*, porque no pueden ser demostradas—*Filosofía*.

2.º Ciencia de los hechos ó de los conocimientos sensibles ó experimentales, verdades demostrables ó *à posteriori*—*Historia*.

3.º Ciencia de los conocimientos armónicos ó aplicados—*Filosofía de la Historia*.

II. Podemos conocer todos los seres que comprende la Creación ó el Universo, á saber:

El *Espíritu*, conjunto de seres inmateriales;

objeto conocido. Pero, correspondiendo respectivamente estos dos géneros de conocimientos á los dos orígenes de donde proceden todos, la división de que se trata se confunde con la relativa á los mismos orígenes.

La *Naturaleza*, conjunto de seres materiales ó corporales; La *Humanidad*, conjunto de todos los hombres, donde viven en unión íntima y armónica la Naturaleza y el Espíritu, siendo el hombre un *micro-cosmos*, un universo en miniatura, un mundo en pequeño.

Además, sobre el Universo está Dios, el Sér Supremo, causa y razón superior del Espíritu, de la Naturaleza y de la Humanidad.

Por consiguiente, bajo este otro aspecto, hay cuatro clases de ciencias particulares:

- 1.º Ciencia del Espíritu—*Neumatología* ó *Psicología*.
- 2.º Ciencia de la Naturaleza—*Cosmología*— que comprende la de los seres corporales orgánicos—*Biología* y *Fisiología*—y la de los seres corporales inorgánicos—*Física*.
- 3.º Ciencia de la Humanidad—*Antropología general*.
- 4.º Ciencia de Dios ó del Sér Supremo—*Metafísica*, *Ontología*, *Teología racional* ó *Teognosia*.

Estas ciencias, reunidas en un solo todo, constituyen la ciencia entera, ó sea la ciencia del sér, uno, definitivo y absoluto.

Dios y el Espíritu no se conocen sino por la razón pura, porque son objetos que se sustraen á toda experimentación, á toda intervención de los sentidos, no pudiendo representarse de modo alguno en los órganos corporales, sino solamente en la intimidad del *yo* ó en la conciencia humana.

Por lo tanto, la Ciencia de Dios y la Ciencia del Espíritu, la Metafísica y la Psicología, son ciencias filosóficas.

En cuanto á la Naturaleza y la Humanidad, las conocemos por la razón y por la experiencia, por la reflexión de nuestra inteligencia y por la observación de los hechos que se producen respectivamente en el seno de la una y de la otra.

Por lo tanto, la Ciencia de la Naturaleza y la Ciencia de la Humanidad, la Cosmología y la Antropología general, son á la vez filosóficas é históricas; y en efecto, hay una Filosofía de la Naturaleza, de la cual forman parte las *Matemáticas*, y una historia de la Naturaleza—*Historia natural*;—una Filosofía de la Humanidad y una Historia de la Humanidad—*Historia humana*.

Además, la Filosofía puede aplicarse lo mismo á la Historia de la Naturaleza que á la Historia de la Humanidad, y entonces tendremos la *Filosofía de la Historia natural* y la *Filosofía de la Historia humana*.

Un filósofo contemporáneo, Mr. Delboeuf, ha hecho otra clasificación de las ciencias, fundada, no en el objeto ni en el origen de sus conocimientos, sino en la manera de considerar los seres reales que ellas estudian.

Los objetos, dice este filósofo (1), son tanto más complicados cuanto más cualidades se notan, es decir, cuanto más diferencias señalan las ciencias en ellos. El objeto de la ciencia quedará, pues, reducido á su más simple expresión, cuando se supriman por el pensamiento todas las diferencias entre las cosas, cuando se las considere todas como iguales, en cuyo caso se convierten en *unidades*.

Ahora bien; la *Aritmética* descansa en la noción de número, que no es más que un grupo de unidades;

El *Álgebra* en la de cantidad, que es un número en general, ó sea un número cuya unidad no está determinada;

La *Geometría* en la de figura, que define por medio de cantidades, á saber, de distancias y de direcciones expresadas por rectas y por ángulos.

En *Mecánica* el móvil se concibe como capaz de recorrer cierto espacio, en cierta dirección, en un tiempo dado. Las relaciones de las diferentes velocidades de que á cada instante se halla animado, en diversas direcciones, determinan su trayectoria. Su movimiento y su velocidad en cada momento están representados por una línea de cierta longitud, situada de cierto modo, es decir, por una figura. Los problemas de la Mecánica quedan así reducidos á problemas de Geometría y de Álgebra.

En *Física*, el objeto es la trayectoria misma del punto (movimiento vibratorio de las moléculas), trayectoria definida por el sentido del movimiento vibratorio y la fuerza de impulsión que separa el punto de su posición de equilibrio,

(1) Algorithmie de La Logique.—*Revue philosophique*, tomo II.

donde le coloca de nuevo otra fuerza. La Física es, pues, una especie de Mecánica más delicada.

La Química, á su vez, tiende á explicar la cualidad de los cuerpos naturales por combinaciones y encabestramientos de los movimientos propios de los átomos; sólo que no está bastante adelantada para dar cuenta de las particularidades de los fenómenos por medio de fórmulas físicas ó mecánicas.

Quedan las *ciencias biológicas*; pero éstas tienden también, dice Mr. Delboeuf, á reducir los fenómenos vitales á fenómenos físicos ó químicos.

Y en cuanto á las *ciencias psíquicas*, se ven igualmente impulsadas, según el mismo autor, á pesar de su resistencia, á reducir los hechos sensibles é intelectuales á hechos fisiológicos.

El conjunto de las ciencias forma, pues, en opinión de Mr. Delboeuf, un edificio cuya base es la Aritmética y cuyos diferentes pisos se elevan á medida que la inteligencia humana percibe relaciones cada vez más complicadas.

Tal es la clasificación á que anteriormente nos referíamos. Como se ve, está fundada en un concepto positivista de la ciencia, y supone un solo origen de conocimientos, la observación ó la experiencia.

¿Pero no hay más que conocimientos sensibles ó experimentales? Ó bien, además de éstos, existen, como hemos dicho, otros supra-sensibles ó racionales? Hé aquí una cuestión que divide á los sabios desde los tiempos más remotos. Es la antigua disputa entre Aristóteles y Platón, reproducida á través de los siglos entre Bacon y Descartes.

Platón afirmaba la existencia de lo que él llamaba *ideas innatas*, conocimientos adquiridos exclusivamente por la razón, al paso que Aristóteles profesaba la doctrina contraria, formulada por los escolásticos en estas palabras: *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu*; nada hay en la inteligencia que no haya estado previamente en los sentidos.

Descartes ponía como condición primera de todo estudio *la duda*, no admitiendo como cierto sino lo que es clara y distintamente concebido como tal; pero pretendía al mismo tiempo fundar la ciencia en esta proposición: *Cógito, ergo*

sum; pienso, luego existo, lo cual es ya una afirmación, un principio necesario ó una verdad indemostrable. Bacon, al contrario, quería llegar á todo conocimiento por medio de la observación, y rechazaba las teorías *à priori*, calificándolas de fantasmas ó de ídolos, *idólatra*. «Cuando los hombres, decía, subordinen las teorías á los hechos, podrán llegar á saber algo; hasta entonces girarán en un círculo vicioso.»

Los positivistas se han puesto de parte de Aristóteles y de Bacon. Así es que rechazan la distinción de dos clases de ciencias, la una fundada en verdades de hecho, y la otra en principios necesarios. Para ellos la ciencia examina siempre hechos particulares, cuya comparación, con el auxilio de la medida y del cálculo, conduce á proposiciones generales, que expresan las relaciones constantes, inmutables, de los fenómenos.

Cuando la ciencia naciente, dicen, está en posesión de un número más ó menos considerable de leyes semejantes, se enuncian *principios*. Pero estos principios no son mas que hipótesis, que contienen en una forma prudente una aserción sobre los caracteres de la causa de los fenómenos, y para admitirlos, siempre á título provisional, es preciso que expliquen todos los fenómenos hasta entonces observados; de otro modo, si los hechos son contrarios á las consecuencias que se sacan de dichos principios, éstos deben desecharse. La ciencia, añaden, no se extravía en la investigación de las causas íntimas, y cuando enuncia un principio es en esta forma dubitativa y modesta: «Las cosas pasan como si los fenómenos tuvieran tal ó cual causa; por ejemplo, como si los cuerpos fuesen atraídos el uno hacia el otro en razón directa de las masas, é inversa del cuadrado de las distancias.» La ciencia, pues, no tiene la pretensión de afirmar nada sobre la esencia de las cosas (1).

Como se ve, esto es echar por tierra toda filosofía, y en efecto, los positivistas oponen frecuentemente la Ciencia á la Filosofía, y llegan hasta negar á ésta todo carácter científico.

(1) Algorithmie de la Logique.—*Revue philosophique*, tomo II.

Algunos se preguntan qué diferencia hay entre ella y la Poesía (1).

Pero sin entrar aquí en una discusión que sería inoportuna, y nos llevaría muy lejos de nuestro propósito, nos permitiremos apuntar una sola observación. El positivismo no ve que hace filosofía, al mismo tiempo que la desconoce ó la niega, semejante al poeta Ovidio, que en su infancia hacía versos jurando no hacerlos nunca, ó á aquel personaje de la novela que toda su vida había estado hablando en prosa sin saberlo.

Él protesta, en efecto, contra toda afirmación sobre la esencia de las cosas, y empieza precisamente por afirmar la identidad de esta esencia.

Él rechaza todo principio *à priori*, y pone, como base de su sistema científico, la unidad del sér, lo cual es uno de esos principios.

Él pretende demostrarlo todo, y no demuestra nada, puesto que á sus ojos no hay en la ciencia más que hipótesis, pendientes siempre de demostración.

Así la contradicción se halla en el fondo mismo del positivismo, y en último resultado no puede sustraerse á la necesidad de admitir axiomas ó verdades evidentes *per se*. Y es que no todo puede conocerse por medio de los sentidos; es que, además de los conocimientos experimentales, hay otros puramente racionales; es que existe un abismo entre el espíritu y la materia, y que si del lado del espíritu se encuentra un puente levadizo para franquearle, la razón, del lado de la materia este abismo es verdaderamente infranqueable. Los positivistas se glorían de reducir los fenómenos vitales á fenómenos físicos, y las manifestaciones de la inteligencia á hechos fisiológicos. Es una quimera: no han conseguido semejante cosa, á pesar de sus esfuerzos, ni siquiera se ve que estén en camino de conseguirla.

Esto basta para que toda la clasificación de Mr. Delbœuf caiga por su base: todo lo más podría aplicarse á las cien-

(1) V. *Le travail humaine*, por D. Melitón Martín, 3.^a parte, cap. XI.

cias físicas, porque los fenómenos que estas ciencias estudian son del mismo orden, ó como dicen los lógicos, de la misma calidad, y se concibe perfectamente que puedan reducirse á unidades iguales. ¿Pero cómo hacer extensiva semejante igualdad á los fenómenos fisiológicos y menos todavía á los psíquicos? Éstos no presentan los mismos caracteres que aquéllos, y por lo tanto, si se los quiere considerar también como unidades, serán unidades distintas de las físicas, con las cuales no pueden confundirse.

No juzgamos, pues, admisible la clasificación de que se trata, y nos atendremos á las dos primeras que hemos expuesto.

¿Cuál es ahora el lugar que debe ocupar en ellas la ciencia económica? En otros términos, ¿á qué clase de ciencias pertenece la Economía, tanto por el objeto como por el origen de sus conocimientos?

Coquelín pretende que es una ciencia natural, una rama de la Historia natural del hombre.

«La Anatomía, dice (1), estudia el hombre en la constitución física de su ser; la Fisiología en el mecanismo de sus órganos; la Historia natural, propiamente dicha, tal como la han comprendido Buffón y sus sucesores, en sus hábitos, en sus instintos, en sus necesidades y según el lugar que ocupa en la escala de los seres. La Economía política le observa y estudia en la combinación de sus tareas. ¿No es una parte de los estudios del naturalista, y de las más interesantes, dicho sea de paso, observar las tareas de la abeja en el seno de la colmena, estudiar su orden, su combinación y su curso? Pues bien; el economista, mientras cultiva solamente la ciencia, sin descender á sus aplicaciones, hace exactamente lo mismo respecto de esa abeja inteligente que se llama hombre; observa el orden, el curso y la combinación de sus tareas. Los dos estudios son absolutamente de la misma naturaleza, con la sola diferencia de que el orden abrazado por el economista es incomparablemente más vasto, y las combina-

(1) *Dictionnaire de l'Économie politique.*—Art. *Économie politique.*

ciones que observa más delicadas, más extensas y complejas. El teatro de sus experimentos es la gran escena del Mundo. El orden que en ella echa de ver tiene un carácter mucho más elevado, y aunque menos aparente y más difícil de comprender, más maravilloso que el que reina en el seno de una colmena. Es la misma diferencia que hay entre el hombre y un miserable insecto.»

Así se expresa Coquelín; pero ningún otro economista participa de su opinión. La mayor parte de ellos consideran, por el contrario, la Economía como una ciencia social ó como una rama de las ciencias morales y políticas.

Ahora bien; que la economía tiene un carácter social, es evidente, aunque al fin de sus investigaciones sea el bien individual, puesto que estudia las leyes que rigen nuestra actividad, ejercida en medio de la Sociedad, que es el estado natural del hombre.

Que también reviste un carácter moral, es asimismo indudable, puesto que toma de la Ética sus principios sobre el fin del hombre, sobre su actividad, sobre el interés personal como uno de los medios de esta actividad, etc.

Por último, que presenta en cierto modo un aspecto político, puede admitirse, aunque no sin reservas, porque todas sus teorías suponen la libertad del trabajo que la Política debe garantizar, y porque además la Política encuentra en el trabajo económico uno de los más poderosos auxiliares de sus empresas.

Lo que no puede de la misma manera admitirse es que la Economía sea una rama de la Historia Natural del hombre, como afirma Coquelín.

Con efecto, ¿en qué se parecen la Historia Natural y la Economía? En que, dice aquel escritor, así como la primera observã, por ejemplo, las tareas de la abeja en el seno de la colmena, estudiando su orden, sus combinaciones y su curso, la segunda investiga igualmente el orden, la combinación y el curso de las tareas del hombre en el seno de la sociedad.

Pero, ¿no hay ninguna diferencia entre el hombre y la abeja? ¿Cómo comparar el ejercicio de nuestra actividad ó

el trabajo humano, noble, elevado, espiritual, siempre guiado por la razón, con ese ejercicio monótono, inconsciente, puramente instintivo de los animales que, como hemos dicho en otro lugar, ni siquiera merece el nombre de trabajo á los ojos del economista? ¿Y no es abusar singularmente de las palabras el calificar al hombre de abeja inteligente?

No; la Economía no puede considerarse como una ciencia natural, á no ser que Coquelín aplique semejante denominación á las ciencias que estudian los fenómenos de la Naturaleza en general, es decir, del Universo, de la Creación entera, en cuyo caso todas pertenecerían á una clase, lo mismo la Filosofía que la Historia, la Física ó la Química que las Matemáticas. Pero esto es inadmisibile. Se entiende por *ciencias naturales* las que tienen por objeto el estudio de la Naturaleza *física ó material*, tanto orgánica como inorgánica, á diferencia de las ciencias psicológicas ó psíquicas, que estudian la naturaleza espiritual, es decir, el espíritu del hombre en sus atributos ó propiedades esenciales, la razón, la conciencia y la actividad.

Ahora bien; la Economía, que investiga las leyes que rigen la actividad humana cuando obra en el sentido limitado del bien individual, pertenece y no puede menos de pertenecer á las ciencias psíquicas. Sólo que nuestra ciencia no examina la actividad en sí misma, sino en sus manifestaciones ó en los actos á que da origen, y como estos actos son á la vez espirituales y corporales, y como además recaen tanto sobre el espíritu como sobre el cuerpo del hombre y sobre todos los seres de la naturaleza física, se sigue de aquí que la Economía es una ciencia mixta, es decir, natural y psíquica á la vez, ó sea una ciencia *antropológica*.

Esto por el objeto de los conocimientos económicos.

¿Pero cómo clasificar la Economía por el origen de los mismos conocimientos? ¿Es una ciencia histórica ó una ciencia filosófica? Aquí surgen las divergencias de los economistas, inclinándose unos á la primera opinión y otros á la segunda.

Ahora bien; aunque esta cuestión se halla en cierto modo prejuzgada por todo lo que acabamos de decir sobre el carác-

ter antropológico de la Economía, vamos á tratarla aquí brevemente, y así resaltará todavía más ese carácter.

Se distinguen en Economía dos escuelas, de que volveremos á hablar más adelante; una que mira esta ciencia como filosófica ó racional, otra que la considera como exclusivamente histórica. Según Minghetti, los representantes de la primera son Wately y Rossi, y los de la segunda Roscher y Knies.

Wately sostiene, en efecto, que la Economía se funda en un corto número de hechos, sencillos, universales, y al alcance de la experiencia vulgar; de estos hechos, dice, se sacan algunos principios generales; la ciencia no consiste después más que en una serie de deducciones. Pertenece, pues, á las ciencias lógicas ó de razonamiento, más bien que á las ciencias físicas ó de observación (1).

Por su parte, Rossi llega á la misma conclusión, afirmando, sin embargo, que la Economía tiene por objeto el conocimiento reflexivo de la naturaleza de las cosas y que investiga las leyes fundándose en los hechos generales y constantes de la naturaleza humana (2).

Pero bien claro se ve que ni el uno ni el otro de estos dos escritores niegan el valor de los hechos en Economía, y que únicamente los subordinan al razonamiento y á los principios; por consiguiente, no puede decirse que representen una escuela puramente filosófica, que por lo demás no conocemos en Economía.

En cuanto á Roscher y Knies, Minghetti está en lo cierto: ambos consideran la Economía como una ciencia exclusivamente histórica. Sobre todo Roscher califica de absurda y presuntuosa la idea de fundar en un corto número de hechos universales un arte y una ciencia económicos. Para él la Economía debe limitarse al oficio de describir la naturaleza económica y las necesidades del pueblo, las leyes y

(1) *Introductory lectures ou political Economy.*

(2) *Cours d'Économie politique, 2.^a lección.*

las instituciones destinadas á aplicársela, así como los efectos que producen (1).

No da, sin embargo, las razones en que apoya este singular concepto de la Economía, y ciertamente le sería imposible probar que una simple descripción de ciertos hechos basta para constituir la ciencia económica ú otra cualquiera. No, la Economía posee principios *à priori* adquiridos por la razón pura, así como leyes ó verdades de hecho derivadas de la observación ó la experiencia, y precisamente por esto es por lo que constituye una ciencia.

Del número de los primeros son los siguientes:

El bien individual es uno de los fines del hombre.

La realización de este bien depende de la actividad humana.

Esta actividad es libre y responsable.

Ella tiende á realizar el bien individual, estimulada por el amor que el hombre siente hacia este bien, ó sea por el móvil del interés personal, etc., etc.

Entre los segundos pueden citarse estos otros:

Toda riqueza se adquiere primitivamente por medio del trabajo, con la cooperación de la Naturaleza.

Los productos se cambian por productos.

Los precios corrientes dependen de la relación de la oferta con la demanda.

Esta relación depende á su vez de la producción con el consumo.

La producción y el consumo, la riqueza y la población, tienden siempre á equilibrarse.

En toda producción económica se debe obtener un producto líquido, ó sea una riqueza superior á la que se ha gastado en ella.

En igualdad de circunstancias, el trabajo del esclavo es más costoso que el del operario libre.

Luego la Economía es una ciencia de conocimientos armónicos ó aplicados, ó sea filosófica é histórica á la vez,

(1) *Principes d'Économie politique*.—Introducción, cap. III, § 26.

como la Antropología; por consiguiente, tiene algo también de esta última ciencia.

En resumen, la Economía pertenece, por el objeto de sus conocimientos, á las ciencias antropológicas, al paso que por el origen de los mismos es una rama de la filosofía de la historia.

Tal es, también, la manera de ver de varios economistas, entre los cuales debe, desde luego, colocarse á Waxely y Rossi, según lo que hemos dicho de ellos anteriormente.

Así, para J. B. Say, la Economía ocupa el término medio entre las ciencias matemáticas (ciencias naturales, puesto que tratan de la cantidad en sus relaciones con el tiempo y con el espacio), y las ciencias morales (ciencias psicológicas, puesto que estudian el espíritu).

«Como las primeras, dice (1), se funda en parte en consideraciones de magnitud, de relaciones, y en cálculos; como las segundas, depende de un conocimiento profundo de las necesidades, de las inclinaciones y de los extravíos del hombre. Las verdades que consigna son el resultado combinado de las observaciones que suministran estas dos clases de estudios.»

J. Garnier la considera como una ciencia á la vez natural y moral.

«Es natural, dice (2), porque observa y estudia al hombre en sus instintos y en la combinación de las tareas que emplea para satisfacer sus necesidades individuales y sociales. Es del orden moral y político, porque abraza el aspecto moral é intelectual de las aptitudes humanas, como hacen, con distintos fines, la moral propiamente dicha, la legislación, la historia, etc., que se denominan ciencias morales y políticas por oposición á las ciencias matemáticas y físicas ó naturales.»

(1) Nota inserta en la traducción francesa de los *Principios* de Malthus.—Prefacio á la *Colección de los principales economistas*, tom. VIII, pág. 2.

(2) *Notes et petits traités*.—Fin y límites de la Economía política, párrafo 4.º

Según Minghetti (1), «el tema de la Economía es completamente psicológico y antropológico, y no físico, es decir, que las leyes de que trata no conciernen á las obras manuales é instrumentales que producen la riqueza, sino á la acción de la inteligencia y á la voluntad humanas. Y si la inteligencia y la voluntad necesitan para obrar órganos é instrumentos, de donde se sigue que la destreza corporal y todos los progresos de la Mecánica sirven á los designios de la Economía y se enumeran entre las ventajas económicas, es únicamente en tanto que hacen la acción extrínseca del hombre más rápida y más eficaz, lo cual es común á las demás ciencias morales. Pero no por eso es menos cierto que al intelecto pertenecen en su origen los fenómenos que son materia de la ciencia y del arte.

En efecto, ciencia y arte reciben el impulso de las necesidades y los deseos, y encuentran su fin en la satisfacción de éstos, y todos los términos técnicos, como *valor, demanda, oferta*, expresan concepciones del intelecto, ó si representan cosas materiales, como *salario, interés, venta*, es siempre en su relación con el espíritu humano, en los hechos relativos á la producción y la distribución de la riqueza. Tenemos, pues, como datos constantes, las leyes de la Física, de la Mecánica, de la Hidráulica, de la Botánica, no porque se trate de averiguar cómo la semilla arrojada en el surco germina y fructifica, ni cómo las fuerzas de la Naturaleza se adaptan á nuestro juicio, y podemos dominarlas ó aislarlas por medio de procedimientos artificiales. Los elementos que estudiamos son intelectuales, aunque los efectos que de ellos resultan sean materiales.»

«La condición económica de las naciones, dice también Stuart Mill (2), es objeto del dominio de las ciencias físicas y de las artes que de ellas se derivan, cuando se considera como resultado de los conocimientos físicos. Considerada, por el contrario, como resultado de causas morales ó psico-

(1) Obra citada, Libro II.

(2) *The principles of political Economy*, pág. 24.

lógicas y dependiente de las instituciones ó de las relaciones sociales, ó bien de los principios de la naturaleza humana, la investigación de las condiciones económicas de las naciones no pertenece ya á las ciencias exactas ó físicas, es objeto de estudio para la Economía política.»

Finalmente, Dameth se expresa en estos términos:

«La Economía política es una ciencia mixta en cierto modo; se relaciona con el mundo físico y ha podido decirse que forma parte de la Historia natural, porque trata de las necesidades físicas del hombre; se relaciona con el mundo moral, porque siempre que se ocupa del hombre, aun cuando solo se le considere desde el punto de vista de sus necesidades materiales y de los medios que emplea para satisfacerlas, la parte moral de su ser, sus fuerzas morales, tienen en esto una influencia considerable. La ciencia económica forma, pues, como un punto de encuentro y de enlace entre los dos mundos.»

Pero ningún economista ha comprendido, á nuestro modo de ver, tan bien como el Sr. Azcárate, los dos caracteres, antropológico y filosófico-histórico, que presenta la Economía, según que se la clasifique por el objeto ó por el origen de sus conocimientos.

Hé aquí lo que escribe á este propósito (1):

«Si por Economía entendemos la ciencia que tiene por objeto el orden todo de los *bienes económicos*, el orden de la *propiedad*, es una ciencia *mixta*, que atañe á un tiempo al hombre y á la Naturaleza, como que la relación esencial y permanente entre ésta y aquél es el fundamento de todo el mundo económico. Pero si por ella entendemos, partiendo de su actual constitución, la ciencia del *cambio* en el organismo industrial, como que no se ocupa de aquellas condiciones que fatalmente presta al hombre la Naturaleza, sino de las que libremente se prestan los hombres entre sí mediante el cambio, la Economía es una ciencia puramente antropológica.»

(1) *Estudios filosóficos y sociales*, págs. 70 y 71.

Y en otra parte añade (1):

«Si se supone que el objeto de ella (de la Economía) es la *propiedad* ó el orden de los bienes económicos, cabe considerar en este asunto: primero, los principios, esto es, lo que es verdad respecto de la propiedad, sin consideración á tiempos y á pueblos; segundo, los *hechos* de la *propiedad*, ó sea sus diversas manifestaciones en el curso de los siglos y de las civilizaciones; y tercero, el juicio de todos los estados históricos, y dado el ideal de lo que *debe ser* la propiedad y lo que en este punto y momento *es*, el modo de conformar lo uno con lo otro, en donde entra lo que comunmente se entiende por *arte*. Y así tendríamos: *Filosofía* de la propiedad, *Historia* de la propiedad y ciencia *filosófico-histórica* de la propiedad; ó si se quiere, Economía filosófica, histórica y filosófico-histórica. Y si consideramos como asunto de esta ciencia únicamente la ley del *cambio* dentro del orden económico, caben de igual modo las tres partes: Filosofía ó principios del cambio, Historia ó hechos del cambio y ciencia filosófico-histórica del cambio; distinción que no ha dado aún origen al debido deslinde de estos tres órdenes ó secciones, porque las ciencias comienzan por distinguirse de aquellas con las cuales estaban confundidas, y sólo cuando han alcanzado cierto desarrollo se distinguen interiormente en las partes que las constituyen. Pero estos tres aspectos aparecen en cada cuestión particular que se trata; y así, por ejemplo, cuando discutimos la libertad de comercio interior ó la libertad de crédito, investigamos primero la verdad de estos principios; estudiamos después cómo se muestran confirmados ó negados en la Historia, y por último, partiendo del estado presente de cada pueblo, proponemos el modo más conveniente y justo de hacer que el principio sea un hecho.»

MARIANO CARRERAS Y GONZÁLEZ.

(1) *Ibidem*, págs. 81 á 83.



DESDE MADRID AL CIELO...

(DE MI CARTERA DE VIAJE.)

Al Excmo. Sr. D. José de Cárdenas.



Al pasar por Salvatierra ví á D. Roque.

D. Roque es amigo mío desde el invierno último, en cuya época visitó á Madrid por primera vez.

Me esperaba en la estación de Salvatierra, cariñoso como siempre y como siempre extravagante.

Hablamos de la corte... me agasajó con agua de limón helada... y me trajo á la memoria la noche en que le conocí en el Teatro Español, embobado ante el mágico panorama que contemplaban atónitos sus ojos.

Yo asistía al palco inmediato al que ocupaban Martín y D. Roque, y no perdí ni uno solo de sus movimientos, ni una sola de sus palabras.

Era *día de moda*. La *high life* se había dado cita en el clásico coliseo.

Palcos y butacas albergaban codiciosos cuanto Madrid encierra de encantador y de notable. Al lado de las más interesantes damas, elegantemente prendidas, exhibíanse los más conocidos personajes, ilustres por el abolengo, autócratas en

la banca, eminencias de la tribuna, las armas y las letras. Era aquél un torneo entre la hermosura y el dinero, la heráldica y el talento.

D. Roque admiraba absorto, sin darse cuenta cabal del cuadro desarrollado ante su vista, aquel mosaico de colores, aquel conjunto de armonías, aquellos ojos que lanzaban rayos, aquellos brillantes que despedían resplandores, los hijos privilegiados de la inteligencia, los directores supremos de la cosa pública.

Desde su asiento de palco entresuelo, al extender D. Roque la mirada, abarcando los ámbitos del salón de la plaza de Santa Ana, sus ojos, vivos y pequeños, ya verdes, ya azules, según la proyección de la luz en sus pupilas, invadían regiones no soñadas, se recreaban en fantásticas perspectivas que agigantaban las figuras.

—Esta es la vida—prorrumpió gozoso y entusiasta, revelando en una sola frase las múltiples ideas, confusas y atropelladas, que agitaban su mente.

Martín, confidente único de D. Roque en aquel momento, repitió con alegre abandono:

—Esta es la vida.

Personajes que con tal uniformidad pensaban, ofrecían, no obstante, en su aspecto exterior el contraste más extraño. Tal vez sus pensamientos marchaban al unísono; sus trajes, y sus costumbres, por consiguiente, que nada mejor que el traje revela en ciertos casos estas diferencias, eran, por el contrario, dos notas discordes de distintas *partituras*, el *do* y el *si* de la moda y el buen gusto.

Levita corta, ahuecada á modo de manga parroquial, pantalón también ancho y en demasía respetuoso con la bota, cuya alta caña dejaba casi por completo al descubierto; corbata y chaleco de color, azul la primera y el segundo á rayas, sobre el cual lucía sus relumbrantes eslabones costosa leontina: tales eran las prendas de vestir, que, unidas á las personales, completaban la individualidad de D. Roque, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, ni joven ni viejo, conjunto acabado de todas esas incoloras cualidades que en filosofía han creado el eclecticismo, en religión el indiferen-

tismo, en política los partidos conservadores, y en general la medianía, elevada á afirmación, sin ser en el fondo sino suma de negaciones.

A D. Roque le faltaba el *aire de Madrid*: eso que no puede determinarse ni definirse, por lo cual sin duda se ha llamado *aire*, pero que caracteriza á una persona con indeleble sello.

Martín lo poseía, en cambio, por derecho indisputable; Martín era el tipo perfecto del pollo atildado y elegante; quizá del *gomoso*, última esencia del figurín. Distinguido en sus maneras, esmerado en el vestir, su figura no destacaba por las varoniles facciones de su rostro ó las proporciones de su estatura. Más bien bajo que alto, delgado y flexible, de mirada viva, que vibraba en sus ojos como arma poderosa, no podía ser citado por ninguna condición exterior sobresaliente, pero reunía (por eso mismo) todas las necesarias para ocupar un puesto entre la *crème*.

Las mujeres, al pasar revista á los palcos, apartaban los gemelos de la fisonomía sana, honrada, prudente de D. Roque, para fijarse en el rostro enfermizo, amarillento, temerario de Martín. Las aves prefieren clavar el pico en la fruta pasada que en la madura.

Alzóse el telón, á manera de pesada nube roja que á intervalos oculta el cielo del arte, y dió principio la representación de una de las obras más selectas del teatro antiguo.

Función á propósito para que los abonados pudieran justificar sus esparcimientos. En butacas y palcos se hablaba de todo menos de la obra; en las galerías no se hablaba de nada: estaban desiertas.

El protagonista hacía frecuentes apartes, no sólo con la palabra, sino con los ojos, examinando la escogida concurrencia, en vez de dirigir á su interlocutor las terribles miradas á que hacía alusión el dramático pasaje representado. Los actores habían pasado á la categoría de público: la función se representaba de candilejas afuera.

Algunas veces un aplauso de ordenanza, á modo de mal hecha descarga, interrumpía las conversaciones, obligando á los que discutían á respetar el diapasón normal.

El alma de D. Roque se asfixiaba dulcemente en la embriagadora atmósfera de aquel jardín artificial, tapizado de terciopelo granate, donde un sol trémulo de azules reflejos dividido en multitud de mecheros irradiaba su luz en doradas molduras, frentes de nieve, sedas y encajes, y en ese rocío de brillantes y perlas con que salpica el lujo á las mujeres ricas y á los hombres fatuos para fecundizar en ellos los tristes frutos de la vanidad y la soberbia.

Para ceder á las insinuaciones del mareo que le amenazaba con soporífera persistencia, no necesitaba D. Roque sino una pequeña dosis de la amena conversación de Martín.

—Mi señor D. Roque—exclamó de repente el joven, colocándose á retaguardia del lugareño, como para contarle algo muy cerca del oído y adoptando, por consiguiente, una actitud no prevista en los últimos figurines de la moda parisiense.—Voy á decirle á V. los *motes*...

—¿Qué motes? ¿Aun te acuerdas de los del pueblo?—dijo el bienaventurado D. Roque.—Memoria se necesita para conservar esos groseros recuerdos...

—Hablo de los motes de todas estas señoras, que tanto le cautivan á V.

—¿Y hay quien se atreva...

—Sí, señor, pero son motes... de buen tono.

El provinciano rechazó del modo más ordinario tales finuras. Y Martín, calmando con suave voz y afectuosa sonrisa el justo enojo del exlabriego, pronunció una letanía de nombres y sobrenombres, aplicable, según él, con arreglo á un diccionario de su particular y exclusivo uso.

Sorprendido y subyugado escuchaba D. Roque, deteniendo sucesivamente la mirada en las espectadoras aludidas por su amigo.

Ya en arrogante figura bíblica, que sonríe tristemente, sin abandonar nunca el pañuelo; ya en alegres comadres, de esbeltísimos perfiles, que se mueven y chillan y tararean, todo á un tiempo; ya en severa hermosura, de provocativo escote, brazo á torno y aire de institutriz, igualmente pre-dispuesta á pasar en las *Cuarenta horas* las veinticuatro del día, como á lanzarse con vertiginoso afán en las fiestas del

gran mundo; ya en gentiles doncellas, españolas de raza y extranjeras de afición, tan blancas, tan sonrosadas, que pusieron al de Salvatierra á pique de divinizar el arte capaz de tales maravillas; ya en sonrientes capullos, lozanos, erguidos, gala y perfume de Naturaleza, ya en rosas que fueron, beldades averiadas, inmóviles, desdeñosas, aburridas...

Después toco el turno á ellos.

—Pero ¿no es ése el intransigente, el sobrio, el catoniano?—decía á veces D. Roque, interrumpiendo á Martín.

—Pero ¿no me estás hablando—repetía—del sesudo académico, del capitán invicto, del noble incorruptible?...

.....

D. Roque no quiso oír más. Volvió la espalda á su interlocutor y fijándose en el proscenio, mientras exclamaba para sus adentros: «Esta es la vida,» delectó con dificultad (le molestaba la luz) uno de los rótulos que sirven de adorno á la embocadura, el cual decía: *La vida es sueño*.

Bostezó, más bien que leyó la última palabra, y se quedó profundamente dormido.

No sé lo que soñó D. Roque. Al señalarme desde la estación de Salvatierra sus huertos, sus trigos, sus árboles frutales; la chimenea de su hogar, comprendí que desde el Teatro Español debió trasladarse mentalmente á su pueblo y comparar goces y goces, los del propietario provinciano y los del abonado madrileño... ¿Donde está la vida que D. Roque suponía monopolizada por el público de un día de moda?

Sonó la campanada de partida, me despedí de D. Roque, apretando su tronco entre mis brazos, y apenas desde la ventanilla de mi coche, en marcha ya el tren, pude recoger su última frase unida á su último saludo:—¡Cómo envidio á Martín!—me dijo con voz fresca, rebosando salud y vida.

La locomotora me impidió darle una mala noticia. El día anterior á mi salida de Madrid había acompañado al cementerio el cadáver de Martín.

Así como hay quien se muere de disgustos, Martín se había muerto *de placeres*.

JAVIER UGARTE.



LA IMAGINACIÓN

Y EL PROGRESO CIENTÍFICO

DESDE que á uno de los primeros ideólogos de los modernos tiempos le ocurrió llamar á la imaginación *la loca de la casa*, no se ha cesado de repetir semejante acusación contra esta noble facultad del hombre. La frase ha hecho fortuna, como se suele decir, y todo el que quiera hoy pasar por sabio, ó por lo menos por hombre de ciencia, tiene que considerar como enemiga de ésta á la imaginación. Observaciones, experimentos, hechos; hé aquí lo que hoy se debe consultar y tener únicamente en cuenta si queremos gozar del diploma de hombre sensato, pensador y sobre todo *positivo*.

Pero los que combaten á la imaginación como adversaria de la ciencia, no han parado mientes en que no se trata de aquel fuego desordenado de la mente, que hace brotar con intermitencia relámpagos vivos é inciertos. La verdadera *imaginación* debe ser considerada como un sentido moral exquisito, que comunica grandes impulsos á la inteligencia, que permite ver más allá de lo ordinario, como una especie de penetración intuitiva de lo futuro; es, por decirlo así, la imaginación una segunda *vista* que en multitud de casos puede ser considerada como el sentido íntimo de la verdad.

Imaginar es ver, no los tipos de los objetos que se pueden crear, sino los objetos según se revelan en los fenómenos de la naturaleza. Hé aquí por qué los caracteres especiales de esta activa y enérgica facultad son la inquietud de la investigación, el tormentoso afán y el deseo del descubrimiento.

Por este motivo la imaginación, tan desdeñada hoy, no se debe en manera alguna rechazar cuando nos ocupamos en el progreso científico: sin ella nada se descubre, nada se adelanta, puesto que nada se ensaya, ni nada se intenta; al menos en gran escala. La ciencia tiene sus *quizás*, sus eternos *desiderata*, que no podrán desaparecer sino después de mucho tiempo repetidos. Cuando se trata de los misterios de la naturaleza no se deben despreciar todas las ideas, todas las probabilidades, por vagas que sean: ahora, pues, ¿á qué facultad somos deudores de estos presentimientos que tarde ó temprano conducen al descubrimiento de importantes verdades, sino á la imaginación? Esta facultad recoge en los objetos de la creación, en los fenómenos del mundo físico, en el espíritu y en la materia, relaciones desunidas y muy vagas que no pueden ser descubiertas por algún otro sentido. Hase dicho que la columna medio oscura y medio luminosa guía al viajero humano por los desiertos de la inteligencia, y puede sostenerse que no hay en las ciencias un gran descubrimiento, un principio fundamental, un axioma inatacable, en fin, un progreso que en su origen no proceda de la imaginación. Puede considerarse esta facultad del hombre como la providencia del saber, puesto que por medio de su acción incesante arroja la primera semilla, aunque no siempre recoja el fruto. La imaginación camina de lo que es para llegar á *lo que debe ser*, y por su medio lo visible revela lo invisible. Tanto los primeros pasos del espíritu humano como los mayores adelantos á que el genio puede llegar son debidos á la imaginación, que ha concebido y formado la ciencia; y hasta sus errores, corregidos después, han contribuido á dilatar la esfera de nuestros conocimientos. Si el espíritu humano camina en pos de la ciencia, á la imaginación es debido tan generoso impulso, porque es la única que

busca, ensaya, agita, remueve, suscita, combina, halla é inventa, llamando continuamente á la puerta de lo desconocido, de modo que esta *loca de la casa* tiene con frecuencia el poder, de que carecen los sabios, de leer con el porvenir.

Pero se nos dirá: ¿y el juicio y la razón y la experiencia no sirven de nada en la ciencia? Sí; pero son *dii minores*. Desde luego debe, en cuanto posible sea, encerrarse la imaginación en la esfera de la verdad, en lo que es rigurosamente conforme con los fenómenos: es preciso ponerle límites, mas nunca encadenarla ni extinguirla. Es muy cierto que si á un juicio sano y vigoroso, á un vasto talento, á una mirada segura, se sustituyen los arrebatos de una imaginación tempestuosa y desarreglada, los hechos quedarán olvidados ó mutilados ó transformados; pero nadie negará que sin la imaginación estos hechos serían un esqueleto, sin el *spiraculum vitæ* necesario para todo dato científico. La *invención*, señal evidente de superioridad intelectual, es la obra principal de la imaginación, viniendo después el tiempo y la paciencia á coronar la obra. Solamente el genio posee su llama y su fiebre, y al trabajo corresponden las fatigas y vigiliass; pero con toda su omnipotencia, el juicio nada crea; si gobierna, no engendra; si dispone y arregla y ordena, carece por completo del *fiat* fecundador.

Es, pues, la imaginación, no sólo el elemento esencial de las bellas artes, sino también el *principio de los descubrimientos y del progreso* en las ciencias de observación. No se nos tache de confundir la imaginación con el genio, no; pero tienen íntimas relaciones. ¿Qué es el genio? El punto culminante donde se unen la imaginación y la lógica, el entusiasmo y la reflexión, lo ideal y lo real. El genio no puede existir sin imaginación; pero á la vez está unido á una razón poderosa y elevada, por cuya razón se ha definido *un sublime buen sentido*. Siempre la imaginación forma parte integrante del genio, y dichosos los talentos que á la vez pueden ser *iniciadores y organizadores*. Aquellos espíritus ardientes, investigadores, entusiastas, tienen á causa de su imaginación aquel instinto de los hombres superiores que los ilumina al estudiar los fenómenos y los misterios de la naturaleza, mientras

que éstos, colocados en más baja esfera, ora siguen la trazada senda, ora la desbrozan con trabajos de poca monta; puede decirse en el primer caso que muchos son los llamados y pocos los escogidos. Multitud de nombres pudieran citarse en cualquier ramo del saber humano. ¿Qué han sido Miguel Servet, el descubridor de la circulación de la sangre, Paracelso, Stahl, Boerhaave, Bertollet, Volta, Davy, Laplace y otros muchos, sino hombres dotados de potente y vasta imaginación, aunque en grados diferentes? Linneo, padre de la botánica, sabio y escrupuloso investigador, poseía esta facultad en alto grado y la aplicaba á los más minuciosos detalles de la ciencia. Haller, el cantor de los Alpes; Bonnet, de Saussure, se han servido de la imaginación sin que dejasen de apoyarse en los fenómenos sensibles. Téngase en cuenta que esta facultad era tan predominante en dichos sabios, que muchos trabajos suyos han sido desdeñados por sus coetáneos, porque la fortuna de las verdades es más duradera, aunque mucho más lenta, que la de los errores.

Bacon adivina la atracción y Newton la demuestra: éste á su vez adivina la combustión del diamante, y para la química moderna es ya ésta una verdad trivial. John Mayow descubre una especie de gas diferente del aire común, y un siglo después fundan Riestley y Lavoissier la química neumática. Nótese que la mayor parte de estos grandes hombres han pertenecido en su época al número de aquellos *visionarios*, blanco del ridículo de los sabios, porque como ha dicho un crítico, *la gran vanidad de los que no imaginan es creerse los únicos juiciosos*.

Sobre todos los hombres de poderosa imaginación que pudiéramos citar está Napoleón el Grande, el genio de los modernos tiempos. Es verdad que ninguno fué más exacto ni más positivo que él, que necesitaba para ejecutar sus planes hombres fríos y juiciosos, pero firmes y resueltos, *cuadrados por la base*, según él mismo decía; pero nadie tenía una imaginación más exaltada que él. *Su pensamiento*, que, según la expresión de un poeta, *volaba sobre las alas del relámpago*, tenía siempre algo de grande, de extraordinario y de gigantesco. Muchas veces le daba cuerpo valiéndose de una ima-

gen vigorosa y hasta de un símbolo oriental; pero como sucede á todos los genios, contenía su imaginación por medio del buen gusto y del buen sentido.

Sin embargo, la imaginación, que siempre es el distintivo de un mérito superior, preséntase, según los individuos, en proporciones y formas diferentes: le sucede á esta facultad lo que á las demás; jamás se hallan armonizadas. Hállanse talentos que ansían marchar rápidamente á la luz, é impacientes por encontrarla, ora descienden á profundidades inmensas, ora se elevan á incalculables espacios. Les espolea, les incita lo desconocido, lo inexplorado y hasta lo maravilloso. En este impetuoso arrebató, en esta necesidad de marchar hacia adelante por cualquier camino, adviértense frecuentemente vastas ideas, indicio cierto de talento penetrante y atrevido. Pero si no hay bastante método, si por medio de un detenido y escrupuloso análisis no se eligen los materiales convenientes, resulta, por desgracia, que no se profundizan los objetos y que, por decirlo así, no se ha hecho más que arañar la tierra en vez de abrirle hondo surco. Rayos de luz iluminan los objetos, atísbase algo, pero no se fija la luz: hay fuerza, pero esta fuerza se desborda por estar mal contenida y peor dirigida. No obstante, obtiéndose de ordinario algún hecho, alguna conjetura, alguna probabilidad, que andando el tiempo puede ser provechosa para la ciencia. Cuestiones de mucho tiempo ya prejuzgadas por la imaginación, han sido despues aceptadas por la razón y por la experiencia. El problema consiste en guiar á la imaginación sin comprimirla ni ponerle obstáculos; hé aquí el único medio de ilustrarnos en medio de la profunda noche de la naturaleza y del inconmensurable océano de fenómenos que Dios ha entregado á la humana investigación. ¿Cuántos ensayos y sistemas, hipótesis y tentativas y opiniones lanzadas al acaso no han sido el germen de los más notables progresos? La historia de las ciencias ofrece innúmeros ejemplos, y este resultado es debido á la imaginación, cuya esencia al parecer tiene algo de activo, de investigador, algo de inquieto que promueve mil cuestiones, que se lanza en pos de las ideas, que presenta problemas, los agita, los ilumina,

aunque no á todos pueda dar incontestable solución. Importante, aunque secundario, es el oficio de la razón y de la experiencia, su fiel compañera, pues hállase circunscripto á ordenar y probar y metodizar. La imaginación abre y explota la mina, y las demás facultades preparan el precioso metal, aquilatando su peso y su valor.

Si se presta oídos á los que pretenden que solamente se debe consultar el hecho desnudo, el fenómeno patente, la imaginación no puede pasar de la conjetura, de la hipótesis. Además de ser esta aserción muy disputable, porque existen verdades que se descubren por una intuición luminosa y espontánea, no es dar un gran paso el conjeturar, ó lo que es igual, añadir lo probable á lo verdad, que es lo que caracteriza la presciencia filosófica. ¿El arte de conjeturar bien no es el distintivo de los genios? Las hipótesis son como chispas á cuyo fuego enciende el talento la llama de la experiencia. ¿No es preciso tener siempre un objeto, un fin cualquiera antes de entregarse á la observación? Todo experimento concluyente ¿no es una proposición, parte necesaria de un silogismo interno? Véase, pues, cómo la imaginación es el motor por excelencia, y sin este poderoso y enérgico resorte no hay acción, no hay movimiento progresivo. La región de lo *posible* es inmensa y á ella se encamina la imaginación, persiguiendo futuras realidades anticipase siempre á la experiencia, en vez de ser guiada por ella, porque no quiere ser aprisionada en el mezquino molde de los hechos; indígnase de todo límite y maldice al Dios Término con que se la amenaza, debiéndole la iniciativa en todas las verdades científicas, porque todo gran descubrimiento antes ha sido *imaginado* que *observado*; la imaginación precede á la lógica, porque es necesario conjeturar antes que deducir conclusiones evidentes. ¿Quién sabe los precedentes inciertos que guiaron á Miguel Servet para admitir la circulación de la sangre, gloria falsamente atribuída á Harvey, que solamente la demostró; los que movieron á Newton á descubrir la gran ley de la atracción universal antes de haberla probado por medio del cálculo? Las grandes ideas científicas germinan profundamente en el cerebro de algunos privilegiados antes de

convertirse en hechos irrevocables, y no existe un concepto atrevido, ni temeridad filosófica que convertida en una verdad común no deba su origen á la imaginación.

No se nos oculta que los anteriores asertos son contrarios á las ideas recibidas por el vulgo docto, más numeroso de lo que se cree, y parécenos oír mil voces gritando que nos perdemos en las nubes, que renunciamos á la realidad, que deificamos la abstracción: no nos sorprende este clamoreo, pues para el mayor número, lo que sólo es imaginable siempre es falso, ó quimérico ó ininteligible. Recházase toda idea *à priori*, y á lo más admítase por favor una teoría; el hecho, el hecho material y mezquino con un abismo de detalles es lo único que se admite por los talentos de corto alcance, quienes al parecer nada quieren aventurar, porque todo concepto elevado y vigoroso les admira y les espanta. La jactanciosa garrulería de los observadores mediocres, que abundan como los hongos después de la lluvia, nos induciría á creer que se hallan en terreno firme si los resultados y aplicaciones no demostrasen lo contrario. Todo lo que no sea el árido guarismo es nada para estos materialistas, que con todo su saber no poseen el secreto de nada, puesto que el secreto es el *principio*.

Mas se nos objetará: ¿la imaginación no puede conducir al entusiasmo, que ciega siempre á su víctima? Esta objeción es un lugar común hasta la saciedad repetido por quienes piensan que en la ciencia no se trata más que de ver para ver bien. Todo lo contrario; es preciso que la imaginación llegue hasta el *entusiasmo* cuando se trata de hacer un descubrimiento importante y obtener todos los resultados posibles, porque el entusiasmo comunica aquella fuerza de atención apasionada, verdadero buril de la memoria, aquella sagacidad investigadora, aquella sutileza de órganos y de sentidos que tan necesarias son para estudiar los fenómenos de la naturaleza (1). Con una imaginación vasta y pénétran-

(1) El célebre Lagrange confió al Dr. Virey, según refiere Foissac en su *Higiene del alma*, que debía la resolución de muchos problemas de geometría al éxtasis en que se sumergía la audición de arrebatadoras piezas de música

te, esto es, con mayor sentido moral, se ve mejor todo lo que se ve, y las grandes observaciones que se obtienen dependen de la imaginación, que puede confundirse con el genio. Los hombres de imaginación fría gozan casi siempre de una razón débil que se detiene en la superficie: por el contrario, la imaginación vigorosa estimula el poder de observar, y los sabios á quienes inspira son los que tienen más exactitud y paciencia, porque viendo desde un punto más elevado y á mayor distancia, abrigan convicciones profundas y sienten la necesidad de reunir mayores pruebas para apoyar sus ideas. Toda vitalidad intelectual depende esencialmente de la imaginación, considérense como se quieran las facultades de la inteligencia humana, y lo que se inventa, ó se descubre ó se cree descubrir, es de inmenso interés para el que examina, investiga y medita. No se arrastra entonces por la superficie de las cosas, sino que sondea y profundiza sin temor á la fatiga ni al desaliento, hasta que ve aparecer el fruto de su trabajo. Observar mucho y bien y por mucho tiempo es, por consiguiente, una de las condiciones de la imaginación, porque anima y sostiene al observador, quien además no puede ignorar que la verdad es una, y que nada se debe omitir para conocer todas sus relaciones. ¡Desgraciado del sabio y del artista que no esté devorado del hambre de lo desconocido, sin la cual no hay creación ni invención, ni trabajo notable! ¡Desgraciado! Su puesto se encontrará entre las vulgares medianías, y no se podrá decir de él *que ha sido amado por Júpiter*.

Si se examina el origen de los grandes descubrimientos, de los métodos de los sistemas que más influencia han ejercido en las ciencias, por do quiera se hallarán huellas del fuego de la imaginación, pues para ser un hombre superior no basta tener talento lógico, no, sino que es preciso poseer aquel ardor, aquel arrebatado de temperamento, aquel fuego sagrado que comunica á la ciencia un impulso vigoroso que

tocadas por buenos instrumentistas.—Avicenna, médico y filósofo árabe, citado por Reveillé.—Parise, en su *Higiene y fisiología de los que se dedican al estudio*, decía que todas las cosas obedecen al alma arrebatada en éxtasis.

no se encuentra sino en la imaginación vasta y poderosa. Algunas veces sucede que la imaginación hace, por decirlo así, explosión revelando su perpetua y misteriosa energía. ¿Quién no ha oído hablar del crimen cometido por Benvenuto Cellini, que asesinó al modelo elegido para esculpir un crucifijo á fin de sorprender mejor los rasgos de un agonizante? ¿Quién ignora el arrebató de Arquímedes corriendo desnudo por las calles de Siracusa gritando *Eureka*? Bernardo de Palissy, después de una prueba que tuvo buen éxito, dijo que le había causado tal alegría, *que pensaba haberse convertido en un nuevo sér*. Cuando el ilustre químico Kumphsey Davy descubrió el *potassium* y el *sodium capi*, se volvió loco de alegría: *Din nos torserat..... usque ad vesaniam*, y empezó á saltar y á bailar en su laboratorio. ¡Ah! Los genios privilegiados se embriagan muchas veces con las voluptuosidades de la ciencia, porque saben que una sola verdad útil y demostrada añadida al acervo del saber humano recomienda su nombre á la eterna gratitud de las edades.

Pero se nos dirá: ¿el entusiasmo no tiene algun inconveniente? Sí, pero nuestra afirmación sólo tiende á demostrar que con imaginación siempre se puede esperar algo, y sin ella nada. Necesario es para todo progreso científico que el entusiasmo esté templado por la razón y por el buen sentido; la imaginación excita y da alas; el juicio pesa, examina, modifica, y después la experiencia confirma. Si la imaginación no se apoya en el hecho, en el dato material, se extraviará, porque el espíritu humano, semejante al Anteo de la fábula, que recobraba sus fuerzas cuando apoyaba su planta en la tierra, y las perdía cuando se le levantaba, puesto que se le quitaba su punto de apoyo; el espíritu humano, decimos, no puede *pro hic et nunc* ejercer sus funciones sin el órgano, sin la materia á que misteriosamente se halla adherida. Verdad es que el hombre, por despreciar orgullosamente los hechos y la experiencia, cae en las nebulosidades del idealismo; pero para evitar éste, ¿por qué se ha de caer en el vicio opuesto, en el exceso del materialismo científico? *In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte*. ¿Por qué considerar como enemiga á la imaginación, hablar de sus extravíos y olvidar ó negar su

benéfica influencia? ¿No existe una imaginación sabiamente atrevida y ordenadamente libre? Dícese que no crea más que quimeras, que sus partos no son duraderos; así es algunas veces; pero ¿no sucede lo mismo con los edificios que construye el raciocinio, con los pretendidos resultados de la experiencia, con ciertas aplicaciones prácticas, que hoy se encuentran reducidas á polvo en el panteón del olvido? No, el experimentalismo, ó mejor dicho, el positivismo solo, no puede hacer progresar la ciencia, así como el ojo sin el telescopio no puede interrogar las profundidades del cielo. El positivismo, siempre mezquino, siempre incompleto, sin vuelo, sin amplias generalizaciones, no puede espaciarse sino por limitados horizontes, frecuentemente falsos y exclusivos; pero si la imaginación anima sus frías investigaciones, si funciona este potente excitador, entonces elévase y se agranda el objeto, hace la ciencia rápidos progresos. Nadie, pues, nos negará, atendiendo á las razones expuestas, que la imaginación es una base tan indispensable en todo descubrimiento ó en toda gran concepción científica, como indispensable es un juicio profundo y exquisito para componer un poema ó pintar un cuadro que maraville á las edades (I).

Hay más: los datos de cualquier problema científico le pertenecen igualmente, porque sólo ella tiene el poder de concebir las más remotas relaciones, la infinita variedad de hechos; sólo ella puede reunirlos y coordinarlos en vasta y luminosa síntesis; sólo ella puede establecer el hecho primordial, causa de otros innumerables, y darles la trabazón científica para componer un cuerpo de doctrina y deducir conclusiones evidentes; porque si no, ¿de qué servirían los hechos más brillantes y positivos, si quedasen aislados? Semejante procedimiento exige un talento vasto, una potencia de imaginación, una profundidad de observación y una seguridad de juicio de que pocos pueden engreirse; la inducción es el

(1) Háse dicho, y no sin razón, que Arquímedes tenía tanta imaginación como Homero, y lo mismo pudiera afirmarse del cuadro de la *Transfiguración*, obra maestra de lógica y de fantasía: nada hay grande, ni perfecto, ni eterno sin estos dos elementos artísticamente fundidos en unidad sublime.

espíritu que anima al *verbo*, y los pocos que han poseído este espíritu lo pierden pronto; diríase que la imaginación es la fuerza del Creador, concedida por un instante á la criatura; el hombre la recibe, pero no la puede medir: hállase en él, pero no es de él. Por esta causa en las ciencias de observación es muy fácil contar, pesar, medir y examinar; pero muy difícil asentar principios sólidos y fijos; la iniciativa en estas ciencias pertenece al hecho material y sensible, pero sobre él existe el *sentido apreciador* ó el *mens*, cerniéndose como el águila en el espacio, sobre el vasto mundo de lo contingente. Á la experiencia sigue la ciencia, que se apoya en aquélla, pero excediéndola y completándola por medio de las relaciones que sabe encontrar entre los hechos, llegando de este modo al punto culminante de la filosofía científica. Por este motivo cuanto más vasta y penetrante sea la imaginación, serán más múltiples las relaciones de los hechos, más fácil comprender su analogía, más fácil coordinarlos para formar un todo y obtener aquella ciencia *cuyo principio contiene todas las consecuencias y cada una de éstas su principio*. Nos parece que la radical de toda síntesis fecunda se encuentra en una poderosa imaginación, porque ésta contiene el mayor número posible de hechos, de ideas y de relaciones, por lo cual con esta facultad se puede poseer—¡raro privilegio!—la evidencia intuitiva y la evidencia *deductiva*, columnas de toda ciencia; pero sin el conocimiento de las relaciones nos veremos obligados á renunciar á una y á otra.

Un filósofo ha dicho: «Con un vasto talento de observación se puede desconocer lo infinito del universo en grande; pero con este talento y el de la instrucción, se podrá descubrir lo infinito en un insecto, en un grano de polvo, en una gota de agua.» No nos debe extrañar esta afirmación: ¿no ha demostrado Newton que la misma fuerza que obliga á caer á una piedra ó á una manzana, encadena los astros en sus órbitas? ¿No halló el Tiziano toda la armonía del colorido y del claroscuro contemplando cuidadosamente los matices de la luz en un racimo de uvas? Kant, con su vista de águila, ¿no descubrió á Urano en los abismos del espacio antes de que Herschelt con su telescopio dijese: ¡Aquí está? Y en

nuestros días ¿Le Verryer no halló por medio del cálculo un planeta que por algún tiempo se escondió á los más delicados instrumentos astronómicos? Únicamente por una serie no interrumpida de relaciones, por el hilo de las analogías, se pueden obtener semejantes resultados: la imaginación es una maga que ve lo que es y lo que puede ser, y semejante al espacio y al tiempo, contiene en su vasto seno los hechos y las ideas, lo cierto y lo posible, las verdades conquistadas y las presentidas.

Si tiene el poder de inventar, tiene también el de fecundar con paciencia, disponer con sabiduría, coordinar con habilidad; el juicio solo no podría hacer todo esto, porque marcha con lentitud, porque no ve á mucha distancia. La inducción *ascendente* de Bacon, á que con rigurosa exactitud llamó *scala intellectus*, y que en verdad ya había sido practicada por la filosofía escolástica, hoy por desgracia tan desdeñada, este método que por algunos se considera como el de la verdadera filosofía, está también sujeto al dominio de la imaginación. De Maistre ha dicho *que es preciso que se unan dos verdades para producir una tercera*; pero el método analítico únicamente empleado sería estéril, porque no puede abarcar un conjunto, ni deducir conclusiones capitales.

Verdad es que no todas las ciencias son susceptibles de semejante rigor: las hay que al pasar de una proposición á otra descubren el orden que las coordina, los lazos que las unen, la identidad que las confunde; en una palabra, la unidad del objeto en que se apoyan; por ejemplo, en las matemáticas todo se halla unido y trabado; hay *una* verdad *primera*, una *segunda*, *tercera*, etc., y la quinta verdad se halla en la cuarta, y ésta en la tercera; pero en ninguna otra ciencia es posible proceder con este rigor, porque la cadena se rompe á cada instante, y aun guardando la mayor exactitud no se puede llegar más que á aproximaciones. Sin embargo, los dotados de gran imaginación, puesto que, como ya llevamos dicho, abarcan más relaciones y afinidades en los fenómenos, son los únicos capaces de fundar una síntesis, una teoría, una doctrina, elevándose á la dignidad de legisladores de la ciencia. Por este motivo son tan raros, mientras que

abundan los observadores. Esto mismo explica por qué los mismos objetos producen tan diversas interpretaciones. Todas las verdades se traducen en hechos; mas varía el modo de apreciarlas según el talento del observador; pero todo aquél que posee imaginación penetrante, podrá fundar con certidumbre, asentar bases sólidas, contemplar la verdad y apoderarse de ella, por decirlo así, sustancialmente, y descubrir mejor el punto de reunión de las verdades, porque la verdad universal no es más que el punto de convergencia de los hechos y la cadena de todas las relaciones.

Sin la hipótesis, que espanta á los talentos pequeños, se arrastraría eternamente la ciencia en un mezquino empirismo, porque ver siempre, tocar siempre, siempre medir, siempre pesar, siempre analizar, referirse siempre á los sentidos, es entregarse á guías insuficientes, es detenerse en las apariencias, es abjurar de la filosofía de la ciencia, cuyas elevadas abstracciones no se deben despreciar, como hacen hoy muchos que se tienen por pensadores. ¿Qué es idealizar ó abstraer sino comprender la realidad con más profundidad que el vulgo, y apreciar el lazo oculto de las cosas y de los hechos, de las causas y de las manifestaciones fenomenales? Sin embargo, la palabra *imaginación* inspira desconfianza, porque apenas se concibe su valor en la ciencia. Créese que se ocupa siempre en visiones absurdas, *nebulæ per inane volantes*, lo que es un gran absurdo. Cierto es que á la ciencia es muy funesto el sistematizar *primo intuitu*, el generalizar por suposición; pero el no generalizar nada ó muy poco, el atenerse al hecho material, entraña no pocos peligros. Las utopías, las quimeras, los espléndidos sueños, son hijos de los sistemas; pero no es menos cierto que á ellos se deben los grandes principios, los axiomas fundamentales, la acción, el movimiento y el progreso. Lánzase á veces la imaginación desenfrenada en el vasto campo de las conjeturas; pero el positivismo sólo con su orgullosa infatuación, con su lógica limitada, más ó menos llena de sofismas y de estadística, ó no descubre la verdad, ó la disfraza, ó la ahoga en deducciones inciertas, en asertos contradictorios, ó en un montón de guarismos.

Pero se nos dirá: ¿á que sistematizar si no conocemos todos los hechos? ¿Y qué importa? Si fuera necesario esperar la posesión absoluta de todos los hechos para formular principios, no sólo no se descubriría jamás la verdad, sino que el buscarla sería tiempo perdido. Conviene, por consiguiente, al aumentar el caudal de nuestros conocimientos, valerse de los hechos conocidos y bien probados, sin lo cual no podría existir la ciencia. ¿Qué es la filosofía sino la última palabra de la humanidad? ¿Y cómo se puede llegar á la verdad absoluta, ó al menos á la verdad relativa sino por medio de la escala de las inducciones y de las abstracciones? La historia de las ciencias prueba estos asertos, puesto que no es más que la exposición de las doctrinas ó sistemas creados por hombres que, dotados de potencia imaginativa, y descubriendo mayor número de relaciones y analogías en los hechos conocidos en su época, los han coordinado y trabado mejor reduciéndolos á un cuerpo científico. El poder de reflexión de que se hallan dotados suple felizmente á la actividad material, y á su imaginación penetrante y atrevida unen una razón analítica, profunda y en especial una voluntad siempre activa, paciente y enérgica, persistente y tenaz, fuerte y vigorosa, que se adhiere á su objeto y no le deja hasta obtener lo que busca, ó al menos la certidumbre de no poderlo obtener.

Sin embargo, creen algunos que la imaginación seduce y extravía siempre al juicio: apóyanse para sostener este aserto en los errores en que suelen caer los partidarios de un sistema, sin comprender que muchas veces proceden las aberraciones del abuso del raciocinio más bien que de la facultad *imaginativa*. Véase lo que hoy sucede: hállanse muchas personas de gran raciocinio, pero muy pocas son las que abrigan concepciones elevadas, muy pocas las dotadas de cierta *audacia inventiva* que forjen sueños que muchas veces son, por decirlo así, la envoltura de la verdad. Prefiérese hoy arrastrarse en pos de la observación, contar, pesar y medir, y acoger todo lo que sale de la escolástica con soberbio desdén. Por este motivo, como no cambia la naturaleza de las cosas, la ciencia permanece estacionaria ó adelanta muy poco.

Otra de las dotes reservadas á la eminente facultad en que nos estamos ocupando, y que no se debe pasar en silencio, es la de la *forma*, dote importantísima sin la cual las demás pueden considerarse casi como nulas, puesto que una idea no se revela en todo su esplendor sino por medio de la forma con que se la presenta. ¡Cuántos descubrimientos, qué de hechos y opiniones importantes, cuántos pensamientos profundos yacen en el olvido, *quia carent vate sacro*, si así podemos expresarnos! Preséntense estas ideas y estos hechos como deben aparecer, y al punto arrebatarán á los más indiferentes y hasta podrán regenerar una doctrina. El complemento del genio se halla en la energía, y en la exactitud y belleza de la expresión, es decir, en la forma. ¡Desgraciado el pensador que no abrigue un sentimiento luminoso y profundo de lo que le parece ser la verdad! Si por un poderoso esfuerzo de *imaginación* y de lógica no abarca el conjunto y los detalles de su trabajo; si no sabe presentar con evidencia el principio generador, deducir luego con método y claridad las consecuencias más próximas y las más remotas; si ignora el arte de emplear los recursos de un estilo conveniente; si careciendo de la originalidad de formas, de aquel toque valiente y profundo que graba para siempre el pensamiento, de aquella plenitud y fuerza de sentidos, de aquella verdad de expresión viva y firme que seduce y cautiva al lector, desarrollará sus ideas con lánguida pesadez, desaliñada y soporífera será su frase, indigesto y poco atractivo su estilo. Podrá ser un sabio, podrá exponer amplias ideas, pero jamás logrará establecer una vasta síntesis, ni fundar una doctrina que convenga las opiniones dominantes convenciendo á sus contemporáneos, y abriendo á la ciencia nuevos y dilatados derroteros.

Pero se nos dirá: ¿á qué tantos preceptos? ¿No basta para exponer sus opiniones y trabajos, método en las ideas, sencillez y claridad en el estilo? Sí, basta; pero no es tan fácil ser sencillo y claro, cualidades que no deben confundirse con el estilo pesado, pedantesco y rastrero. Lo que se debe embellecer con cierta medida, es lo que más trabajo cuesta, precepto de gusto proclamado hace ya mucho tiempo por un

gran maestro, y que en especial es aplicable á las cuestiones científicas. La verdadera sencillez del estilo consiste en colocar siempre la mejor palabra en el mejor lugar, en que haya perfecta armonía entre el signo y el pensamiento, lo que necesariamente supone abundancia sin lujo, magnificencia sin ostentación, sobriedad sin aridez, precisión sin oscuridad, y principalmente una especie de abandono tan distante del temor y del desorden como de la aspereza y de la negligencia. ¿Y es esto tan fácil y tan común? Lo cierto es que el juicio solo, sin algo de imaginación, *mica salis*, que anime y dé colorido á la expresión, jamás podrá exponer con exactitud y perfección las bases y el conjunto de una doctrina. Un raciocinio exacto ayudado de un conocimiento completo del asunto, puede hasta cierto límite convencer; pero el arte de penetrar el espíritu, de persuadirle y de subyugarle, pertenece indudablemente á la imaginación. Necesítase que un pensamiento activo y un tanto apasionado, fruto de profundas convicciones, dirija la pluma del escritor, y en seguida *rem verba sequuntur*: todo toma un aspecto análogo y puede entonces decirse que la ciencia de las palabras es también la de las cosas. Los hombres más sobresalientes en todos los ramos del saber han gozado de esta preciosa facultad; todos han creído que la doctrina más exacta, más positiva debe mucho á las formas del lenguaje y que se le puede aplicar lo que San Agustín ha dicho de la virtud, que es más hermosa en un cuerpo hermoso: *gratior et pulchro veniens in corpore virtus*.

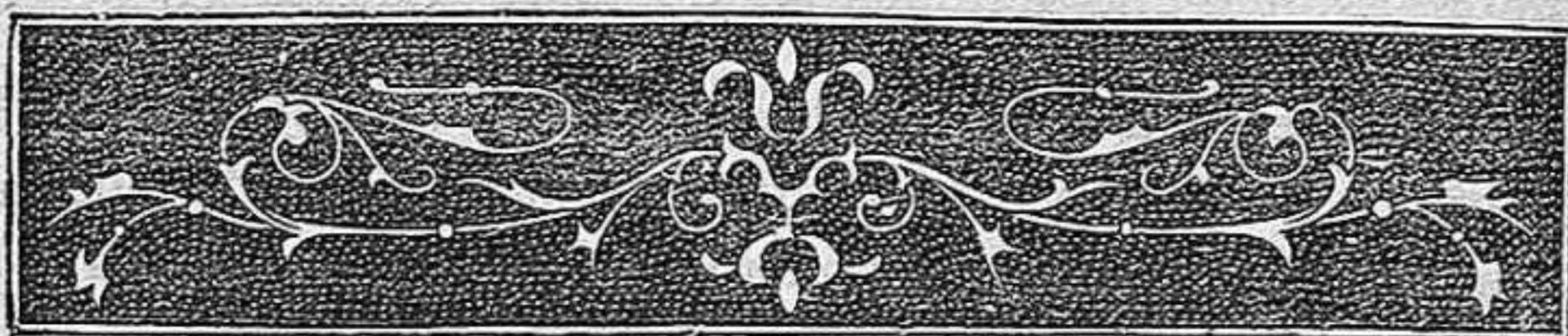
Bien sabemos que respecto á la forma en que se expone una doctrina, se puede con ella adornar un sofisma, como á un cadáver que se cubre de flores, y darle el aspecto y apariencia de la verdad y de la vida; pero el tiempo, juez infalible, separa lo verdadero de lo verosímil, lo fastuoso de lo sólido, y el éxito no será muy duradero. Inútil es advertir que al ocuparnos en la forma no nos referimos á vulgaridades pretenciosas de estilo, ni al rebuscado amaneramiento de expresión que afectan tantos escritores, ni á los brillantes rizos de espuma, fugaz adorno de un vago y sentimental lirismo; no, nos referimos á una composición fuerte, digna

de una inteligencia levantada, cuyo estilo se empapa en la grandeza de su asunto. Aun debemos añadir que la poderosa intervención de la imaginación en la forma no excluye la lenta y laboriosa madurez de una obra, que es lo que constituye su mérito y su vida: no, además de sus inspiraciones, de su fuerza de atracción lógica, revela la imaginación su influjo hasta en los detalles que son producto de un tranquilo trabajo.

Hagamos punto final: rápidamente hemos considerado á la *imaginación* bajo sus más varios aspectos en el orden científico procurando vindicarla de la desdeñosa é insolente compasión de los materialistas y positivistas que consideran al tiempo reducido al minuto presente, y al espacio limitado al pequeño horizonte que descubren sus ojos. Porque la imaginación, en su raudo vuelo, se haya extraviado muchas veces, ¿hemos de despreciar sus atrevidas concepciones, sus luminosos descubrimientos? Orgullosamente desdeñosos, ¿huiremos de las elevadas regiones de la inteligencia para sepultarnos en la materia, que no nos ofrece más que incertidumbre y dudas, esterilidad y retroceso?

V. SUAREZ CAPALLEJA.





HUMO

POR

J. TOURGUENEFF (1)

I.



EL 10 de agosto de 1862, á las cuatro de la tarde, había mucha gente delante de la famosa sala de conversación de Baden-Baden. El tiempo era delicioso; los verdes árboles, las blancas casas de la linda ciudad, las montañas que la dominan, todo respiraba alegría, destacándose entre los rayos de un sol esplendente; todo sonreía, y un reflejo de aquella sonrisa indecisa y encantadora se dibujaba en los viejos y jóvenes semblantes, así como en los feos y en los simpáticos. Los rostros pintados

(1) Debemos á la galantería del gran novelista ruso, Mr. de Tourgueneff, la autorización para traducir y publicar en España sus excelentes obras, tan poco conocidas hasta hoy entre nosotros y tan extendidas y estimadas ya en otros países. En Francia, donde la novela tiene tan valiosos representantes, Tourgueneff ha logrado colocarse en primera línea, y esto solo bastaría para formar su reputación, si por fortuna no la hubiera conquistado en buena lid en Rusia mismo, donde figura á la cabeza de sus mejores y más renombrados literatos y novelistas.

y blancos de las loretas parisienses no lograban siquiera destruir esta impresión de general contento; las abigarradas cintas, las plumas, el oro y el acero brillando en los sombreros y en los velos, recordaban la animación y el ligero temblar de las flores primaverales de hojas de varios colores; pero las chillonas notas de su acento francés no participaban lo más mínimo del canto de los pájaros.

Por otra parte, todo estaba como de costumbre. La orquesta del pabellón ejecutaba tan pronto un *potpourri* de la *Traviata*, como un vals de Strauss, ó el *Dites lui*, romanza rusa, puesta en música por el inteligente director; en las salas de juego, en derredor de los tapetes verdes, se agrupaban las mismas caras, con aquella misma expresión estúpida, codiciosa, consternada, casi feroz, aquel aspecto de ladrón que la fiebre del juego imprime aun á las facciones más aristocráticas; hubieseis hallado al mismo propietario Tambof, obeso, vestido con una elegancia del peor gusto, inútil y convulsivamente agitado (como le sucedía á su difunto padre cuando maltrataba á los aldeanos), con los ojos fuera de sus órbitas, la mitad del cuerpo sobre la mesa, sin preocuparse de las estoicas sonrisas de los *croupiers*, sembrando luises por toda la mesa cuando aquéllos gritaban: «El juego está hecho,» privándose de este modo de toda probabilidad de ganar, por mucha que fuera su suerte; lo cual no fué obstáculo para que por la noche repitiese con la indignación más simpática los dichos del Príncipe Coco, uno de los célebres jefes de la oposición aristocrática; de aquél Príncipe Coco que en París, en el salón de la Princesa Matilde, había dicho con tanta frescura: «Señora, el principio de la propiedad no está muy seguro en Rusia.» En torno del *árbol ruso* se habían reunido, como acostumbraban, nuestros queridos compatriotas de ambos sexos; se acercaban con dignidad, mas perezosamente y afectando grande importancia, si bien con gracia, cual conviene á seres colocados en el más alto grado de la escala social; pero una vez sentados, ya no sabían de qué hablar; mataban el tiempo charlando de cosas fútiles ó vacías, ó riéndose al recuerdo de añejos dichos, bien poco elegantes y hasta grotescos, de un exliterato de París, bufón y hablador,

que gastaba una mal sembrada perilla y unos mal formados zapatos. No había necesidad que pudiera ser desenterrada de los almanaques del *Charivari* ó del *Tintamarre* que el tal bufón no hiciese tragar á estos *Príncipes rusos*, que prorrumpían en una risa de gratitud, reconociendo de esta suerte involuntariamente la superioridad del genio extranjero, como asimismo su completa incapacidad para inventar nada que pudiese servir de entretenimiento.

Hallábase, sin embargo, allí lo más selecto de nuestra sociedad, nuestros tipos más escogidos. Veíase al Conde X., nuestro incomparable *dilettante*, naturaleza verdaderamente musical, que con tanta perfección dice los romances, aun cuando sólo le es posible acompañarse al piano tocando con un dedo, y á pesar de que su voz participe de la de un mal gitano y de la de un peluquero de París, aficionado á la ópera cómica. Hallábase también nuestro irresistible Barón Z., apto para todo, literato y hombre de administración, orador y grecófilo. Veíase al Príncipe Y., amigo de la religión y del pueblo, quien durante la época feliz del estanco del aguardiente logró hacer una inmensa fortuna fabricando este espíritu con belladona. Allí estaba el brillante General O., que si se le diese crédito, fué vencedor en muchos combates, arrojando á unos y sometiendo á otros, pero que no sabía qué hacerse ni siquiera presentarse. Acudía P., hombre divertido, que creía estar muy enfermo y tener mucho talento, aun cuando participaba de la robustez del buey y de la necesidad de un poste; era el único que permanecía fiel á las tradiciones de la época del *Héroe de nuestro tiempo* (1) y de la Condesa Vorotinski: había conservado la pasión de las actitudes pensadas, la costumbre de andar con los tacones, con una lentitud afectada, imponiendo á su semblante inmóvil y como ofendido un expresión de lánguido mal humor, la mala costumbre de interrumpir á sus interlocutores bostezando, riéndose burlescamente, mirando con gran atención sus dedos y sus uñas, echándose el sombrero hacia atrás y hacia ade-

(1) Novela de Lermantof.

lante. Reuníanse allí hombres de Estado, diplomáticos con nombres conocidos en Europa, gentes de consejo y de seso, que suponían que la Bula de oro había sido dada por el Papa y que el *poortux* era un impuesto sobre los pobres; acudían por fin ardientes aunque tímidos adoradores de las *camelias*, jóvenes elegantes con el cabello dividido en dos partes por una raya hasta la nuca, grandes patillas que les llegaban al pecho; sin que gastaran prenda alguna que no procediera de Londres. Al parecer nada les faltaba para rivalizar con el bufón de París, y sin embargo, las señoras rusas les hacían poco caso. La propia condesa C., directora reconocida del mundo elegante, conocida entre las malas lenguas por «la reina de las avispas» y también por «Medusa con garra,» prefería, á falta del bufón, conversar con los italianos, los moldavos, los americanos, con los discretos secretarios de la embajadas extranjeras, ó bien los jóvenes Barones alemanes de aspecto de suaves usureros, que revolteaban en su derredor. En torno de este astro se colocaban la Princesa Babette, aquella en cuyos brazos, según decía, espiró Chopín (hay por lo menos mil en Europa que afirman haber tenido este honor;) la Princesa Aneta, á cuyos atractivos nadie había podido resistir, si no fuese porque de pronto, á través del olor de ámbar, no se percibiese otro de coles que la denunciaba, haciendo saber que fué una lavandera de pueblo; la poco afortunada Princesa Pachette, cuyo marido acababa de ser nombrado Gobernador de provincia, el cual, de pronto, Dios sabe el por qué, golpeó al alcalde de la ciudad y se fugó llevándose 20.000 rublos que pertenecían á la Corona; por fin, la turbulenta señorita Zizi y la llorosa señorita Zozo, todas abandonaban á sus compatriotas, reservando para ellos asperezas. Dejemos también nosotros á un lado á todas estas encantadoras damas, alejémonos del famoso árbol á cuya sombra se exponen los trajes en que supera el mal gusto á su coste, ¡y Dios quiera aliviar el tedio que las consume!

II.

A algunos pasos del «árbol ruso» se hallaban sentados, al lado de una pequeña mesa del café Weber, un hombre de unos treinta años, de mediana estatura, flaco, moreno, de facciones agradables al propio tiempo que viriles. Tenía las dos manos apoyadas en el bastón; parecía tranquilo como un hombre á quien no se le ocurre que nadie pueda reparar en él. Sus grandes y expresivos ojos negros miraban cuanto le rodeaba; á veces el sol le obligaba á guiñarlos un poco, otras se fijaba en algún excéntrico que pasaba por delante de él, y entonces una rápida sonrisa, casi infantil, cruzaba por sus labios adornados con un bigote muy fino. Gastaba un gabán de corte alemán; un sombrero gris cubría la mitad de su espaciosa frente. A primera vista hacía el efecto de un honrado y activo joven, que no debía tenerse en muy mal concepto, como ocurre con muchos en este mundo. Parecía como que estaba descansando de grandes trabajos, y que por lo mismo se complacía más al contemplar el cuadro que se desarrollaba ante sus ojos, agitándose sus ideas en una región muy distinta de todo lo que en aquel instante le rodeaba. Era ruso: se llamaba Gregorio Milchailóvitch Litvinof.

Tenemos que hacernos cargo de quién era, y al efecto, hemos de referir brevemente su pasado, por cierto nada lleno de incidentes complicados.

Hijo de un empleado de corto sueldo, que procedía de la casta de los mercaderes, se crió en un pueblo. Su madre era de origen noble, buena, pero exaltada, y no le faltaba energía; tenía veinte años menos que su marido; logró, sin embargo, á su manera, completar la educación de aquél, apartándole de los malos hábitos de las oficinas, calmando y dulcificando su carácter rudo y brutal. Gracias á ella, principió á vestirse con aseo, á presentarse convenientemente, á no

jurar, á estimar á la ciencia y á las personas instruídas, aun cuando no por eso se dedicaba ni poco ni mucho á la lectura; hasta llegó á acostumbrarle á andar menos á prisa y á hablar, con una voz melosa, de asuntos de alguna elevación: todo lo cual no le había costado poco trabajo. Á veces, predominando su naturaleza, murmuraba entre dientes cuando alguien le impacientaba: «¡Ah! ¡De qué buena gana le aporrearía!» Pero en el acto añadía en alta voz: «Sí, sin duda... es asunto que merece meditarse.» La madre de Litvinof montó su casa á la europea; no tuteaba á los criados y no permitía en su mesa que se comiera con avidez y gula. En cuanto á sus posesiones, ni ella ni su marido supieron jamás administrarlas; estaban muy descuidadas, eran muy grandes, componiéndose de prados, de bosques, un lago á cuya orilla hubo en otro tiempo una fábrica, levantada por un señor más celoso que práctico, y que floreció en poder de un rico comerciante, cayendo en demérito después de haber estado en manos de un honrado contratista alemán. Mad. Litvinof se contentaba con no arruinarse y con no contraer deudas. Por desgracia, su salud no era buena, y murió tísica el mismo año en que su hijo fué á la Universidad de Moscou. Circunstancias que más tarde conocerá el lector impidieron á Gregorio Litvinof terminar sus estudios; se volvió á su provincia, en donde, por cierto tiempo, vegetó sin ocupación alguna, sin relaciones y casi hasta sin conocidos. Había hallado poco benévola acogida entre los señores de su distrito, mucho menos penetrados de la teoría occidental de los males que produce el desvío, que de la verdad del antiguo proverbio oriental: «Nada está más cerca de tu cuerpo que tu camisa,» todo lo cual le hizo alistarse entre los voluntarios patrióticos de 1855. Litvinof estuvo á punto de morir del tifus en Crimea, en donde, sin que lo encontrase uno solo de los aliados, estuvo seis meses en una choza de tierra á orillas del mar Pútrido; desempeñó después uno de los puestos electivos en su provincia, sufriendo los disgustos que son propios del cargo, y á fuerza de vivir en el campo, llegó á aficionarse á la agricultura. Comprendió que las tierras de su madre, administradas sin inteligencia bastante por su ancia-

no padre, no producían la décima parte de lo que debieran dirigidas por manos expertas; pero al propio tiempo se hizo cargo de que le faltaba la experiencia; para adquirirla, viajó con objeto de estudiar seriamente la agronomía y la tecnología. Estuvo cerca de cuatro años en el Mecklemburgo, en Silesia, en Carlsruhe; visitó la Bélgica y la Inglaterra, se aplicó mucho y llegó á adquirir conocimientos. Todo esto no le fué muy fácil, pero llevó á cabo su propósito, y en aquel momento, seguro de sí mismo, de su porvenir, del bien que podía prestar á sus conciudadanos, ¿quién sabe? acaso á toda la Rusia, se disponía á volver á su País, hacia el que no cesaba de llamarle su padre, que estaba del todo desorientado por efecto de la emancipación y por las medidas que nacían de ella. Pero siendo esto así, ¿por qué se detuvo en Baden?

Está en Baden, porque de un día á otro espera á su prima y novia, Tatiana Petrowna Chestof. La conocía casi desde la infancia, y había pasado con ella el verano anterior en Dresde, en donde habitaba con su tía. Amaba sinceramente al paso que estimaba muy de veras á su joven parienta: estando á punto de terminar sus trabajos preparatorios, y disponiéndose á comenzar su nueva carrera, la ofreció unir su vida á la suya *for better for worse*, como dicen los ingleses.

Consintió aquélla, y se apresuró á volver á Carlsruhe en busca de sus libros y de sus papeles. Pero ¿por qué, me repetiréis, estaba en Baden?

Porque la tía de Tatiana, Capitolina Markovna Chestof, solterona, de cincuenta y cinco años, mujer muy rara, casi ridícula, pero buena, que amaba á su sobrina hasta con abnegación; espíritu fuerte (leía á Strauss, pero ocultándose de la joven) y demócrata, enemiga jurada del gran mundo y de la aristocracia, no había podido resistir á la tentación de dirigir, siquiera fuese una sola vez, una mirada á aquel mismo gran mundo en un lugar tan elegante como Baden. Capitolina Markovna no gastaba jamás *crinolina*, tenía su cabello blanco, cortado corto; el lujo y el esplendor la turbaban en secreto, y le era muy agradable expresar en alta voz el desprecio que todas estas vanidades le causaban. ¿Cómo negarse á complacer á esta buena señora?

Hé ahí el por qué Litvinof estaba tan tranquilo y miraba en torno suyo con tanto aplomo. Consideraba que su vida no había ya de tropezar con obstáculo alguno, que su destino estaba trazado, y se sentía tan satisfecho como alegre con él, pues lo consideraba como la obra de sus propias manos.

III.

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡Hélo aquí!—exclamó de pronto en su oído una voz chillona, al propio tiempo que una mano pesada se dejaba caer sobre su hombro. Levantó la cabeza y vió á uno de sus pocos conocidos moscovitas, un tal Bambaëf, buen muchacho, lo cual equivale á decir que era nulo. Desde luego éste tenía unos carrillos y unas narices blandos como si los hubiesen cocido; el pelo pastoso y rizado, y un cuerpo grueso y flojo. Siempre estaba sin un cuarto, pero siempre también entusiasmado de algo. Rostislaf Bambaëf recorría sin objeto determinado, pero no sin ruido, la extensa superficie de nuestra pacientísima madre común la tierra.

—Esto es lo que se llama un encuentro—repitió, abriendo los ojos abotagados y sacando sus gruesos labios, sobre los cuales se destacaban muy mezquinos bigotes teñidos.—¡Esto es, Baden! Todos vienen á meterse en él, cual perros detrás de una estufa! ¿Qué es lo que te trae por aquí?

Bambaëf tenía la costumbre de tutear al universo entero.

—Hace cuatro días que llegué.

—¿De dónde vienes?

—¿Qué te importa?

—¡Que qué me importa! Pero espera; ¿quizás no sepas quién está aquí también? ¡Goubaref! ¡El mismo, en cuerpo y alma! Ha llegado ayer de Heidelberg. De fijo le conoces.

—He oído hablar de él.

—¿Eso sólo? Vamos á llevarte al instante á su casa. ¿Es posible que no conozcas un hombre como él? Ahí viene, precisamente, Vorochilof. ¿Quizás tampoco le conoces?

Tengo el honor de presentaros el uno al otro. ¡Ambos sois unos sabios! ¡Éste es un fénix! ¡Abrazaos!

Diciendo esto, Bambaëf se volvió hacia un joven, buen mozo, de semblante fresco y sonrosado, pero ya formal. Litvinof se puso en pie, y como se supone, no se permitió abrazar al «Fénix,» el cual, si se hubiese de juzgar por lo grave de su aspecto, no pareció muy halagado por aquella inesperada presentación.

—He dicho un «Fénix,» y no retiro la expresión—añadió Bambaëf.—Id al colegio de San Petersburgo, mirad el cuadro de honor, y veréis qué nombre está el primero. El de Simón Jakoulevitch Vorochilof. Pero Goubaref, ¡Goubaref!... tengo precisión de ir á casa de este amigo á escape. Respeto verdaderamente á este hombre y no soy el único... Todos, todos le respetan á cual más. ¡Que obra está escribiendo ahora!

—¿De qué trata esa obra?—preguntó Litvinof.

—De todo, amigo mío. Es un trabajo en el género de Buckle, solo que más profundo. Todo resultará en él resuelto y en evidencia.

—Por lo visto, lo has leído.

—No; no lo he leído, y hasta es un misterio que no conviene que se sepa mucho; pero todo se puede esperar de Goubaref, todo.—Al llegar aquí Bambaëf dió un suspiro y se cruzó de brazos.—¿Qué sucedería ¡gran Dios! si hubiese en Rusia dos ó tres cabezas como la suya? Mira, Gregorio Litvinof, cualesquiera que hayan sido tus ocupaciones en estos últimos tiempos, é ignoro en qué te ocupas en general, cualesquiera que sean tus convicciones, de las cuales no tengo la menor idea, tendrás mucho que aprender cerca de Goubaref. Por desgracia, no está aquí por mucho tiempo. Habrá que aprovecharlo. Vamos, vamos á su casa.

Estando en esto, pasó un elegante con el pelo rojo rizado, con un sombrero adornado con una cinta azul celeste, que miró con su lente á Bambaëf acompañándolo de una sonrisa maligna. Á Litvinof le dió asco.

—¿Por qué te acaloras tanto?—dijo por fin.—Cualquiera diría que andas llamando los perros que han perdido la pista. Aun no he comido.

—Si no es más que eso, podemos comer en seguida en casa de Weber. Los tres juntos... será muy agradable ¿Tienes dinero para pagar por mí?—añadió en voz baja.

—Tengo, pero en verdad, no sé...

—Acaba, te lo ruego, me darás las gracias y quedarás tan contento. ¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó de pronto Bambaëf.—Están representando el final de *Hernani*. ¡Qué delicia! ¡Oh! *som... suo Carlo...* ¡Cómo soy, ya estoy llorando! Vamos, Simón, en marcha.

Vorochilof, que continuaba inmóvil y reservado, frunció el entrecejo, bajó los ojos con dignidad, murmuró algunas palabras entre dientes, pero no se opuso al plan y Litvinof adoptó igualmente el partido de la resignación. Bambaëf enlazó su brazo con el suyo, pero antes de dirigirse hacia el café, hizo una seña á Isabel, la célebre florista del *Fockey-Club*, porque se le antojaba un ramo. La aristocrática florista se guardó bien de moverse. ¿Con qué objeto se habría acercado á un señor que no llevaba guantes, con un traje de pana, una corbata ridícula y unas botas desformadas? Vorochilof le hizo á su vez una seña. Se dignó acercarse; escogió aquel en su cesta un ramito de violetas y la dió un florín. Creyó sorprenderla con su generosidad, pero ni siquiera se movieron las pestañas de Isabel, y en cuanto le volvió las espaldas, sus labios se contrajeron con ironía. Vorochilof estaba elegantemente vestido, hasta con primor; sin embargo, la avisada parisiense había notado al punto, en su porte, en su aspecto y en su manera de andar, que recordaba el paso militar y la carencia de todo perfil de buena estirpe.

Después de instalarse en la sala principal de Weber y de haber encargado la comida, los tres amigos comenzaron á charlar. Bambaëf volvió de nuevo con gran calor, gritando y accionando, á hablar del inmenso mérito de Goubaref; sin embargo, muy pronto calló, contentándose con suspirar, desocupando una copa en pos de otra. Vorochilof bebía y comía poco; al parecer no era grande su apetito; habiendo preguntado á Litvinof en qué se ocupaba, se puso á emitir sus propias ideas, no tanto respecto á sus quehaceres, cuanto sobre asuntos diversos. De pronto se animó y se puso á hablar

muy de prisa, con muchos y muy enérgicos é incoherentes gestos, apoyando el acento en cada sílaba, como el escolar en su tema, al salir de los exámenes. Cuanto más hablaba lo hacía con mayor elocuencia, resultando más incisivo; cierto es que nadie le interrumpió; parecía estar leyendo una disertación ó una lección. Los nombres de los sabios contemporáneos, las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte, los títulos de sus producciones más recientes, particularmente nombres á montones, salían de su boca, causándole esta nomenclatura un gozo que sus ojos no podían disimular. Vorochilof desdeñaba todo lo antiguo; sólo le merecía aprecio lo que la ciencia descubriera la víspera; le causaba el mayor placer el citar el libro del doctor Zanerbengel, acerca de las prisiones en Pensilvania, ó la obra sobre los Vedas del último número del *Asiatic Journal*. Litvinof le escuchaba sin poder hacerse cargo de cuál fuese su especialidad. Tan pronto hablaba del papel de la raza celta en la historia, transportándose de esta suerte al mundo antiguo, discurriendo entonces acerca de los mármoles de Egina y extendiéndose en disertar acerca del predecesor de Fidias, Onatas, que convertía en Jonathás, lo cual daba á su discurso un tinte semi-bíblico, semi-americano; de un salto se metía en la economía política, calificaba á Bastiat de imbécil, sin que á su juicio valiera más que Adam Smith y todos los fisiócratas «¿Fisiócratas? ¡Aristócratas!» repetía después Bambaëf en voz baja. Por fin Vorochilof llegó á sorprender á aquél calificando á Macaulay de escritor retrógrado; en cuanto á Gneist y á Riel, declaró que no valían la pena de ser nombrados y se encogió de hombros, lo cual Bambaëf se apresuró á imitar. «Y todo esto lo dice sin respirar, sin provocación, delante de extranjeros, en un café,» dijo para sí Litvinof, contemplando la violencia con que agitaba las manos, los cabellos rubios, los ojos claros y los dientes blancos como el azúcar de su nuevo conocido. «¡Y no pierde un momento su formalidad! pero tiene el aspecto de ser un buen muchacho, aun cuando con gran inexperiencia.» Acabó por fin Vorochilof por calmarse; su voz estridente y enronquecida se apagó de pronto; entonces Bambaëf comenzó

á recitar versos, y estuvo á punto de romper á llorar, con grande escándalo por parte de los que ocupaban una mesa á la derecha, que eran una familia inglesa, y con burla de la de la izquierda, en donde dos señoras del *demi monde* comían con un exjoven de pintada cabellera. El mozo trajo la cuenta, y nuestros amigos se levantaron.

—Ahora—exclamó Bambaëf, poniéndose en pie,—una taza de café y en marcha. Ved, sin embargo, lo que es nuestra Rusia,—añadió en el quicio de la puerta, señalando triunfalmente con el dedo á Vorochilof y Litvinof.

—Sí, hé ahí la Rusia—pensó Litvinof. Por su parte, Vorochilof había recobrado ya su aspecto digno y se sonrió friamente dando un golpe de tacones al estilo militar.

Cinco minutos después los tres subían la escalera del *hotel* donde paraba Esteban Nicolaevitch Goubaref. Una señora alta, con un pequeño velo en el sombrero, bajaba; al ver á Litvinof se detuvo como herida por un rayo. Su semblante se encendió, palideciendo después; Litvinof no reparó en ella, y la señora bajó rápidamente la escalera.

IV.

—Gregorio Litvinof, un verdadero ruso, y buen muchacho, os lo recomiendo,—dijo Bambaëf presentando á Litvinof á un hombre bajo, vestido en traje de mañana y con zapatillas, que se hallaba en medio de una habitación muy iluminada y ricamente amueblada.—Es él,—añadió dirigiéndose á Litvinof, es el mismo; es, en una palabra, Goubaref.

Litvinof le contempló atentamente. Á primera vista no notó en él nada extraordinario. Veía delante de sí á un señor de aspecto respetable y un poco necio, con una frente espaciosa, ojos saltones, gruesos labios, larga barba, cuello de toro y mirada poco franca. Este señor se sonrió y dijo: «Mm... mm... muy bien... lo celebro mucho...» Cogió después su barba con la mano, y volviendo la espalda á Litvi-

nof, principió á pasear por la tupida alfombra con la suave lentitud de un gato. Goubaref tenía la costumbre de pasear siempre por su habitación y de dar tortura á su barba con sus largas y duras uñas. En el mismo cuarto estaba una señora con un vestido de seda bastante usado, con una cara amarilla como un limón, con un poco de vello negro sobre el labio, y unos ojos tan brillantes que parecía iban á saltar de su órbita, y además un grueso individuo que estaba en una esquina encogido.

—Pues bien, querida Matrena Semenovna,—dijo Goubaref volviéndose hacia aquella señora, sin juzgar, al parecer, preciso presentarla á Litvinof,—¿qué era lo que habíais principiado á contarnos?

La señora (que se llamaba Mad. Soukhantchikof, era una viuda sin hijos y sin fortuna, que desde hacía dos años transportaba sus penates de un país en otro) reanudó inmediatamente su relato, con una volubilidad especial:

—Pues bien, se presentó en casa del Príncipe y le dijo: «Excmo. Sr., estáis en situación de poder socorrer mi desgracia; dignaos tomar en consideración la pureza de mis intenciones. ¿Es posible, en nuestro siglo, perseguir á uno por sus convicciones sinceras?» ¿Qué pensáis, pues, que hizo el Príncipe, ese hombre tan civilizado y que ocupa una posición tan elevada?

—¿Qué hizo?—preguntó Goubaref encendiendo con un aire pensativo un papelillo.

La señora se irguió, y extendiendo su mano descarnada, añadió:

—Hizo venir á su lacayo y le dijo: «Quita al punto á ese hombre su levita, y recógela; te la regalo.»

—¿Y el lacayo se la quitó?—preguntó Bambaëf palmo-teando.

—Se la quitó y la recogió. Hé ahí lo ejecutado por el Príncipe Barnavulof, el afamado rico, el gran señor, revestido de poderes extraordinarios, representando al Gobierno. ¿Qué puede esperarse después de esto?

Todo el raquíptico cuerpo de Mad. Soukhantchikof temblaba de emoción, su semblante se había contraído, su pecho

se agitaba, sus ojos se le salían del rostro, cosa que generalmente le ocurría cualquiera que fuese la conversación.

—Es un asunto que pide venganza,—exclamó Bambaëf.—No hay castigo que baste para esto.

—¡Hm... hm!... Todo, desde lo más alto á lo más bajo, está podrido—dijo Goubaref sin levantar la voz.—No es un castigo lo que se necesita, sino otra clase de medidas.

—¿Pero es del todo cierto?—preguntó Litvinof.

—¡Si es cierto!—exclamó Mad. Soukhantchikof.—Es imposible ponerlo en duda.—Pronunció este *imposible* con gran energía.—Lo sé por el hombre más verídico. Pero, ¡si le conocéis! el capitán Esteban Nikolaitcht Hélistratof; y él se lo había oído á testigos que presenciaron esta asquerosa escena.

—¿Qué Hélistratof es ese?—preguntó Goubaref.—¿Es acaso el que estaba en Kazán?

—El mismo. Ya sé que se ha hecho correr la noticia de que había recibido allí algún dinero de los arrendatarios del consumo del aguardiente; pero ¿quién ha dicho eso? Pélikanof; ¿y puede darse crédito á lo que diga Pélikanof, cuando todo el mundo sabe que no es más que un espía?

—No, permitidme, Matrena Semenovna—exclamó Bambaëf;—Pélikanof es amigo mío; ¿cómo, siéndolo, había de ser un espía?

—Sí, sí, es un espía.

—Por favor, permitidme...

—¡Un espía! ¡un espía!—gritaba Mad. Soukhantchikof.

—¡Pero no, hacedme el favor de escuchar!—chillaba á su vez Bambaëf.

—¡Un espía! ¡un espía!—repetía la señora.

—No, no; si os refirierais á Tenteléef, ya sería otra cosa—dijo Bambaëf.

Mad. Soukhantchikof tuvo que tomar un respiro y Bambaëf se aprovechó de él para decir:

—Sé por conducto muy seguro que cuando fué destinado á la cancillería secreta se arrojó á los pies de la Condesa Blasekrampf sollozando y murmurando: «¡Salvadme, venid en mi ayuda!» Pélikanof jamás ha cometido semejantes bajezas.

—Tenteléef...—dijo por lo bajo Gobauref,—hay que tomar nota de eso.

Mad. Soukhantchikof se encogió de hombros manifestando gran desprecio.

—Ambos son muy lucidos—añadió;—pero acerca de Tenteléef sé una anécdota aun mejor. Ya sabéis que era un terrible tirano, aun cuando se diese aires de emancipador. Un día estaba en París en un salón, cuando entró Mad. Beecher-Stowe. Tenteléef, que era por todo extremo vanidoso, rogó al amo de la casa que le presentara á Mad. Stowe, la cual en cuanto oyó su nombre le apostrofó de esta suerte: «¿Cómo os atrevéis á presentaros delante del autor de la *Choza de Tom*? ¡Apartaos al punto!» Y zas... le dió un cachete. ¿Y qué os parece que sucedió? Tenteléef cogió su sombrero y se fué con las orejas gachas.

—Hay quizá exageración en eso—repuso Bambaëf.—Que le dijo «marchaos,» no cabrá duda, pero no le dió un cachete.

—Le dió, le dió un cachete, le dió un cachete—repitió convulsa Mad. Soukhantchikof;—no acostumbro á inventar historias. ¡Ah! ¿Esos son vuestros amigos?

—Permitidme, señora; no he dicho que fuese amigo íntimo de Tenteléef; de quien lo he afirmado es de Pélikanof.

—Si Tenteléef no es amigo vuestro, lo es por ejemplo Mikhnéef.

—¿Y qué es lo que éste ha hecho?—repuso con ansiedad Bambaëf.

—¿Lo que ha hecho? ¡Como si no lo supierais! Ha gritado delante de todo el mundo, á la entrada de la calle de Perspectiva y de la Ascensión, que era preciso llevar á la cárcel á todos los liberales, y cuando un antiguo compañero de colegio, pobre, por supuesto, se llegó á él y le dijo: «¿Puedo ir á comer á tu casa?» le contestó: «No, no es posible; comen hoy conmigo dos Condes; vete.»

—Pero, permitidme, es una calumnia—exclamó Bambaëf.

—¡Calumnia! ¡calumnia! En primer lugar, el Príncipe Vakbrouchine, que también concurre á casa de vuestro Mikhnéef...

—El Príncipe Vakbrouchine—interrumpió severamente

Goubaref—es primo hermano mío, pero no le consiento que entre en mi casa. No hablemos más de él.

—En segundo lugar—prosiguió Mad. Soukhantchikof, inclinando humildemente la cabeza hacia Goubaref—Prascovia Jakovlevna me lo ha dicho á mí misma.

—¡A buena parte habéis ido en busca de apoyo! Esta y Sarkisof son los más afamados fabricantes de noticias falsas.

—Perdonad, Sarkisof es un embustero, es cierto; hasta dice que ha robado el paño que cubría el ataúd de su padre; jamás discutiré sobre este particular; pero Prascovia Jakovlevna está muy léjos de eso; ¡buena diferencia! Recordad lo noblemente que se ha separado de su marido. Pero, ya lo sé, estáis siempre dispuesto...

—Acabemos, señora; pongamos á un lado estas recriminaciones y tratemos de cosas más levantadas. Ya sabéis que en mi casa arde el fuego sacro. ¿Habéis leído á *Mademoiselle de la Quintinie*? ¡Qué delicia! ¡Esos sí que son nuestros principios!

—Ya no leo novelas—contestó secamente Mad. Soukhantchikof.

—¿Por qué?

—Porque ya no es hora de novelas; ahora sólo me preocupan las máquinas de coser.

—¿Qué máquinas?—preguntó Litvinof.

—De coser, de coser... Es preciso que todas las mujeres se provean de estas máquinas de coser y constituyan una asociación; de esta suerte todas ganarán su sustento y llegarán á ser independientes. De no ser así, jamás podrán emanciparse. Es una cuestión social muy grave, gravísima. Hemos disputado acerca de este punto con Boleslas Stadnitzki. ¡Qué admirable carácter el de Stadnitzki! Pero considera las cosas con demasiada ligereza. En el fondo es un imbécil.

—Tiempo llegará en que todo el mundo tendrá que dar cuenta de su conducta—dijo lentamente Goubaref, en un tono semi-magistral, semi-profético.

—Sí, sí—repitió Bambaëf—se dará cuenta. Decidme, Goubaref—añadió bajando la voz—¿el trabajo adelanta?

—Estoy reuniendo los materiales—repuso éste frunciendo el entrecejo, y volviéndose hacia Litvinof, que principiaba á estar harto de aquel revolver nombres desconocidos, de aquel furor de chismes, le preguntó:—¿En qué os ocupáis?

Litvinof satisfizo á su curiosidad.

—¡Ah! Es decir, en ciencias naturales. Mm... mm... Es muy útil como estudio, pero no como fin. El fin ahora debe ser de otra especie. Permitidme que os pregunte: ¿cuáles son vuestras opiniones?

—¿Mis opiniones?

—Sí; es decir, ¿cuáles son vuestras opiniones políticas?

Litvinof se sonrió.

—En realidad no tengo ninguna.

Al oír esta respuesta el señor grueso, que se hallaba en un rincón, levantó de pronto la cabeza y miró fijamente á Litvinof.

—¿Cómo es eso? dijo Goubaref—afectando una sonrisa.—¿No habéis pensado nunca en esto, ó estáis ya desengañado?

—No sé qué deciros. Me parece que para nosotros los rusos es todavía demasiado pronto para tener convicciones políticas ó imaginarnos que las tenemos. Reparad que doy á la palabra *política* el valor que de derecho le pertenece, y que...

—¡Ah! ¡ah! Sois de aquellos que no se creen en sazón—dijo con la misma sonrisa Goubaref, y acercándose á Vorochilof, le preguntó si había leído el folleto que le tenía prestado.

Con gran sorpresa de Litvinof, Vorochilof no había perdido una sílaba desde que entró; frunció el entrecejo y movía sus ojos con aire de dignidad (generalmente hablaba solo ó no decía palabra). Alzó militarmente los hombros, dió un paso hacia adelante é hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Qué tal, ¿os ha parecido bien?

—Sí, en cuanto se refiere á las principales bases, pero no estoy conforme con las consecuencias que saca.

—Andrés Ivanovitch me ha alabado este folleto. Me indicaréis en qué disentís.

—¿Queréis que lo haga por escrito?

Esta pregunta sorprendió visiblemente á Goubaref; no la

esperaba; sin embargo, después de pensarlo un poco, contestó:

—Corriente, que sea por escrito; y ya que sea así, os ruego que me expongáis vuestras ideas... sobre... sobre las asociaciones.

—¿Queréis que sea con arreglo al método de Lassale ó al de Schultze-Delitsch?

—Mmm... con arreglo á los dos. Como comprendéis, para nosotros los rusos es sobre todo la parte económica la que nos importa. El fondo de los obreros es un germen. Hay que comparar todo esto, profundizarlo. En cuanto á la cuestión del cupo de los aldeanos...

—¿Cuál es vuestro parecer, Esteban Nicolaevitch, sobre la parte que les corresponde?—preguntó Vorochilof con cierta dulzura de voz.

—Mmm... ¡Ah! ¡El Municipio!—dijo con mayor gravedad Goubaref, y mordiéndose un mechón de la barba dirigió una mirada torva á una de las patas de la mesa.—El Municipio... ¿comprendéis? ¡es una gran palabra! Además, ¿qué significan esos incendios... esas medidas del Gobierno contra las escuelas dominicales, los gabinetes de lectura, los periódicos? ¿Y la negativa de los aldeanos á firmar las actas que dan por terminadas sus relaciones con sus señores, y, por fin, lo que ocurre en Polonia? ¿No veis á dónde conduce todo esto? ¿No veis... mm... que tenemos ahora que confundirnos con el pueblo y conocer sus opiniones?

Una especie de agitación sorda, casi malévola, se había apoderado de pronto de Goubaref; su semblante se inflamó, su respiración se hacía difícil, pero no por eso dejaba de tener los ojos bajos y de morder su barba.

—No veis...

—Evséef es un tuno—exclamó de pronto Mad. Soukhantchikof, á la que Bambaëf, por consideración al amo de la casa, refería algo en voz baja.—Goubaref dió media vuelta y se puso á pasear por el cuarto.

Entraron otras personas: á última hora el salón estaba lleno. M. Evséef, tan maltratado hacía poco por Mad. Soukhantchikof, era uno de los recién llegados; á pesar de eso,

conversó muy cordialmente con él y le rogó que la acompañase á su casa. También estuvo en la reunión un tal Pichtchalkin, verdadero ideal de los árbitros de las paces, uno de esos hombres de que realmente necesita Rusia; poco inteligente, poco instruído, pero concienzudo, sufrido y probo; los aldeanos de su distrito le ponían por las nubes, y él mismo tenía por su propia persona gran consideración.

Presentes se hallaban varios oficiales que aprovechándose de una corta licencia acudían á Europa, para entretenerse con algunas gentes de buen humor, aun cuando pudieran ser un tanto peligrosas, sin por eso perder ni un solo instante el recuerdo de su coronel y de su ascenso, y dos estudiantes de Heidelberg, de los cuales el uno lo miraba todo con desdén, y el otro se reía de una manera nerviosa; ambos parecían no estar muy á sus anchas; en pos de ellos se había introducido un francés de aspecto bastante ruin, el cual entre sus compañeros se vanagloriaba de haber llamado la atención de las Condesas rusas; pero lo que él buscaba con más afán era una cena gratis. Por fin se presentó un individuo llamado Tito Bindasof, que al parecer era un personaje muy animado, y en realidad muy molesto, revolucionario furibundo por lo que decía, pero polizonte por naturaleza, amigo de las vendedoras rusas y de la *loretas* parisienses, calvo, mellado, borracho; entró con la cara muy encendida y derrotado, asegurando que había perdido el último cuarto en casa del «canalla de Benazet,» siendo así que sacó seis florines. En una palabra, se reunió mucha gente. Era ciertamente curioso el ver con qué respeto rodeaban á Goubaref; le sometían dudas, le rogaban que las resolviese, y él contestaba por medio de una especie de gruñido, por un movimiento de ojos, por algunas palabras sin ilación ni sentido, que eran cogidas al vuelo cual si fuesen la expresión de la más alta sabiduría. Rara vez tomaba parte en las discusiones; en cambio, los que le visitaban no permitían que decayese la polémica. Más de una vez sucedió que tres ó cuatro chillaban á un tiempo por espacio de diez minutos, y todos quedaban encantados si lograban haberse hecho cargo de lo que se decía. La conversación se prolongó hasta cerca de las doce de la noche, distinguiéndose

naturalmente por la abundancia y la variedad de los asuntos. Madame Soukhantchikof habló de Garibaldi, de un tal Carlos Ivanovitch azotado por sus criados, de Napoleón III, del trabajo de las mujeres, del mercader Pleskachef, quien, á ciencia y paciencia de todo el mundo, hizo morir de hambre á doce operarias, y que á pesar de eso y por lo mismo fué condecorado con una medalla, «por haber sido útil.» Habló también del proletariado, del Príncipe de Georgia Tchinktchéoulidzef, quien disparó un cañonazo á su mujer, y del porvenir de la Rusia; Pichtchalkin habló asimismo del porvenir de la Rusia, del estanco del aguardiente, de la significación de las nacionalidades y de su horror por todo lo vulgar; de pronto Vorochilof no se pudo contener, y sin tomar respiro, exponiéndose á ahogarse, nombró á Dreper, Firchow, Mr. Chelgounof, Bichat, Helmholtz, Star, Stur, Reiminth, Juan Muller el fisiólogo, Juan Muller el historiador, á quienes indudablemente confundía, á Taine, Renán, Mr. Chtchapof y después á Tomás Nash, Peel Green... «¿Qué casta de pájaros es ésa?» murmuró asombrado Bambaëf. «Son los predecesores de Shakespeare; forman un todo con él como los Alpes y el Monte Blanco,» repuso Vorochilof con voz sonora, y volvió á tratar del porvenir de Rusia. Bambaëf se creyó también en el caso de tocar este punto, y lo pintó con los colores del arco iris; la música rusa excitaba muy particularmente su entusiasmo; veía en ella algo «grandioso,» y para probarlo se puso á cantar una romanza de Varlamof, pero fué al punto interrumpido, por haberle hecho notar todos los presentes que lo que cantaba era el *Miserere* del *Trovador* y que lo hacía pésimamente. Aprovechando el ruido que se produjo, un oficial disertó contra la literatura rusa, otro declamó unos cuantos versos de *La Chispa* (1). Tito Bindazof fué aún más franco: declaró que había que saltar los dientes á todos los tunos, y que bastaba; sin que llegase á decir quiénes fueran aquéllos. El humo de los cigarros era mucho; todos estaban rendidos, desgañitados, tenían los ojos hinchados

(1) Periódico satírico de San Petersburgo.

y el semblante sudoso. Trajeron botellas de cerveza helada, que quedaron vacías en un abrir y cerrar de ojos. «¿En qué estaba?» dijo uno. «¿Con quién discuto?» preguntaba otro. «¿Acerca de qué asunto?» En medio de esta confusión, Goubaref andaba de una parte á otra retorciéndose la barba: unas veces atendía á lo que decían, otras soltaba alguna palabra al paso; todos convenían en que no sólo era el amo de la casa, sino también el más importante personaje de los presentes.

Á las diez le acometió á Litvinof un fuerte dolor de cabeza y se fué sin que lo notaran, aprovechando una nueva explosión de gritos de indignación. Mad. Soukhanchikof acababa de recordar una nueva injusticia del Príncipe Barnaulof, el cual estuvo á punto de hacer cortar una oreja á cierta persona.

El aire de la noche acarició agradablemente el rostro inflamado de Litvinof y refrescó sus labios secos. «¿Qué es esto?» dijo para sí atravesando una calle sombría: «¿á qué he asistido? ¿Por qué gritaban, injuriándose de tal suerte?» Litvinof se encogió de hombros, fué al café Weber, cogió un periódico y se hizo servir un helado. El periódico no se ocupaba más que en la cuestión de Italia, y el helado resultó ser muy malo. Se disponía á volver á su casa, cuando un desconocido, que llevaba un sombrero con alas muy anchas, se acercó preguntándole en ruso si no le incomodaba, sentándose junto á la misma mesa en que se encontraba Litvinof. Al fijarse en él, notó Gregorio que era aquel señor el que había visto en una esquina, en casa de Goubaref, y que le dirigió una mirada tan penetrante cuando se habló de las convicciones políticas. Durante toda la noche aquel individuo no había desplegado los labios; y aun entonces, después de quitarse el sombrero y de sentarse al lado de Litvinof, no hacía más que mirarle con un aire de benevolencia y de timidez.

(Se continuará.)



BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ⁽¹⁾

¡Selgas!—VELADA LITERARIA.—
Madrid, imprenta de D. Antonio Pérez Dubrull.—Un volumen de 114 páginas, una peseta.

En honor del inspirado vate cuya lira, dulce, suave y armoniosa siempre, vibró también para criticar con punzante y culta sátira los más arraigados vicios de la sociedad moderna, la Unión Católica celebró en la noche del 30 de abril último una velada literaria, cuya fiel expresión se halla en el librito que examinamos, pequeño en dimensiones cuanto grande en valor y mérito intrínseco. Sus primeras páginas están escritas por D. Aureliano Fernández-Guerra, quien en cortas líneas retrata á Selgas de una manera perfecta y acabada.

«Selgas, dice, sin irritar ni ofender á las clases media y elevada, pintó las flaquezas, defectos y vicios que las deslucen y desmedran, y les enseñó la hermosura, el atractivo y el camino fácil de la virtud. Selgas, sin usurpar á los sacerdotes del Señor su ministerio santo, y conversando de palabra y por escrito con los hombres, cual

amigo afectuoso en el seno de una familia cristiana, tuvo consuelos grandes para el lacerado corazón de la madre que ve muerto á su hijo, tuvo medicina eficaz para todas las amarguras é infortunios. Él se complacía en hacer amable la modestia á los ojos de la doncella honrada, mostrándose-la en una humilde flor, en la púdica violeta. Él nos advertía que el ciprés con mudas voces nos dice que hemos de aspirar al cielo. Azote de los vicios, fué con ellos inflexible y duro, ahora se envuelvan en siete varas de pardomonte ahora se vistan de frac y guante blanco.»

A esta introducción siguen ocho poesías y dos artículos en prosa, de las antiguas y más renombradas composiciones de Selgas, tres de las últimas que publicara y dos inéditas, un soneto y un fragmento de la *Introacción al Otoño*. Con decir que entre las primeras composiciones están *Las dos camelias*, *Celos*, *El sauce y el ciprés* y *¡Chist!*, entre las últimas, *La cuna vacía* y *El avaro*, y que *El crédito* y *El corazón* constituyen los ar-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

tículos en prosa, queda hecho el mejor elogio de la elección. Composiciones son todas ellas bien conocidas y apreciadas, llegando las más á ser verdaderamente populares. De las poe-

sías inéditas, el *soneto*, no publicado anteriormente, es una nueva prueba del estro y poderoso ingenio que Selgas poseía. Cedemos á la tentación de transcribirlo:

Por burla ó precaución, según se tome,
Hizo el destino, en lo que al mundo toca,
Que el hombre, concertadas lengua y boca,
Sólo pudiese hablar por donde come.
Después, temiendo que la duda asome,
Aclaró el punto y dijo: «Lengua loca,
Si es el bocado lo que á hablar provoca,
Sirva de freno, y la palabra dome.»
Mas hallaron su vez los charlatanes,
Y de comer y hablar fijaron modos,
Diversos sí, pero á la par sencillos:
Cumplidos están ya tantos afanes,
Pues bien se ve que hablando por los codos,
Comen más y mejor á dos carrillos.

Respecto del fragmento inédito *Introducción al Otoño*, creemos que nada le aventaja de cuanto Selgas escribiera anteriormente. Es un trozo bellissimo, inmejorable, de poesía descriptiva.

En honor del poeta, sus hermanos en el arte Arnao, Grilo, Godró Gómez, Sánchez de Castro, García Romero, Fombona, Sandoval y Vera é Islá, tejieron una corona de bellas composiciones que ocupan 20 páginas del libro, al que pone digno remate el *Elogio de Selgas*, hecho por el señor D. Alejandro Pidal y Mon, en un discurso tan sentido y correcto como gallardamente escrito, del cual, para muestra, presentamos estos párrafos, que encierran en admirable síntesis todo un juicio del carácter distintivo de las producciones del poeta:

«No: la naturaleza que Selgas canta no es la naturaleza hecha Dios, ni los dioses hechos naturaleza, ni una naturaleza sin naturalidad, ni una naturaleza sin Dios, sino la que creó, conserva y gobierna Dios como palacio del hombre rey y como templo del Sér Supremo, que la sacó de la nada con una sola palabra, para muestra de su poder y como espejo de su hermosura.

»Selgas, ejerciendo el ministerio sublime del artista, *idealizó lo sensible y sensibilizó lo ideal*; personificó

en las flores y las aves las ideas y los sentimientos del espíritu. Pintó en la naturaleza á Dios, y nos dió, sin quererlo, el propio retrato de su alma como hecho á imagen y semejanza del Altísimo.

»Porque Selgas, como era bueno, como era suave, como era pacífico y manso de corazón, no prefirió personificar en la naturaleza los atributos terribles de la divinidad, pintándonos su ira en la tempestad, su voz en el trueno, su grandeza en el mar, sino que quiso pintarnos en las flores los reflejos de su belleza, de su bondad y de su providencia.

»Por eso, aunque su libro fué la creación, y en su inspiración tuvo tanta parte el sentimiento de la naturaleza, no fué ésta su musa, como á primera vista aparece; su musa tuvo más alto vuelo y más elevado origen: la musa de Selgas fué la virtud.»

Con esto, y con añadir que el libro está esmeradamente impreso y que el producto líquido de su venta se destina á la suscripción abierta en favor de la viuda de Selgas, creemos haber hecho la mejor recomendación de tan interesante obra.

C.

* * *

Juan Pérez de Guzmán.—*La discusión parlamentaria del Tratado de Comercio con Francia bajo el punto de vista del trabajo y de la riqueza nacional*—Imprenta de Manuel G. Hernández.—Madrid.—Precio, 5 pesetas.

El libro cuyo examen pretendemos hacer todo lo más brevemente que nos sea posible, es, sin duda, de los más útiles y dignos de estudio que se han publicado en España. Para comprenderlo así, basta fijarse en el problema que le sirve de base: la cuestión económica; y en el fin á que se encamina: el examen del tratado de comercio últimamente celebrado con Francia y sancionado como ley después de los debates de que ha sido objeto en ambas Cámaras.

Este importante estudio económico, dedicado por su autor al Sr. Conde de Toreno, empieza con una notable introducción histórica, en la que se analiza con gran cuidado y no pocos antecedentes el problema económico. Entiende el Sr. Pérez de Guzmán que «no puede aspirar la Hacienda, por más que bajo distintos nombres venga desde 1834 tomando sobre sí el cuidado de todo el proletariado de levita, que antes acudía á vestir la cogulla y á devorar la suculenta sopa del convento, á deshacer en sus garras toda la sustancia de la Nación. No han bastado los estragos de la inhabilidad, de la imprevisión y de la falta de sistema nacional político para que entre guerras devastadoras y tratados onerosos hayamos ido sucesivamente perdiendo cuanto constituyó el edificio de nuestro poder, desde la Italia y Flandes, que se llamaron nuestras, hasta la América española, y desde el litoral africano en los dos mares, al que no podríamos renunciar, aspirando al título de gran Nación y á poseer las guardas naturales de las fronteras, hasta Gibraltar, ignominiosamente convertida en un punto estratégico militar por una gran potencia en nuestro propio territorio, que por ella nos abre perennemente el umbral del hogar patrio á las invasiones extrañas, y nos impone un perpetuo y bochornoso veto á las llaves del Mediterráneo. La imprevisión y la falta de sistema

económico político nos han enajenado ya—Dios quiera que no sea para siempre—la mejor parte de lo que constituye nuestro capital integral de la Nación, aquel capital que no se mantiene con armas insuficientes, sino por la comunicación, el interés y la fuerza de las relaciones político-económicas, cultivadas con la frecuencia y el tráfico. Al capital integral de la Nación virtualmente se le ha desposeído, de algún tiempo acá, por esta sobra de imprevisión y esta falta de sistema, de los territorios donde no hemos podido hacer efectiva nuestra soberanía, aun después de habernos sido reconocida, como en Borneo y en Santa Cruz de Mar Pequeña. Al capital integral de la Nación se le ha desposeído de las provincias cuya explotación directa no podemos sostener por falta de capitales, naves y empresas: entrando en este número hasta las provincias marítimas más cercanas á nosotros, como las Canarias y Baleares, abandonadas al tráfico exclusivo de franceses, ingleses é italianos. Al capital integral de la Nación se le ha desposeído de sus caminos de hierro y sus minas, entregadas á la posesión y al monopolio extranjero, que se lleva los minerales en bruto y sostiene altas las tarifas para que la facilidad y baratura del transporte no sea auxiliar de la industria. La Hacienda, entretanto, que ha descuidado ó ha vendido intereses de importancia tan superior, en pocos años ha agotado todos los recursos del crédito, agobiando al País con una deuda espantosa de 40.000 000.000, cuyos intereses solos bastan para someter al Estado á una esclavitud perenne y á impedir á la Nación todo próspero desenvolvimiento. La Hacienda ha devorado en pocos años el cuantioso importe de toda la desamortización civil y eclesiástica. Ahora que ya ha acabado con la inmensa masa de la propiedad nacional; ahora que ha llegado á los límites del crédito, ¿qué le queda que hacer en su enorme avaricia? Recargar los impuestos y fomentar las aduanas, aunque perezca el País. Á esto se reduce el plan completo económico-administrativo de que el tratado de comercio franco-español forma parte.»

Las Cámaras españolas han demostrado, mediante la discusión de este asunto importantísimo, el gran número de oradores brillantes y de sabios estadistas con que cuentan, y el señor Pérez de Guzmán, con sólo reproducir los párrafos más importantes de cada discurso, nos ofrece un libro por todo extremo interesante, enriquecido además con notas, comentarios, citas y consideraciones que acreditan sus especiales dotes para este linaje de estudios. Convencidos, como lo estamos, de la grandísima importancia que tienen para el País estas cuestiones y de la urgente necesidad de que se propaguen y difundan las incontrovertibles verdades que se deducen de la ciencia económica, nos proponemos bosquejar el cuadro de nuestro actual orden de cosas á propósito de la discusión del tratado de comercio, para sacar en consecuencia, previos los datos indispensables, los resultados que hemos de tocar en lo sucesivo y el porvenir que aguarda, conocida la vigente legislación, á nuestros intereses industriales, comerciales y agrícolas.

El Gobierno de la revolución, dueño de los destinos del País en 1868, se propuso otorgar los laureles de la victoria á la escuela de los librecambistas, si no llegando al librecambio precisamente, acercándose á él todo lo más posible, para lo cual aceptó una fórmula que consistía en lo siguiente:

Se convino en que en el año 1869 desapareciese todo derecho superior al 30 y 35, reduciéndose á ese tipo todos los existentes entonces que fueran mayores; á los seis años empezaban á rebajarse los derechos que se llamaban extraordinarios, es decir, los que mediaban desde el 15 al 30 ó 35 respectivamente, se iban reduciendo hasta llegar al límite de los derechos fiscales, ó lo que es lo mismo, al 15 por 100, que se admitía ya como verdadera solución.

El Sr. Figuerola aceptó indudablemente este criterio como una transacción con los proteccionistas, pues de otro modo no se comprende ese aplazamiento de la reforma arancelaria que sólo iba desenvolviéndose por series de años, razón por la que el se-

ñor Carvajal calificó este sistema de oportunismo económico.

¿Cuáles fueron los resultados de la reforma de 1869?

Según el criterio de los librecambistas, á pesar de los contratiempos de la revolución y de la guerra civil y la suspensión en el cobro de las contribuciones, la prosperidad fué notoria. Según el Sr. Ruiz Gómez en 1880, con un comercio de importación de 546.767.874 pesetas, recaudamos 81.549.837 pesetas, y este es el mejor elogio de la reforma arancelaria de 1869. Justo es confesar que ni conservadores ni proteccionistas negaron el desarrollo de la industria española en los treinta últimos años; pero oigamos lo que sobre este particular decía el Sr. Romero (D Vicente); persona de gran sensatez y de especiales conocimientos en la materia: «Si hemos progresado es porque vivimos en el concierto de las naciones civilizadas; pero hoy estamos más separados del comercio general del mundo que cuando empezaron las reformas. Coged cualquier estadística de una nación fuerte y poderosa; mirad de qué manera comerciaba y fabricaba en aquella época; coged enseguida la estadística española, comprobada con el movimiento general del mundo y veréis cómo vamos á la zaga de ese movimiento, cómo hoy estamos más distantes del punto culminante á que esas naciones llegan que lo estábamos entonces.

.....

»Cierto, ciertísimo que hemos aumentado nuestro comercio; cierto, ciertísimo que hemos aumentado nuestra industria; lo que no es cierto, lo que no es verdad, es que le hayamos aumentado á proporción que las demás naciones; y no hemos aumentado, porque hemos seguido procedimientos diferentes á los que han empleado las demás potencias. Nosotros hemos tenido el prurito de querer enseñar al mundo entero; hemos querido implantar teorías muy buenas para una academia, para discutidas entre jóvenes ó personas aficionadas á estos estudios; pero es necesario desengañarse: la gobernación de los Estados es cosa por completo diferente

de los sueños que tengan los oradores de los Ateneos.

«Sabido es que durante el período revolucionario de 1869 á 1875, nunca gozó el País de completa tranquilidad. Ocupado el Mediterráneo por buques de guerra insurrectos, y en poder de los cantonales de Cartagena también el comercio marítimo, tuvo que sufrir continuas perturbaciones, y fijándose en este punto, afirmaba el Sr. Baró que así se explicaba el todo el aumento que por ese tiempo tuvo la industria, encerrada en la necesidad de dar por sí abasto á las exigencias del consumo interior, y no debiéndolo á la reforma del arancel.»

La verdad del caso es que nosotros los españoles, rebajando generosamente los derechos de introducción, en virtud de las reformas de 1869, sólo conseguimos que los demás Gobiernos, aprovechándose de nuestra imprevisión, nos tomasen una vez más por el Hidalgo manchego. Mr. Rouher y los Ministros franceses—como decía el Sr. Silvela (D. Manuel) en el Senado—«lo mismo del Imperio que de la República no nos hicieron una rebaja de un céntimo en el arancel.»

La proclamación del Rey legítimo y el primer Gobierno de la Restauración vinieron á remediar las generosas é impremeditadas franquicias que concediera España á las demás naciones durante el período de 1869 á 1875; y justo es confesar que en este punto no pudo ser más discreta y más hábil la actitud del Gobierno conservador, como lo demuestra el convenio celebrado con Francia en 1877, cuyos beneficios resultados no se han atrevido á negar los economistas de todas las restantes agrupaciones políticas.

Pero basta de historia y procuremos, en breves consideraciones, exponer las fases sobre que descansa el Tratado de 1882

Aunque sea poco ha'agüño para los españoles, preciso es reconocer que para el Tratado últimamente celebrado con Francia, nos faltaba lo principal: los datos. Para vergüenza nuestra, todos los que han servido para los arreglos con Francia han sido tomados de la estadística francesa y del *Almanaque de Gotha*. Pero deje-

mos á un lado estas consideraciones y vamos al asunto capital. La base fundamental del tratado de 1882 ha sido la protección á la agricultura, representada en los vinos por haber sido durante los últimos años nuestro primer artículo de exportación. Ahora bien; prescindiendo de que se trata de una industria poco segura y firme, para echar todo el peso en la balanza, y de que Francia nos compra en cantidad extraordinaria porque la filoxera le ha hecho perder 500.000 hectáreas de viñedo y tiene ya atacadas otras 600.000, aun tiene el tratado otros dos puntos flacos dignos de mención: el principio de reciprocidad reconocido en la aparente igualación de derechos y la escala alcohólica. Por la primera de estas condiciones, los vinos franceses al entrar en España no estarán sujetos á escala alcohólica ninguna, y pagarán 5 francos hectolitro para los espumosos, que antes pagaban 20, y 2 para todas las demás clases.

Con razón afirmaba el Sr. Alonso Pesquera que no se comprendía cómo nuestros negociadores accedieron á tales condiciones, no pudiendo desconocerse tampoco en cuanto á la gran rebaja de los vinos espumosos, la gran importancia que encierra para la producción vinícola francesa. Además, esto puede producir la ruina de la industria de los vinos espumosos que empezaba á desarrollarse en Jerez, Reus, San Saturnino y otros puntos.

El Sr. Alonso Pesquera hacía la comparación de derechos de los vinos en el tratado con Francia, de la manera que sigue: «*Vinos españoles*.—Un hectolitro de vino español vale, por término medio, 20 pesetas. Derechos que tenemos que pagar según el Tratado, 2 pesetas. Tanto por ciento que resulta, 10 por 100 sobre el valor de la mercancía. ¿Creen los señores de la comisión que el tipo de 20 pesetas es pequeño? Pues fijemos el de 30, que es el valor del hectolitro de vino en la Rioja y en Navarra. Derecho según el Tratado, 2 pesetas. Tanto por ciento que resulta, 6 $\frac{2}{3}$ por 100 del valor del vino.—*Vinos franceses*.—Impuesto que satisfarán á su entrada en España—Vinos espumosos.—Un hectolitro de *Champagne*, que son 120 bo-

tellas próximamente, á 5 pesetas una, vale 600 pesetas. Derecho 5 francos. Tanto por 100 que resulta, 0,83 céntimos.—Vinos no espumosos, es decir, vinos de *Bordeaux*.—Un hectolitro de vino de Burdeos, que tiene 125 botellas por término medio, á 5 francos una, vale 625 pesetas. Derecho sobre este vino, 2 francos. Total á que asciende el tanto por ciento del derecho arancelario que tiene que pagar á su introducción en España, 0,32. De suerte que treinta y una veces más pagan de derecho arancelario nuestros vinos al entrar en Francia, que pagarán los vinos franceses á su entrada en España.»

Pero lo más grave, lo más absurdo, es el restablecimiento de la escala alcohólica que ya habíamos conseguido desterrar en 1877, bajo el Gobierno conservador.

Los mismos negociadores del Tratado declaran que lucharon con toda energía para que la escala alcohólica no se restableciese, y su única defensa consiste en haber conseguido para la importación de nuestros vinos el derecho de 2 francos.

Pero como observaba el Sr. Conde de Toreno, este beneficio no era real, pues divididos ahora los vinos para el devengo en dos partes, unos salen con ventaja y otros con evidente daño. En efecto; del resumen de los cuadros presentados en comprobación de su aserto y con arreglo á lo convenido en el Tratado, si de las 1 939 clases analizadas en la Exposición vinícola de 1877 y cuya producción está clasificada por provincias, los vinos que no excedan de 15° sólo pagan 2 francos, su número será de 1.169; mas ascenderá á 1.770 el de las que devengan más de los 2 francos.

Comprendiendo sin duda los negociadores franceses que el pensamiento capital de nuestros comisionados consistía en fomentar á toda costa la extracción de vinos, la comisión de Francia se propuso á su vez sacar todas las ventajas posibles para su industria. Con este fin impuso las tarifas anejas, cuya admisión ha sido muy censurada.

Los Sres. Conde de Toreno, Bosch y Labrús, Alonso Pesquera, Baró,

Ferrer y Vidal y otros distinguidos oradores que impugnaron el Tratado, han demostrado con números, con la lógica inflexible de las cifras, las terribles consecuencias que éste ha de tener para nuestra industria nacional.

El Sr. Albacete sostuvo en el Congreso que «no comprendía la existencia de los tratados de comercio sin tarifas anejas, porque un tratado de comercio por el cual recíprocamente no se limitan las facultades de las dos naciones contratantes, ó tiene que ser un contrato leonino ó es un contrato enteramente ilusorio; y que la existencia de las tarifas anejas, lejos de considerarse como inconveniente, no era sino como una gran garantía para impedir que el día de mañana nos viésemos con Francia en iguales ó parecidas condiciones á aquellas en que nos encontramos con Austria.»

Pero desgraciadamente no basta para consuelo de los que tan comprometidos encuentran los intereses de la industria española, que hombres de reconocido talento como el Sr. Albacete se vean en la necesidad de defender las consecuencias de un tratado de las condiciones del de 1882. Nosotros, que no tenemos para qué traer á este lugar ninguna cuestión política, debemos únicamente afirmar que, bajo el punto de vista más serio, más fundamental, más grave para los intereses de la Nación, bajo el punto de vista económico, el Gobierno que actualmente preside el Sr. Sagasta no ha podido ser más dañoso ni ejercer una influencia más perniciosa para la riqueza y prosperidad relativas, de que tras largos y continuados esfuerzos disfrutaba el País.

Hemos apuntado, para hablar con más exactitud, algunos datos y cifras, de cuya autenticidad no es legítimo dudar ni por un momento. Con relación á la industria vinícola, base sobre que descansa el tratado de 1882, punto de preferencia de nuestros comisionados en París, basta leer algunos de los párrafos de los notabilísimos discursos pronunciados por los señores Conde de Toreno y Alonso Pesquera en el Congreso, para convencerse de que ni aun á trueque de tantas concesiones como se han hecho, hemos lo-

grado burlar la astucia de los negociadores franceses, ni siquiera sustraernos al absurdo restablecimiento de la escala alcohólica.

En cuanto á las industrias propiamente tales, ¿qué podemos decir? ¿A qué citar cifras ni hacer estados comparativos?

Bástenos saber que á costa de éstas y con perjuicio manifiesto de los intereses que representan, es como únicamente se han llevado á cabo las ventajas que nuestros comisionados se propusieron sacar de la extracción y comercio de vinos.

Así se justifica perfectamente que el Sr. Romero Robledo al ocuparse de la marcha del actual Gobierno, bajo el punto de vista de los intereses materiales del País, dijera en el Congreso:

«Por medio del Tratado dejáis sujetas las tarifas arancelarias para que el Gobierno que os suceda no las pueda alterar; por la conversión de la Deuda dejáis hipotecados los productos de la contribución, y ya no habrá Deuda pública, como no habrá crédito, porque la habréis convertido toda en deuda privilegiada; habéis elevado el impuesto á los límites de la confiscación; ahí están los contribuyentes que claman, que muestran su dolor por manera inusitada; los industriales cierran sus talleres y los comerciantes sus tiendas para abrirlos después, como en protesta muda y silenciosa ¿Qué han de hacer para abriros los ojos y para que meditéis en su situación? En la contribución territorial anunciáis un beneficio y dais un desengaño; en el enredo de vuestra administración, repartís el impuesto en una provincia ó en otra, como se os antoja, y cuando se levanta el clamor público y se manifiesta la imposibilidad de mantener el absurdo, deshacéis lo hecho, como en

Burgos y en Murcia. ¿Qué interés representáis? Ni la industria ni la propiedad. Con los consumos, no sabéis si marchar adelante ó retroceder, y ya estamos en el segundo trimestre de este medio año económico. ¿Qué porvenir ofrecéis para que algún partido desee vuestra herencia? Habéis vivido holgadamente, tranquilos y satisfechos, atribuyendo á vuestro propio mérito los ahorros de la administración liberal-conservadora; ella os dejó crédito, orden asegurado, bienestar en el País. Cuando habéis gastado los ahorros y cuando empezáis á querer sosteneros con vuestras propias fuerzas, por todas partes cunden los clamores, las quejas, los lamentos. Os habéis quedado sin representación alguna. ¿Qué interés tenéis á vuestro lado? El de las clases pasivas. Y un Gobierno representativo que únicamente ha podido ganar este apoyo en el País, ¿entendéis, liberales de todas las escuelas, que puede vivir, que puede sostenerse en pugna con todo el país contribuyente? Yo lamento las desdichas de mi Patria, pero yo digo que cuando se pide al contribuyente lo que no puede pagar, es inútil que se decida á entregar su propiedad, porque nó es posible que se establezca la esclavitud en nuestro suelo para que el Gobierno triunfe y viva.»

De este modo y con arreglo á datos estadísticos es como mejor se comprenden las deficiencias del poder. El libro del Sr. Pérez de Guzmán es en este sentido un poderoso elemento de ilustración para las personas que juzgan con entera imparcialidad y con el único deseo de tener conocimiento de las cosas, á la vez que un arma terrible y diestramente dirigida contra el Tratado de Comercio de 1882.

H.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



ODO pasó. ¿Han sido ilusiones de loca fantasía aquellos discursos semiautocráticos, semifamiliares de un Presidente del Consejo sentenciado á nadar entre dos aguas, que ora le empujaban al Capitolio, ora parecían precipitarle por la roca Tarpeya?... ¿Fué un sueño la rebeldía de los Linares y los López Domínguez, los Balaguer y los González Fiori?... ¿Se ha hablado alguna vez en el recinto de las Cámaras, bajo el feudo-Sagasta, del juicio oral y de la base 5.^a, de los consumos y el tratado de comercio con Francia, de la Hacienda de Ultramar y de la ley provincial, de indemnizaciones y ferrocarriles?...

Hace unos cuantos días que las Cortes suspendieron sus tareas, y apenas recuérdase ya el objeto de las que últimamente han ocupado á los padres de la Patria. Tan escasa huella han dejado en la opinión, acostumbrada á prescindir de lo accesorio para fijarse en lo principal. Y lo principal es que el País está siendo víctima de la más terrible de las persecuciones: la persecución del fisco, que mientras en el Parlamento se reclamaban promesas empeñadas y no cumplidas, se apellidaba libertad y se discutían conceptos más ó menos huecos, sentía sobre sí, y sigue sintiendo, la abrumadora carga de crueles exacciones, que, á título de redención económica, se perpetrán con irritantes alardes de atropello, á favor del empleo de la fuerza pública, contra el exiguo haber del desdichado contribuyente. Cuando la historia, juez inapelable de pueblos y Gobiernos, pronuncie su fallo, imparcial y desapasio-

nado, acerca de la significación del Gabinete Sagasta, se limitará á escribir cuatro palabras que habrán de servirle de epitafio:—Arruinó á los españoles.

Ni las sutilezas y ergotismos de ese Justiniano de nuevo cuño, á quien llaman Ministro de Gracia y Justicia, porque algo han de llamarle; ni los fracasos diplomáticos de un Metternich de guardarropía, que se ha acostumbrado á salir á desaire por negociación; ni la imperturbabilidad ya crónica del antiguo explotador de inspiraciones alquiladas que ahora malogra sosegadamente, acariciando la sospecha de que gobierna en Ultramar; ni los incorregibles desafueros de D. Venancio, ni siquiera las repetidas palinodias del héroe de Sagunto, ni las características despreocupaciones del Czar de la Marina, nada solicitará la preferente atención de los políticos y los historiadores del porvenir (y cuidado que hallarán materia para muchos libros); nada les pondrá en aptitud de adivinar las venturas de que hoy gozamos, regidos por este Gobierno ¡ay! que no merecemos, como las leyes procedentes de la iniciativa del Sr. Camacho, sus celebérrimas reformas financieras, la revolución anárquica y desquiciadora que á lo somormujo ha consumado en todo lo que dice relación á los intereses materiales de la Patria.

Esta es la nota saliente entre los desaciertos del bando dominante; es el timbre más ilustre de la situación constituida el 11 de febrero de 1881.

Los embargos á la orden del día; la apelación á la violencia, como único elemento de la administración; la infantería y la caballería desplegadas con solemne aparato para el cobro de un recibo... tal es el espectáculo á que, con escarnio propio, vivimos condenados.

De ahí el motín diario, la intranquilidad en los ánimos y el vacío en los bolsillos, un malestar general que se revela en cuantas manifestaciones realiza la opinión pública... Y de ahí la persecución á la prensa, el nepotismo ministerial, y por resultado de todo, la miseria de chaqueta y de levita, el crecimiento de la emigración y de la mendicidad vergonzante... ¡Nefanda gloria la de los triunfos del Sr. Camacho!...

*
**

Pero hay otro gobernante (digámoslo así) á quien de propósito omitimos en la anterior referencia, porque también merece párrafo y hasta procesamiento aparte.

Ahora pasea su gentil figura por el Noroeste de España, rodeado de secuaces que le miman, de empleados que le temen, de empresarios que le festejan, de cocineros que le ahitan...

¿Qué sería sin él de este churrigueresco cuadro de la dominación fusionista? Él hace y deshace, crea y destruye, afirma y niega, se envanece y se equivoca... Sus prodigalidades ferrocarrileras y sus espontáneos arrepentimientos llenan una curiosa página de la crónica gubernamental del afortunado momento histórico presente.

Todo se ha olvidado... hasta la proyectada formación de la izquierda dinástica, democrática pancista, todo menos los embargos de Camacho y las distracciones de Albareda.

Aun se discute la provisión de la cátedra de Teruel, en cuyas aras han sido sacrificados los merecimientos de antiguos é inteligentes funcionarios. Como si no fuese el Ministro el primero á quien condenase á cesantía la lógica en que se ha pretendido fundar la de aquellos celosos servidores del Estado.

—¡Abajo las ternas para la provisión de cátedras!—dijo el Sr. Albareda, según se cree, á los postres de un almuerzo.—Que sea el tribunal de oposiciones el que designe el catedrático... ¡Arriba la propuesta unipersonal!

Y en efecto, desaparecieron las ternas... y se verificaron los primeros ejercicios á que había de aplicarse el novísimo sistema. Los jueces propusieron un candidato para la cátedra de retórica y poética de Teruel... y el Ministro nombró otro que no iba propuesto. ¡Buen principio!... ¿Qué era lo que había pasado?...

Los Sres. Marqués de Pidal, en el Congreso, y Mena y Zorrilla, en el Senado, han expuesto el caso con singular claridad y competencia. Ellos demostraron con razones incontestables que el Ministro no supo lo que firmaba al resolver el expediente de la famosa cátedra de Teruel, y que ignoraba también lo que pretendió rectificar, entonando un

mea culpa tan ridículo como depresivo para su autoridad y el prestigio de su cargo. Basta exponer sucintamente los hechos para que se forme imparcial criterio.

Al votar el tribunal que presidió las oposiciones, resultó empate entre los candidatos Sres. Calvo y Gutiérrez. Hubo que apelar, para decidir, á compulsar los méritos anteriores de cada uno, según lo dispone la ley, y no existiendo acreditados aquéllos por ninguno de los dos interesados, se atuvo el tribunal á la fecha respectiva de la posesión del título de licenciado en filosofía y letras. En este concepto, el Sr. Calvo era más antiguo, y el tribunal lo propuso, en su virtud, para la cátedra.

Pero se enteró de lo ocurrido el Sr. Gutiérrez, y acudió con una instancia al presidente del tribunal, manifestando, dentro del plazo reglamentario, que al presentarse á estas oposiciones había acudido al Ministerio de Fomento en solicitud de que, cuando se formase su expediente, se uniese á él certificación de haber sido con anterioridad propuesto en segundo lugar para otra cátedra de la misma asignatura.

¿No aparecía ese dato entre los documentos que el tribunal había tenido á la vista? ¿Por qué? Y de cualquier modo, ¿cómo había de perjudicarle una omisión de que no era responsable, dimanando sólo de descuido ó malicia del negociado correspondiente?...

Esta es la cuestión. El presidente no volvió á reunir el tribunal, porque encontró obstáculos materiales para ello. Elevó al Ministro la propuesta á favor del Sr. Calvo, y manifestó, no obstante, que de haberse tomado en cuenta el certificado aludido, el derecho superior del Sr. Gutiérrez era indudable. Pasado el asunto á informe del Consejo de Instrucción Pública, opinó que el Sr. Gutiérrez era, en efecto, el que debía obtener el nombramiento. El Ministro, de acuerdo con el Consejo, le nombró.

Hasta aquí los antecedentes. El Sr. Albareda ha renegado luego de su firma; dice que ha sido sorprendido, y toca el cielo con la mano.

Como arguyó oportunamente el Sr. Isasa, todo el conflicto depende de la impremeditada reforma que estableció la pro-

puesta unipersonal. El derecho es sin duda del Sr. Gutiérrez; pero la ley ampara al Sr. Calvo, que fué, en definitiva, el único propuesto por el tribunal de oposiciones.

El Ministro ha procedido en este asunto con una ligereza verdaderamente incalificable. Como en todos.

—
¿Y lo de Saida? ¿No estaba pactado que se nos daría desde luego una indemnización por los atropellos cometidos contra nuestros hermanos residentes en Argel? El Gobierno lo había asegurado solemnemente. Francia nos entregaría la suma de 900.000 francos con aquel objeto...

Pero los laureles fusionistas se secan apenas son sembrados... Ya no hay indemnización, ni respeto al pacto celebrado, ni consideración alguna para con España. Las Cámaras francesas se han negado á sancionar el acuerdo diplomático... ¡Y el Sr. Marqués de la Vega de Armijo tan satisfecho como si nada hubiera pasado!...

¿Qué extraño es, después de todo, que hasta el Uruguay se atreva con nosotros y nuestro nombre sea allí befado y escarnecido? Es otro de los blasones de la gobernación fusionista. Un destacamento uruguayo ha preso, golpeado y ahorrado á un español (llamado José Olivares) que con otros trabajaba en la construcción de cercas.

Á los diez días de un tratamiento bárbaro, empeñóse el jefe del destacamento, un capitán Ortega, en que Olivares vistiese, como sus compañeros de infortunio, el uniforme uruguayo. Negóse á ello, y arrojó al suelo la ropa que le ofrecían, lo que bastó para que un sargento lo derribara á sablazos y para que el capitán Ortega le diera con un revólver terribles golpes en la cabeza, de cuyos efectos falleció al día siguiente.

Pocas semanas hace que el Gobierno uruguayo, cediendo á la presión de los cañones italianos, y no á las exigencias de la justicia, satisfizo una de las tres reclamaciones presentadas ante él por otras tantas naciones agraviadas.

¿Podremos aspirar á que se nos den las satisfacciones á que tiene derecho España?...

*
* *

Viajan los Ministros en busca de zalemas oficiales, y viaja también la hueste descontenta de la mayoría, predicando la buena nueva. El Sr. Balaguer ha explicado á sus electores el apartamiento en que se halla respecto del Gobierno. El autor de las *Bellezas de Cataluña* no quiere ser un centralista más; no quiere cooperar á la formación de una segunda unión liberal, en detrimento de sus principios. Eso podía haberlo hecho con O'Donnell, en mejores condiciones que en la actualidad. Opina que se ha de cumplir en el poder lo que en la oposición se ofrece, y que se ha de obrar así, sin subterfugios, ni debilidades, ni aplazamientos. Á este objeto considera que debe formarse una izquierda liberal al calor de la influencia de las provincias, para que desde ellas refluya el movimiento á Madrid, es decir, al centro de España. Quiere una izquierda con soluciones muy liberales, que se presten á la patriótica evolución de los partidos y de los hombres amantes de la Patria y de la libertad.

Hé ahí el programa de los disidentes. ¿Con qué elementos cuentan éstos? ¿Acaso con los demócratas?... Si demócratas siguen llamándose los amigos del Sr. Moret, indudable es que con su concurso cuenta el partido en capullo. Los moretistas han llevado á tal punto sus complacencias, que ya hasta á la Constitución de 1869 han renunciado, aceptando la de 1876. Pero ¿y los demás matices de la democracia?...

El Sr. Martos verá con benevolencia la formación de la izquierda dinástica, siquiera se quede á la puerta de la casa, sin aventurarse á entrar en ella. Espera sin duda apropiársela cuando la tiren por la ventana.

El Sr. Ruiz Zorrilla... El Sr. Ruiz Zorrilla ha aprendido que hay en España una manera cómoda, holgada y hasta divertida de hacerse notable, y esta manera es la que con habilidad, que por otra parte suele ser frecuente, ha empleado durante siete años el exministro de D. Amadeo.

Completamente desacreditado como hombre político, cuando abandonó esta clásica tierra de progresistas y disidentes; falta de talla política para ser jefe, no de un partido, pero ni de una insignificante bandería, apela al recurso de vivir en París, pasear y hacer la víctima, llorando las desventuras de

la Patria, mientras despacha su almuerzo en la *Maison dorée*, ó deleita su oído con las notas de Masini en la Gran Ópera. Esta figura del desterrado, recurso á que apelan los hombres de escaso valer cuando comprenden que de cerca no son temibles, es lo que hoy trae revueltas á las gentes, al solo anuncio de que piensa regresar á España.

Para nosotros, sin embargo, no tiene importancia alguna la vuelta del Sr. Ruiz Zorrilla; lo mismo que ahora, ha podido venir hace seis años, aceptando lo que ahora habría de aceptar; y si viene y acepta, claro está que ese pomposo destierro y esas lágrimas de víctima estaban completamente fuera de lugar. Apresúrese á tomar una resolución; aunque, de todas suertes, vamos recelando que ha de perder la jefatura con que se engalana; si se queda allá, porque los de aquí piensan en nuevos jefes que los lleven al combate, quizá abdicando sus antiguos ideales, á pesar de la integridad tan decantada de la democracia española; y si se decide á venir, porque se despoja de la importancia que le da... no su valer ni sus ideas, sino el *boulevard de Capuchinas* y el *café Riche*.

Desde París puede parecer el jefe; en Madrid, al lado de Martos, Montero Ríos, Moret, Echegaray, y aun otros varios demócratas de reconocido talento, es difícil que no se convierta en lo que, por sus condiciones, está llamado á ser: en soldado de fila y nada más.

De cualquier modo, los que aun esperan algo del desterrado en París, como los que todavía sueñan con el pacto bilateral, conmutativo sinalagmático, son elementos fatalmente destinados á vivir fuera de la legalidad. Bien que escasos en número y en fuerza.

*
* *

Preocupa en general, y no sin motivo, el estado de postración de nuestra marina de guerra, escasa y mal acondicionada. Entre buques de primera, segunda y tercera clase y exentos de clasificación poseemos 150, de los cuales algunos no están terminados y otros resultan inservibles: cinco fragatas blindadas, doce de hélice y el resto vapores, cañoneros, transportes, botes portatorpedos, pontones y remolcadores. El País

mira con pena estos datos, que nos condenan á uno de los últimos lugares en el cuadro estadístico de las potencias marítimas de Europa, y la opinión unánime reclama pronto y eficaz remedio.

¿Cuál? La construcción de nuevos barcos y la recomposición de los existentes, cosas ambas que el Gobierno no parece dispuesto á realizar. Ante esta pasividad de los elementos oficiales, ha escrito gallardamente un ilustrado periódico, *El Correo Militar*, las siguientes líneas, que responden sin duda al sentimiento general de la Nación:

«¿Hemos de permanecer inactivos, contemplando apesadumbrados esa barrera de lo imposible que pretende levantarse entre la opinión, que pide marina de guerra, y el fisco, que se declara impotente para costearla?... No; basta que sacudamos nuestra proverbial pereza; la iniciativa del País resolverá éste como ha resuelto tantos otros problemas de gobierno. Es preciso demostrar que somos siempre el pueblo que alentó á Colón, la patria de Hernán Cortés, de D. Juan de Austria y el Marqués de la Ensenada, de El Cano, Churruca y Méndez Núñez.

»Unamos los esfuerzos individuales, y el resultado será infaliblemente una solución: la más patriótica, la más entusiasta... y la más práctica.

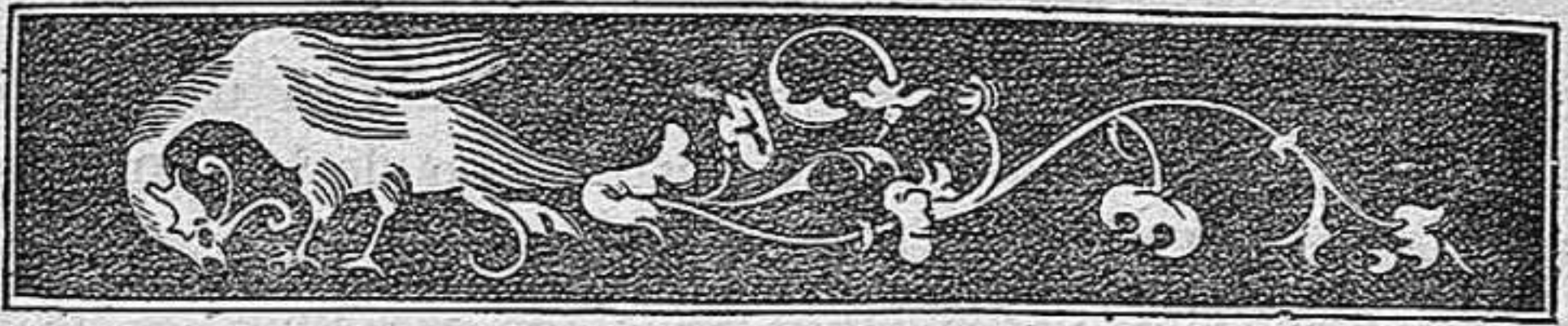
»España en masa, desprendida y animosa, tiene derecho á decir á la España oficial, empobrecida y anémica: Toma lo que te hace falta para que ambas seamos lo que debemos ser y lo que fuimos... Toma el fruto de mi trabajo, un pedazo del pan de mis hijos, una gota de la sangre de mis venas... Toma ese oro, que ha de ser el precio de nuestra redención marítima.

»Y los arsenales recobrarán la animación perdida, y los adelantamientos modernos prestarán su concurso á la construcción de nuevos buques, y el pabellón español ondeará orgulloso por toda la superficie de los mares, sin que para él vuelva á ponerse el sol, que fué vasallo leal de Carlos V.»

Nunca mejor que ahora ha podido escribirse sobre el frontispicio de la fusión el dístico de Milton:

Per me si va tra la città dolente...

R.



REVISTA EXTRANJERA



UERZA es volver á Egipto.

Pero debemos antes dos palabras á los lectores.

Disfrazado con el nombre de *Revista Extranjera*, apareció en el último número de la REVISTA CONTEMPORÁNEA un retazo histórico que ni poco ni mucho correspondía al título que llevaba.—¿Qué es esto?—se preguntaba el mismo autor de aquellos conceptos.—Estas palabras las escribí, y sin embargo, no parece el artículo de que formaban parte. ¿Dónde está mi artículo?

Supimos luego que había ocurrido en la tirada un *quid pro quo* tipográfico. Lo impreso era algo menos que el exordio del discurso, menos que el prólogo del libro, mucho menos que la sinfonía-introducción de una ópera; era cualquier cosa, excepto una revista. El artículo se había quedado, huérfano de sus antecedentes históricos, en los *galeries* de la imprenta... Galera ó galeota siquiera, y no galerín, merecía sin duda el menguado; pero el sentimiento de paternidad no había de permitir los desafueros que no consiente un fraile de la Merced al ver un pobre cautivo. El artículo fué rescatado, y el atropellado galeote es ya libre. ¡Qué distracciones y qué cosas tienen á veces los atareados discípulos de Guttenberg!

Tranquila con la confesión nuestra conciencia, vamos al asunto.

*
*
*

Empezábamos con una ojeada histórica y algunas consideraciones etnográficas sobre Egipto, sobre Alejandría, sobre el Cairo, para venir á estudiar los sucesos que hoy se desarrollan en aquellas importantísimas comarcas.

Hablábamos de la gloriosa fundación de Alejandría, para estudiar paso á paso su decadencia y luego su situación moderna. Citábamos las tradiciones del Cairo, confundidas con los pronósticos de sus astrólogos y agoreros, para fijarnos en la eterna superstición de aquel pueblo clásico y en la perpetuidad del arte fanático que nació en la Caldea. Nos parecía bien recordar la transformada ciencia de los *talbéhs*, modernos magos de Egipto, buscadores de oro, que se limitan á indicar á los crédulos el sitio donde están escondidos tesoros ignorados de un vulgo que aventaja hasta el sagrado polvo de los viejos monumentos, y creíamos oportuno estudiar la desastrosa dominación árabe y la mística influencia de los *muftís*, para comprender más fácilmente la desaparición de los recuerdos de valía, de la incomparable civilización de otros tiempos; para no olvidar que el carácter distintivo de los *fellahs* y del actual pueblo egipcio ha de participar necesariamente del fanatismo mahometano, de la ignorancia de los coptos, de la rudeza de los mamelucos y del orgullo de los osmanlíes, unido todo á la natural holganza á que se inclinan siempre los hijos de un clima de fuego.

Con tales antecedentes puede entrarse también más fácilmente en el estudio de las crisis, de las violentas sacudidas que perturban los valles que el Nilo riega.

Esto decíamos.

Pero antes de examinar los sucesos actuales, nos falta ver de paso las importantes transformaciones que ha sufrido el Egipto en este siglo.



La expedición á Egipto de Bonaparte hizo por un momento dueños del país á los franceses, es decir, de 1798 á 1801, dejando indudablemente gérmenes civilizadores de fecundos resultados muy luego.

Era entonces Gobernador del Cairo Ibrahim-Bey, renom-

brado jefe de mamelucos nacido en Circasia en 1735. Muy débil resistencia opuso á la expedición francesa, y bien puede decirse que se dejó vencer en 1799 cerca de Al-Arich por los generales Kléber y Reynier.

En 1805 fué despojado del poder por Mehemet-Alí, Mohammed ó Mehemet, el más ilustre de los Virreyes.

Este famoso Príncipe no sólo fué, desde 1806 á 1841, dueño de Egipto, sino de gran parte de la Nubia y otros Estados de África, parte de la Arabia, la Siria, Chipre y Candía. No tenía más que el título de Pachá; pero fué realmente un Soberano en absoluto independiente del Califato de Constantinopla.

Trató Mehemet de que fructificasen los gérmenes de civilización que allí habían dejado los franceses, en vez de ahogarlos según los principios exclusivos del islamismo. Se valió de hombres capaces de ayudarle en sus designios, sabiéndolos conocer y apreciar con su talento, su observación y buen juicio. Los intrigantes no se abrieron camino á su lado, como había sucedido el pasado siglo al desgraciado Tippu-Saib, víctima de un puñado de anarquistas procedentes de la isla de Francia, que tuvieron la osadía de decirse representantes de su metrópoli.

Mehemet-Alí no se limitó á crear ejércitos, á construir buques, fundir cañones y establecer manufacturas; se dedicó también á la educación moral y científica de los egipcios.

Creó escuelas de matemáticas y de medicina, costeando, no sólo los gastos de estas escuelas, sino también la manutención de los alumnos y de sus padres. De la escuela de ciencias conocida con el nombre de *Car-el-ain*, entre el Cairo y el Nilo, salieron muchos jóvenes enviados á París y otras ciudades de Europa; y en la gran escuela central fundada para la enseñanza de las principales profesiones sabias é industriales, verdadera universidad en la acepción propia de la palabra, se formaron maestros distinguidos.

Ya en tiempos de Mehemet aparecían en Egipto progresos de que carecían aún otras comarcas de Europa. Había imprentas, máquinas de vapor, telégrafos y gas hidrógeno para el alumbrado. El *ulema*, que nada bueno vió desde su infan-

cia fuera del Corán, se placía ya en los resultados del progreso proscriptos por su sagrado Código; y el fatalista *osmanli*, que creyó tentar á la Providencia curando con medios humanos los males que Dios envía, acudía ya á los médicos sin gran escrúpulo.

El progreso de la reforma, manifiesto en las ideas, hubo de reflejarse en los usos y hábitos de la vida ordinaria. El ejército y muchos individuos disminuyeron la anchura de sus vestidos; desapareció el turbante para dar lugar al gorro llamado *tarbuch*, y no faltaron despreocupados que se presentaron sin barba, siguiendo en todo las innovaciones de la moda europea.

Entonces empezaron á reunirse las asambleas provinciales; y diputados de todas las provincias formaron en el Cairo un *diván* general para tratar de los grandes intereses nacionales. La primera reunión de diputados, primer paso hacia el sistema representativo, se celebró en 1828, bajo la presidencia del famoso Ibrahim-Pachá.

Inspirando á los egipcios afición á la propiedad y al cultivo de las tierras, consiguió Mehemet triunfar de sus tendencias á la vida nómada. Se consagró á propagar los diversos métodos de cultivo apropiados á todos los terrenos; y distribuyó por Egipto más de mil quinientos hortelanos que había hecho venir de Grecia, de Siria y otros países, mientras que millares de trabajadores se ocupaban en fortificar y levantar diques, limpiar los canales existentes y abrir otros nuevos.

*
* *

El impulso estaba dado. Los habitantes del valle del Nilo, separándose cada vez más del Califato, tenían su mirada fija en los progresos de Occidente, y nada más fácil que hacerles seguir el civilizador movimiento.

El Egipto hubiera sido una comarca independiente de la Sublime Puerta, comarca inspirada y amoldada en las grandes instituciones europeas, sin la codicia que su posición y su privilegiado suelo despertaba en dos grandes Estados de la misma Europa.

Franceses convertidos por especulación al Islam habían

sido en ocasiones Ministros del Virrey, y Francia dominaba allí por su política, cuando el genio de Lesseps consiguió realizar la grande obra del canal de Suez. Este canal era naturalmente la llave de la Oceanía y del Asia, y el Gabinete de Londres no podía menos de ver en aquella obra colossal un peligro constante, una amenaza también indirecta á su vastísimo Imperio de la India, si no se conseguía tomar posiciones seguras para que sus naves pudiesen cruzar libremente y en todos tiempos del Mediterráneo al mar Rojo.

No perdonó Inglaterra medio alguno para levantar en Egipto su influencia diplomática al nivel de la de Francia. Graves crisis sufría la Hacienda de Egipto, y la cuestión económica fué la gran palanca con que la Gran Bretaña removió los mayores obstáculos opuestos á sus fines, consiguiendo á fuerza de habilidad una intervención reconocida por Europa y equiparada á los derechos que tradicionalmente ejercían los franceses.

La conveniencia del momento conciliaba al parecer los intereses antitéticos de Francia é Inglaterra.

Vinieron años, y los seis últimos han pasado durante los cuales Francia é Inglaterra han ejercido sin rivalidad su influencia en los valles del Nilo.

Cuando estalló la revuelta del Cairo, suscitada por el antiguo Virrey, y cayó Nubar, Francia é Inglaterra respondieron á Alemania de la seguridad de la colonia europea. Cuando, cinco meses más tarde, fué depuesto Ismail, Francia é Inglaterra arrancaron del Sultán la confirmación de este acto importante, evitando de este modo toda intervención del Príncipe de Bismarck, que reclamaba la ejecución de las sentencias pronunciadas por los tribunales mixtos. Cuando los Ministros de Egipto se negaban á reconocer los derechos de Italia sobre la bahía de Assab, la implorada intervención de Francia y de Inglaterra desvanecía todas las dificultades.

Francia é Inglaterra eran las consejeras del actual Khedive Tewfick, y el Gobierno del País estaba absolutamente en mano de las dos potencias protectoras con el consentimiento tácito de Europa.

Pero amaestrados los egipcios por franceses é ingleses en el arte de los pronunciamientos militares, habían aprendido ya más de lo que era menester, y las antiguas influencias y las supremacías europeas desaparecieron con la revolución de 9 de septiembre de 1881. Los que figuraban al frente de la revuelta y los oficiales insurrectos sabían que el triunfo legaliza todas las situaciones, y que no había de serles difícil hallar luego el apoyo de los agentes mismos de las potencias que se manifestaban hostiles al movimiento.

Así sucedió: los rebeldes fueron buscados y halagados por los cónsules de Francia é Inglaterra, que trataban de reanudar el antiguo pacto, precisamente cuando la obra de sus predecesores se iba derrumbando por momentos, no quedando ya de aquella antigua preponderancia más que la buena voluntad del dócil Virrey Tewfick y su marcado afecto á las dos potencias europeas.

*
* *

Nos hallamos en el tercer acto del drama de que hoy es teatro el Egipto. En el primer acto se representó la lucha de las potencias occidentales contra la cuádruple alianza de Rusia, Alemania, Austria é Italia. En el segundo se expusieron los arriesgados hechos de un soldado de fortuna llamado Arabi, que, fuerte con su derecho y aferrado en el sentimiento de independencia que le enaltece, arrostró las iras de Francia é Inglaterra por no prestarse á ser juguete de sus ambiciones menguadas. El tercero es tragi-cómico: en él figura una conferencia que no es conferencia y un acuerdo europeo que no es acuerdo; en él se ve una escuadra que, fuerte y acorazada, no consiente un cañón en las costas de país ajeno; se ve una escuadra que amenaza y quiere que todos bajen la cabeza; una escuadra tan orgullosa é intolerante que no quiere en el mundo más cañones que los suyos, y amenaza y bombardea al pueblo que se permita el capricho de creerse con alguna libertad en su propia casa. Tal vez tenga todavía un cuarto acto, que será indefectiblemente la ruptura del convenio de San Estéfano y la derrota de la influencia francesa, despreciando el Egipto los fieros halagos del Occidente,

volviendo á su punto de partida, y echándose de nuevo en brazos del Oriente.

Tiempo hacía que no miraba la cuádruple alianza con buenos ojos esa influencia franco-inglesa, origen de susceptibilidades y disgustos, y la crisis daba nuevamente cuerpo á la idea de acabar con tanta preponderancia.

Alemania, Austria, Italia y Rusia estaban de acuerdo, é intervinieron, negando á Francia é Inglaterra el derecho de obrar solas en Egipto.

Estas, menos orgullosas que en otros tiempos, inclinaron la cabeza al verse atajadas en su camino, y reconocieron la competencia del concierto europeo, renunciando á toda intervención armada, á desembarcar tropas y á ocupar á Egipto. Así quedó paralizada la acción del Almirante Lord Seymour y del Vicealmirante Mr. Conrad en la funesta y memorable jornada del 11 de junio, en que la escuadra franco-inglesa dejó asesinar á los europeos en Alejandría, sin tomar medida alguna, para cumplir la palabra que imprudentemente dieron Mr. de Freycinet y Lord Granville. Así vemos hoy que miles de europeos abandonan aquellas comarcas, hasta hoy hospitalarias, y huyen, perdiendo su porvenir y renunciando á su fortuna.

Creen algunos en la resurrección del panislamismo, que es la utopia más irrealizable en que puede soñarse, porque la fanática civilización impuesta por Mahoma tuvo su época y pasó para no volver; pero bien pudiera suceder que el Islam, rechazado de Europa y acorralado en Asia, halle aún en el Africa sitio bastante para colocar sus últimas trincheras y defenderse.

Si así sucede, será por las susceptibilidades que en Europa levantó el arrogante patronato establecido en Egipto por la ambición y el egoísmo tradicionales de Francia é Inglaterra. La conducta de estas dos naciones, agitándose inquietas, la una con planes invasores, y por la posesión del canal de Suez la otra, es indisculpable. Se ha traslucido demasiado que Inglaterra lucha por conservar su Imperio de las Indias, y Francia trabaja por garantizar su bamboleante Imperio africano. Y es natural que el Egipto, que desde los tiempos

de Mehemet-Alí se inclinaba al Occidente, reaccione hoy y defiende su autonomía política.

Es bandera tan seductora la de la independencia patria, que suele inspirar simpatías, aun cuando represente el triunfo del califato ó del Corán, y se halle defendida por la arrogancia de un hijo de tribu, caballeresco y fanático, del tipo de Arabi.

La civilización ha hecho grandes progresos en Egipto. Ya no es aquél un pueblo marcado con el estigma de una decadencia progresiva, ignominiosa y eterna. Tiene el sello de sus preocupaciones originarias, pero ha dado y da brillantes pruebas de que aspira á su regeneración completa, aceptando el milagroso influjo de las corrientes modernas, y el sitio que en el mundo ocupa sirve hoy de digno enlace entre los cultos, pero carcomidos pueblos de la vieja Europa, y la indómita raza del Sahara, en cuya sangre vigorosa y joven pudiera hallarse el aliento de civilizaciones futuras.

La política de Europa debiera ser de atracción para las comarcas que baña el Nilo; y vemos que esta política atrae, sí, pero pretendiendo ahogar en mortales abrazos á los que en ella confían. Es fácil que huyan luego escarmentados los que puedan librarse de tan terrible cariño; mas en este caso será también fácil que los egipcios retrocedan al punto de partida y sientan renacer en su corazón todas las antiguas preocupaciones y aun los mal apagados odios.

*
**

Un hecho tan inconcebible como inexplicable acaba de verificarse en las costas de Egipto.

Aleandría, la ciudad de los mil recuerdos históricos, centro siempre de un comercio universal y hospitalaria aun en tiempo de sus mayores desdichas, acaba de sufrir todos los horrores de un bombardeo.

¿Cuál es su crimen? Tener un Gobierno nacional y celoso de la independencia patria.

No es Arabi el egipcio intolerante ni el nómada idólatra del desierto en busca de combates y despojos; no es el semi-bárbaro que nos pintan sus enemigos. Sus actos tienen la

arrogancia de la dignidad y el tesón de la fe en los destinos de la patria; su tenacidad y arrojo debieran infundir respeto á los mismos que le combaten.

Á primera vista, es la codicia y la propensión á la malhadada *fe púnica* la que hace descargar contra Egipto los formidables cañones de los acorazados de Inglaterra.

El éxito no es dudoso; porque no hay duelo, combate posible ni victoria alguna allí donde tan atroz desigualdad se observa en las armas. Los cañones ingleses alcanzan 8.000 metros; mientras que los egipcios apenas alcanzan 3.000. ¿Qué gloria es esa la de ametrallar á un pueblo que bien puede llamarse indefenso?

Hay que recordar, sin embargo, que el indómito Oriente no se sojuzgó nunca con fuego ni sangre. Repele la fuerza, y bien lo sabe la Gran Bretaña. Si los egipcios son arrojados de la costa, tendrán el campo por suyo y el inaccesible desierto por trinchera.

*
* *

Tal vez no sea lucha de dominación y de exterminio la que intente la sagaz Albión; tal vez no haya en los hechos que presenciemos y se consuman más que el persistente intento europeo de abatir en absoluto á Francia, haciéndole pagar caro sus errores. Tal vez así se explique que Francia se haya visto humillada en la conferencia de Constantinopla, y se vea ahora eliminada de toda acción en Egipto. ¡Quién sabe! Pero infunde miedo pensar en las consecuencias que ha de tener la realización de tal idea.

De todas maneras es de esperar que Europa ha de volver en sí, dando lugar á la justicia.

¡Pues qué! ¿Serían ya exclusivas señoras del mundo las explosiones mortíferas y la dinamita aplicada con arte? ¿Serían ya los grandes inventos esclavos sumisos de la nación más rica?

Triste fuera entonces el porvenir de la humanidad y de la civilización de que tan orgullosos estamos.—S.